

SHERLOCK HOLMES SIGUE EN PIE

LA AVENTURA DEL CLIENTE ILUSTRE

Hoy ya no puede causar perjuicio. fue la contestación que me dio Sherlock Holmes cuando, por décima vez en otros tantos años, le pedí autorización para hacer público el relato que sigue. Y de ese modo conseguí permiso para dejar constancia de lo que, en ciertos aspectos, constituyó el momento supremo de la carrera de mi amigo.

Lo mismo Holmes que yo sentíamos cierta debilidad por los baños turcos. Fumando en plena lasitud del secadero, he encontrado a Holmes menos reservado y más humano que en ningún otro lugar. Hay en el piso superior del establecimiento de baños de la avenida Northumberland un rincón aislado con dos meridianas a la par una de otra, y en ellas estábamos acostados el día 3 de septiembre de 1902, fecha en que da comienzo mi relato. Yo le había preguntado si había algún asunto en marcha, y él me contestó sacando su brazo largo, enjuto y nervioso, de entre las sabanas en que estaba envuelto, y extrayendo un sobre del bolsillo interior de la chaqueta, que estaba colgada a su lado.

-Puede lo mismo tratarse de algún individuo estúpido, inquieto y solemne, o de un asunto de vida o muerte -me dijo al entregarme la carta-. Yo no se más de lo que me dice el mensaje.

Procedía del Carlton Club y traía la fecha de la noche anterior. Esto fue lo que yo leí:

Sir James Damery presenta sus respetos a míster Sherlock Holmes, e irá a visitarle a su casa, mañana a las 4.30. Sir James se permite anunciarle que el asunto sobre el que desea consultar con míster Holmes es muy delicado y también muy importante. Confía por ello en que míster Sherlock Holmes baga los mayores esfuerzos por concederle esta entrevista, y que la confirmará llamando por teléfono al Club Carlton.

-No hará falta que le diga, Watson, que la he confirmado -me dijo Holmes al devolverle yo el documento-. ¿Sabe usted algo del tal Damery?

-Lo único que sé es que ese apellido suena todos los días en la vida de sociedad.

-Yo no puedo decirle a usted algo más que eso. Lleva fama de ser un especialista en el arreglo de asuntos delicados que no conviene que aparezcan en los periódicos. Quizá recuerde usted sus negociaciones con sir George Lewis a propósito del testamento de Hammerford. Es un hombre de mundo que tiene dotes naturales para la diplomacia. Por ello no tengo más remedio que suponer que no se tratará de una pista falsa, y que, en efecto, le es precisa nuestra intervención. -¿Nuestra? -Si quiere ser usted tan amable, Watson. -Me sentiré muy honrado. -Pues entonces, ya sabe la hora; las cuatro y treinta. Podemos, pues, apartar el asunto de nuestra atención hasta esa hora.

Vivía yo por aquel entonces en mis habitaciones de la calle de Queen Anne, pero me presenté en la calle Baker antes de la hora indicada. Era la media en punto cuando fue anunciado sir James Damery. Apenas si hará falta describirlo, porque son muchos los que recordarán a aquel personaje voluminoso, estirado y honrado, aquella cara ancha y completamente afeitada, y sobre todo, aquella voz agradable y pastosa. Brillaba la franqueza en sus grises ojos de irlandés, y en sus labios inquietos y sonrientes jugueteaba la jovialidad. Todo pregonaba su cuidado meticuloso por el bien vestir que le había hecho célebre, su lustroso sombrero de copa, su levita negra; en fin, los detalles todos, desde la perla del alfiler de su corbata de raso negro, hasta las polainas cortas de color espliego sobre sus zapatos de charol. Aquel aristócrata corpulento y dominador se enseñoreó de la pequeña habitación.

-Esperaba, desde luego, encontrarme aquí con el doctor Watson -dijo, haciéndome una reverencia cortés. Su colaboración pudiera ser muy necesaria en esta ocasión, porque nos las tenemos que ver con un individuo familiarizado con la violencia y que no se para en barras. Estoy por decir que no hay en Europa un hombre más peligroso.

-Ese calificativo ha sido aplicado ya a varios adversarios míos -dijo, sonriente, Holmes-¿Fuma usted? Pues entonces, me perdonara que yo encienda mi pipa. Peligroso de veras tiene que ser ese hombre de que habla,

para serlo más que el profesor Moriarty, ya muerto, o que el aún vivo coronel Sebastián Morán. ¿Podría saber su nombre?

-¿Oyó usted hablar alguna vez del barón Gruner?

-¿Se refiere al asesino austriaco?

El coronel Damery alzó las manos enguantadas en cabritilla rompiendo a reír:

-¡A usted no se le escapa nada, míster Holmes! ¡Es asombroso! ¿De modo ya, que lo tiene usted calibrado como asesino?

-Mi profesión me obliga a estar al día de los hechos criminales del continente. ¿Quién que haya leído el relato de lo ocurrido en Praga puede tener dudas acerca de la culpabilidad de tal individuo? Se salvó por una cuestión puramente de tecnicismo legal y por el fallecimiento sospechoso de un testigo. Tengo la misma seguridad que si lo hubiese presenciado con mis propios ojos de que él mató a su esposa cuando ocurrió aquel llamado accidente en el Paso de Splugen. También yo estaba enterado de que el barón se había trasladado a Inglaterra, y barruntaba que más pronto o más tarde me proporcionaría tarea. Veamos: ¿qué es lo que ha hecho este barón Gruner? Me imagino que no se tratará de una exhumación de la vieja tragedia.

-No, es más grave que eso. Es importante que se castigue el crimen ya cometido, pero lo es más el evitarlo. Míster Holmes, es cosa terrible ver cómo se prepara delante de los ojos de uno mismo un acontecimiento espantoso, una situación atroz; darse cuenta clara de cuál será el final y verse del todo impotente para evitarlo. ¿Puede un ser humano verse en situación más angustiosa?

---Quizá no.

-Siendo así, creo que sentirá usted simpatía por el cliente en cuyo interés estoy actuando.

-No supuse que actuaba usted como simple intermediario. ¿Quién es el interesado?

-Míster Holmes, he de rogarle que no insista en esa pregunta. Es de la mayor importancia que yo pueda darle la seguridad de que su ilustre apellido no ha sido traído a colación en el asunto. Prefiere permanecer desconocido, aunque actúe por móviles caballerosos y nobles en el más alto grado. No hará falta que diga que sus honorarios están garantizados y que podrá actuar con absoluta libertad. ¿Verdad que carece de importancia el nombre de su cliente?

-Lo siento -contestó Holmes-. Estoy acostumbrado a que un extremo de mis casos esté envuelto en misterio, pero el que lo estén los dos extremos resulta demasiado expuesto a confusiones. Lamento, sir James, tener que rehusar a ocuparme del caso.

Nuestro visitante dio muestras de profundo desconcierto. La emoción y la desilusión ensombrecieron su cara ancha y expresiva, y dijo:

-Míster Holmes, es difícil que pueda usted darse cuenta del alcance de esa negativa suya. Me coloca usted en un dilema grave, porque tengo la seguridad completa de que si me fuera posible revelárselo todo, se sentiría usted orgulloso de encargarse del caso; pero me lo impide la promesa que tengo hecha. ¿Podría yo, por lo menos, exponerle todo lo que me está permitido?

-No hay inconveniente, a condición de que quede bien sentado que yo no me comprometo a nada.

-Entendido. En primer lugar, creo, sin duda, que habrá oído usted nombrar al general De Merville.

-De Merville... ¿el que se hizo famoso en Khyber? Sí, he oído hablar de él.

-Tiene una hija, Violeta de Merville, joven, rica, hermosa, culta, un prodigio de mujer en todo sentido. Pues bien; es a esta hija, a esta muchacha encantadora e inocente, a la que estamos tratando de salvar de las garras de un demonio.

-Eso quiere decir que el barón Gruner ejerce poder sobre ella, ¿verdad?

-El más fuerte de todos los poderes, tratándose de una mujer: el poder del amor. Ese individuo es, como quizás haya oído usted decir, un hombre de extraordinaria hermosura, de trato fascinador, voz acariciadora y aparece envuelto en esa atmósfera de novela y de misterio que tanto atrae a la mujer. Se cuenta que no hay ninguna que se le resista y que se ha aprovechado ampliamente de ese hecho.

-Pero ¿cómo pudo un hombre de su calaña establecer trato con una dama de la categoría de miss Violeta de Merville?

-Fue durante una excursión en yate por el Mediterráneo. Los que en la misma participaban, aunque gente selecta, habían de pagarse el pasaje. Es seguro que los iniciadores no supieron la verdadera personalidad del barón hasta que fue ya demasiado tarde. El muy canalla se dedicó a cortejar a la joven, y consiguió ganarse su corazón de una manera completa y absoluta. Decir que ella le ama no es decir bastante. Está chiflada por él, está obsesionada con él. No hay nada para ella en el mundo fuera de ese hombre. No consiente en escuchar nada que vaya contra él. Se ha hecho todo lo que es posible hacer para curarla de su locura, y ha sido en vano. Para resumirlo todo: tiene el propósito de casarse con el barón el mes que viene. Y como es ya mayor de edad y tiene una voluntad de hierro, resulta difícil idear una manera de impedirselo. -¿Está enterada del episodio austriaco?

-Ese astuto demonio le ha contado todos los feos escándalos públicos de su vida pasada, pero lo ha hecho en todos los casos presentándose a sí mismo como un mártir inocente. Ella acepta la versión de Gruner y no quiere escuchar ninguna otra.

-¡Vaya! Bien pero creo que ha pronunciado usted sin darse cuenta el nombre de su cliente, que es, sin duda el general De Merville. Nuestro visitante se movió nervioso en su silla.

-Míster Holmes, yo podría equivocarle diciéndole que sí, pero faltaría a la verdad. De Merville es hombre ya sin energías. Este incidente ha desmoralizado por completo al veterano soldado. Perdió el temple que no le abandonó jamás en los campos de batalla, y se ha convertido en un hombre débil y vacilante, incapaz de hacer frente a un canalla lleno de brillantez y de ímpetu como es el austriaco. Mi cliente, sin embargo, es un viejo amigo que ha tratado íntimamente al general por espacio de muchos años y se interesa paternalmente por esta mocita desde que se vistió de corto. No es capaz de presenciar cómo se consuma esta tragedia sin realizar algún intento para evitarla. Scodand Yard no tiene base alguna para intervenir en este asunto. Fue sugerencia de esa persona la idea de que intervenga usted, aunque como ya he dicho con la estipulación expresa de que no apareciese envuelto personalmente en el caso. Yo no dudo, míster Holmes, de que poniendo en juego sus grandes dotes, le sería fácil seguir la pista que le llevaría hasta mi cliente con sólo seguirme a mí, pero he de pedirle como cuestión de honor que se abstenga de hacerlo y que no rompa su incógnito. Holmes dejó ver una sonrisa muy especial, y contestó:

-Creo que puedo prometérselo con toda seguridad. Le agregaré que el problema que me trae me interesa, y que estoy dispuesto a examinarlo. ¿Cómo podré mantenerme en contacto con usted?

-El Club Carlton sabrá dar connigo. Pero en caso de necesidad inmediata, hay un teléfono para llamadas reservadas: el equis equis treinta y uno.

Holmes tomó nota del mismo, y permaneció, sonriendo, con el libro de notas abierto encima de las rodillas. -La dirección actual del barón, por favor.

-Vernon Lodge, cerca de Kingston. Es un edificio espacioso. Ha salido con suerte de algunas especulaciones dudosas, y es hombre rico, lo cual le hace un adversario tanto más peligroso. -¿Está actualmente en su casa? -Sí. -Con independencia de lo que ya me ha explicado, ¿puede proporcionarme algún otro dato acerca de ese hombre?

-Es una persona de gustos costosos, criador de caballos; jugó una breve temporada al polo en Hurlingham, pero se habló del asunto de Praga y tuvo que retirarse. Colecciona libros y cuadros. Hay en su temperamento un importante aspecto de artista. Tengo entendido que está considerado como una autoridad en porcelana china, y ha publicado un libro sobre el tema.

-Una personalidad compleja -dijo Holmes-. Todos los grandes criminales la tienen. Mi antiguo amigo Charlie Peace era un virtuoso del violín. Wainwright no era cualquier cosa como artista. Podría citar muchos más. Bien, sir James, informe a su cliente de que desde este momento concentro mi atención en el barón Gruner. No puedo decir más; dispongo de algunas fuentes de información propias mías, y creo que no han de faltarme algunos medios para iniciar el trabajo.

Una vez que se retiró nuestro visitante, permaneció Holmes sentado y sumido en profundas meditaciones durante tan largo rato que me pareció se había olvidado de mi presencia. Sin embargo, volvió de pronto con gran viveza a la realidad y me preguntó: -Y qué, Watson, ¿no se le ocurre algo?

-Yo creo que lo mejor que puede usted hacer es entrevistarse con la misma joven.

-Querido Watson, ¿cómo voy yo, un desconocido, a salir airoso, si su pobre y anciano padre no ha conseguido influir en ella? Sin embargo, si todo lo demás nos falla, hay algo aprovechable en esa sugerencia. Pero creo que es preciso que empecemos desde un ángulo distinto. Me está pareciendo que Shinwell Johnson podría servirnos de algo.

Aún no se me ha presentado ocasión en estas Memorias de mencionar a Shinwell Johnson, porque sólo raras veces he entresacado mis casos de las últimas etapas de la carrera de mi amigo. Llegó a ser un colaborador valioso durante los primeros años de este siglo. Lamento decir que Johnson empezó por ganarse fama como maleante muy peligroso y cumplió dos condenas en Parkhurst. Más tarde se arrepintió y se alió con Holmes, actuando de agente suyo en el voluminoso mundo de los bajos fondos de Londres, y sus valiosas informaciones resultaron con frecuencia de vital importancia. Si Johnson hubiese sido un cimbel de la policía, pronto habría sido puesto al descubierto; pero como intervenía en casos que no llegaban nunca directamente a los tribunales de justicia, sus compañeros no advirtieron jamás sus actividades. Con el brillo de sus dos condenas tenía acceso libre a todos los clubes nocturnos, tugurios y antros de juego, y su rapidez de observación y despierto cerebro lo convirtieron en un agente ideal para adquirir informes. En esta ocasión propúsose Sherlock Holmes recurrir a sus servicios.

No me fue posible seguir de cerca los pasos que dio a continuación mi amigo, porque tenía ciertos asuntos profesionales apremiantes propios míos; pero, de acuerdo con la cita que teníamos, me reuní con él aquella noche en Simpson,s, donde, sentados frente a una mesita en la ventana delantera y contemplando desde aquella altura la impetuosa corriente de vida que circulaba en el Strand, me refirió Holmes algo de lo que había ocurrido.

-Johnson anda de merodeo -me dijo-. Quizá reúna algunos elementos en los recovecos más oscuros de los bajos fondos. Es allí, entre las negras raíces del crimen, donde tenemos que ponemos a la caza de los secretos de este hombre.

-Pero si esa dama no acepta siquiera los hechos conocidos de todos, ¿cómo es posible que la retraiga de sus propósitos ningún descubrimiento nuevo que usted pueda hacer?

-Quién sabe, Watson. El corazón y la inteligencia de las mujeres son para nosotros, los hombres, enigmas insolubles. Es posible que la mujer perdone o se explique un asesinato, y sin embargo, la irrite algún pecadillo menos importante. El barón Gruner me hizo notar... -¿Qué le hizo notar a usted!

-Bueno, ahora caigo en que yo no le hablé de mis planes a usted. Mire, Watson: a mí me gusta llegar al cuerpo a cuerpo con el hombre a quien persigo. Me agrada mirarle cara a cara y ver por mí mismo la materia de que está fabricado. Una vez que

di mis instrucciones a Johnson, me hice llevar en coche a Kingston, y encontré al barón de un humor afabilísimo.

-¿Cayó en la cuenta de quién era usted?

-Ninguna dificultad le costó, por la sencilla razón de que yo le pasé mi tarjeta. Es un adversario excelente, frío como el hielo, de voz sedosa y acariciadora como la de uno de esos médicos de moda, siendo al mismo tiempo tan venenoso como una serpiente cobra. Tiene casta, es un verdadero aristócrata del crimen, de esos que producen superficialmente sugerencias de té de la tarde, de un té con toda la crueldad de la tumba detrás. Sí, estoy satisfecho de haber tenido que dedicar mi atención al barón Adelbert Gruner. -¿Y dice usted que en dicha ocasión estuvo afable?

-Lo mismo que gato runroneante cuando cree estar viendo a un posible ratón. La afabilidad de ciertas personas es más mortal que la violencia de otras almas de mayor rudeza. Me acogió de manera característica, diciéndome: «Pensé, míster Holmes, que recibiría su visita más pronto más tarde. Sin duda que estará usted al servicio del general De Merville para que procure impedir mi matrimonio con su hija Violeta. Es eso, ¿verdad que sí?» Le contesté que así era en efecto, y él me dijo: «Querido señor, lo único que va a conseguir es echar a perder su bien ganada fama, Se trata de un caso en el que no hay posibilidad de que usted tenga éxito. Será el suyo un trabajo estéril, para no hablar de los posibles peligros que puedan acecharle. Permítame que le aconseje con vivo interés que se haga a un lado inmediatamente. » «Es curioso -le contesté-acaba usted de darme el mismísimo consejo que yo me proponía darle a usted. Yo respeto su

inteligencia, barón, y ese respeto mío no ha disminuido con esta breve conversación nuestra. Permítame que le hable de hombre a hombre. Nadie pretende remover su pasado y colocarle en situación innecesariamente incómoda. Aquello pasó, y usted se encuentra ahora en aguas tranquilas; pero si Usted se empeña en este matrimonio, levantará en contra suya a un enjambre de enemigos poderosos que no le dejarán en paz hasta que la estancia en Inglaterra le resulte demasiado incómoda. ¿Lo vale verdaderamente el juego? Créame, ganaría usted dejando tranquila a esa dama. Será poco agradable para usted que lleguen a conocimiento de ella los hechos de su pasado.» El barón luce debajo de su nariz unos tufitos de pelo abrigado de cosmético, que producen la impresión de las antenas cortas de un insecto. Mientras me escuchaba, esos tufos de pelo se estremecían divertidos y acabó rompiendo a reír suavemente: «Míster Holmes, disculpe este buen humor -me dijo-Es realmente divertido ver que intenta hacer baza sin tener triunfo alguno en la mano. Creo que nadie le aventajaría, pero resulta, a pesar de todo, bastante patético. Míster Holmes, no tiene usted en la mano ni un solo triunfo; sólo cartas de lo más menudas.» «Eso es lo que usted cree.» «Eso es lo que me consta. Voy a ponérselo de manera que lo entienda, porque las cartas que yo tengo en la mano son tan fuertes, que puedo permitirme el lujo de enseñarlas. He tenido la buena fortuna de ganarme por completo el cariño de esa dama. Me lo ha entregado a pesar de que yo le relaté sin ambages todos los desdichados incidentes de mi vida pasada. También le aseguré que existían ciertas personas malas y enredadoras... espero que usted se dará por aludido, que se acercarán a ella a contarle todas esas cosas, y le advertí de qué forma debía tratarlas. ¿Ha oído usted hablar, míster Holmes, de la sugestión poshipnótica? Pues bien: va usted a ver sus fenómenos en la práctica, porque un hombre que tenga personalidad es capaz de emplear el hipnotismo sin nada de pasés ni otra clase de comedias. De otro modo, pues, que ella le espera a usted: no me cabe la menor duda de que le otorgará una cita, porque se presta con amabilidad a los deseos de su padre; con excepción únicamente de nuestro pequeño asunto.» Pues bien, Watson: no creí que tuviese nada más que agregar, y me despedí con toda la fría dignidad que fui capaz de reunir; él me detuvo diciéndome: «A propósito, míster Holmes, ¿conocía usted a Le Brun, agente de policía francés?» «Sí», le contesté. «¿Sabe lo que le ocurrió?» «Oí decir que unos apaches le apalearon en el distrito de Mont-martre y le dejaron inválido para toda su vida.» «Muy cierto, míster Holmes. Da la curiosa coincidencia de que sólo una semana antes de ese hecho, el tal Le Brun había estado realizando investigaciones acerca de asuntos míos. No haga usted lo mismo, míster Holmes; es cosa que no trae buena suerte. Son varios los que ya lo han comprobado. Lo último que le digo es esto: siga su propio camino y déjeme a mí seguir el mío, Adiós. » Ahí tiene usted, Watson; ya está usted al día de todo. -Parece un individuo peligroso.

-Peligrosísimo. A mí no me impresionan los fanfarrones, pero este hombre pertenece a la categoría de los que se quedan en sus palabras por debajo de sus propósitos.

-¿Y es forzoso que usted intervenga? ¿Es de verdadera importancia que ese hombre no se case con la muchacha?

-Yo diría que tiene mucha importancia, pensando en que, sin género alguno de duda, asesinó a su última mujer. ¡Además, tenemos el cliente! Bueno, bueno, no hay necesidad de que discutamos este aspecto de la cuestión. Es preferible que me acompañe usted a casa una vez que termine de tomar el café, porque el ágil Shinwell estará ya allí con su informe.

Estaba, en efecto. Era un hombre corpulento, tosco, de cara rubicunda y aspecto escorbútico, con unos ojos negros vivaces que constituían la única señal exterior del alma por demás astuta que había en el interior. Por lo visto, había buceado en lo que constituía su reino característico y, allí, estaba, sentado junto a él en el sofá, un ejemplar que se había traído, consistente en una mujer joven, delgada y ondulante como una llama, de rostro pálido y cara de expresión intensa, juvenil, pero tan consumida por el pecado y el dolor, que en ella podían descubrirse los años terribles que habían dejado en la misma su huella leprosa.

-Esta es miss Kitty Winter -dijo Shinwell Johnson, con un vaivén de la gruesa mano a modo de presentación-. Lo que ella no sepa...; bueno, ella misma hablará. Antes de una hora de haber recibido su mensaje le eché el guante, míster Holmes.

-Es fácil dar conmigo -dijo la joven-. Yo siempre estoy en el garito. Como este gordo de Shinwell. Gordo, somos viejos camaradas tú y yo. Pero por vida mía, que hay otra persona que si hubiese la menor justicia en el mundo debería encontrarse en un infierno todavía más profundo que el nuestro. Es el hombre detrás del que usted anda, míster Holmes. Holmes se sonrió, y dijo: -Miss Winter, me parece que contamos con su simpatía.

-Si yo puedo ayudar a que ese hombre vaya a donde debe ir, cuenten conmigo hasta el último estertor -dijo nuestra visitante con furiosa energía.

Su cara pálida y resuelta y sus ojos llameantes mostraban un odio tan intenso como rara vez una mujer y jamás un hombre pueden alcanzar.

_Mister Holmes, no hace falta que remueva usted mi pasado. No es ni de aquí ni de allá. Yo soy lo que Adelbert Gruner hizo de mí. ¡Si yo pudiese tirarlo por tierra! -sus manos, como garras, se aferraron con frenesí al aire-. ¡Oh, si yo pudiera arrastrarlo al foso adonde él ha empujado a tantas! -¿Está usted enterada del asunto?

-El gordo Shinwell me lo ha contado. Por lo visto anda esta vez detrás de una pobre tonta y quiere casarse con ella. Usted desea impedirlo. Bien, pero es seguro que usted conoce lo bastante acerca de ese canalla para impedir a cualquier chica decente y que esté en sus cabales inscribirse en la misma parroquia que él.

-Pero ella no está en sus cabales, sino locamente enamorada. Se le ha dicho de él todo lo que hay que decir, y nada le importa.

-¿También lo del asesinato?-Sí.-Por vida mía, que debe de ser muchacha valiente!-Dice que todo son calumnias.-Pero ¿no puede usted meterle por sus ojos de idiota las pruebas?-Bien, ¿puede usted ayudarnos en esa tarea?

-¿No soy yo misma una prueba? Con sólo que me pongan delante de ella y yo le cuente de qué manera me trató... -¿Está usted dispuesta a hacerlo? _;Que si estoy dispuesta? ¡Cómo piensa que no voy a estarlo!

-Quizá valiera la pena intentarlo. Pero ese hombre le ha contado gran parte de sus culpas y ella le ha perdonado, y tengo entendido que no está dispuesta a abrir nueva discusión acerca del asunto.

-Apuesto cualquier cosa a que él no le ha contado todo. Aparte de ese asesinato que tanto dio que hablar, yo entreví uno o dos más. Me habló en más de una ocasión de alguien, con sus maneras aterciopeladas, y luego me miró fijamente y me dijo: «Al mes de eso murió.» La cosa no era como para tranquilizarla a una, pero yo no le di mucha importancia, porque en aquel entonces estaba enamorada de él. A mí me parecía bien todo lo que él hacía, lo mismo que ahora le parece a esa pobre loca. Una sola cosa me produjo impresión profunda, y, por vida mía, que de no haber sido por ésa su lengua venenosa y embustera que sabe encontrar explicación para todo y que todo lo suaviza, aquella misma noche me habría largado yo de su lado. Me refiero a un libro que él tiene. un libro de pastas de cuero color castaño con un cierre y su escudo grabado en oro en la parte de fuera. Creo que aquella noche estaba un poco borracho, o, de lo contrario, no me lo habría enseñado. -¿Y qué libro era ése?

-Mire, míster Holmes, este individuo colecciona mujeres y se enorgullece de su colección, de a misma manera que algunos hombres coleccionan polillas y mariposas. En ese libro suyo tenía registrado todo: fotografías instantáneas, nombres, detalles, todos los datos acerca de esas mujeres. Era un libro repugnante; un libro que ningún hombre, ni aunque procediera del arroyo, habría sido capaz de reunir. Sin embargo, era el libro de Adelbert Gruner. Almas que he arruinado. Ése es el título que habría podido inscribir en la portada, si se le hubiese ocurrido. Sin embargo, con eso no vamos a ninguna parte, porque ese libro no le servirá a usted de nada, y si le sirviese no podría hacerse con él.

-¿Dónde está ese libro?

-¿Cómo puedo yo decirle donde está ahora? Hace más de un año que me aparté de ese hombre. Sé donde lo guardaba entonces. Gruner es en muchos aspectos un gato limpio y cuidadoso, de modo que quizá siga estando en uno de los compartimientos del escritorio antiguo que tiene en su despacho interior. ¿Conoce usted la casa del barón? -He estado en su despacho -dijo Holmes.

-¿Ah, sí? Pues la verdad que se ha movido usted mucho para no haber empezado la tarea sino esta mañana. El despacho exterior es aquel en que exhibe las porcelanas de China; un gran armario de cristal entre las ventanas. Detrás de su mesa esta la puerta por la que se pasa al despacho interior; un cuartito donde guarda documentos y cosas. -¿No teme a los ladrones? -Adelbert no es -cobarde. Ni el peor enemigo suyo podría afirmar eso de él. Sabe guardarse. Por la noche funciona un timbre de alarma contra los ladrones. Además, ¿qué hay allí que pueda interesar a un ladrón, corno no se llevase todos sus cacharros de fantasía?

-Eso no sirve para nada. Ningún perista admite artículos que no pueda ni fundir ni vender -dijo Shínwell

Johnson, con el acento sentencioso de un técnico en la materia.

-Así es, en efecto -dijo Holmes-. Bueno, miss Winter, si usted quisiese venir hasta aquí mañana por la tarde a las cinco, meditaré de aquí a entonces en si es posible combinar una entrevista personal suya con esa otra joven. Le quedo extraordinariamente agradecido por su cooperación. No necesito decirle que mis clientes se mostrarán espléndidos en...

-Ni hablar de eso, míster Holmes -exclamó la joven-. Yo no he salido a ganar dinero. Con tal de que vea a ese hombre en el fango, me consideraré pagada por mi trabajo... En el fango y pisoteándole yo su maldita cara. Ese es mi precio. Estaré a su disposición mañana o cualquier otro día, mientras usted le persigue. Aquí, el gordo, le dirá siempre dónde puede encontrarme.

No volví a ver a Holmes hasta la noche siguiente, en que volvimos a cenar en nuestro restaurante del Strand. Cuando yo le pregunté cómo le había ido en su entrevista, se encogió de hombros. Acto continuo me hizo el relato, que yo voy a repetir, como luego se verá, porque su exposición dura y seca necesita alguna ligera manipulación para suavizarla y darle verdadera vida.

-No tuve dificultad alguna en conseguir la cita, porque la muchacha está en sus glorias dando pruebas de obediencia filial abyecta en todo lo secundario, para de ese modo hacerse perdonar su flagrante desobediencia en lo referente a su compromiso matrimonial. El general me telefoneó que todo estaba listo, y la arrebatada miss Winter acudió puntual, de modo que a las cinco y media nos dejó un coche frente al número ciento cuatro de la plaza de Berkeley, donde reside el veterano soldado, en uno de esos castillos londinenses espantosamente grises, junto a los cuales las iglesias parecen edificios frívolos. Un lacayo nos pasó a una gran sala de cortinajes amarillos, y en ella nos esperaba la joven grave, pálida, reservada; tan inflexible y tan lejana como una estatua de nieve en lo alto de una montaña. Yo no acierto verdaderamente con el medio de retratársela a usted, Watson. Quizá tenga usted ocasión de conocerla antes de que terminemos con este asunto, y entonces podrá usted servirse de su propio caudal de palabras. Es hermosa, pero con la hermosura etérea de un transmundo, propia de una fanática que tiene puestos sus pensamientos en las alturas. He visto caras así en los cuadros de viejos pintores de la Edad Media. A mí no me cabe en la cabeza cómo un hombre bestial haya podido poner sus garras repugnantes en un ser como ése. Quizá se haya fijado ya en que los extremos se atraen, lo espiritual hacia lo animal, el hombre de las cavernas hacia el ángel. Pero jamás habrá visto usted contraste peor que éste... Ella sabía a lo que íbamos, como es natural; porque aquel canalla no había dejado pasar tiempo para acudir a envenenar su alma contra nosotros. Creo que sí, que la asombró bastante la visita de miss Winter, pero nos indicó con un vaivén de la mano que nos sentásemos en nuestras sillas correspondientes, cómo lo haría una reverenda madre abadesa al recibir la visita de dos mendigos bastante lacerados. Querido Watson, si su cerebro se siente inclinado a encrespase, tome lecciones de Violeta de Merville. «Bien, señor -me dijo con una voz que se parecía al viento que sopla desde un témpano de hielo-; lo conozco ya mucho de nombre. Según creo, ha venido usted a visitarme para denigrar a mi prometido, el barón Gruner. Le he recibido a usted únicamente por deseo expreso de mi padre, y le advierto por adelantado que nada de lo que pueda decirme ejercerá la más ligera impresión sobre mi voluntad.» Le ti ¡ve compasión, Watson. En aquel momento pensé en ella como habría pensado en una hija mía. Rara vez soy elocuente. Yo manejo mi cerebro, no mi corazón. Pero la verdad es que empleé con ella las frases más calurosas que fui capaz de encontrar en mi manera de ser. Le pinté la situación espantosa de la mujer que se despierta para conocer el verdadero carácter de un hombre después de que ya es su esposa; de una mujer que tiene que resignarse a ser acariciada por manos manchadas de sangre y labios de sanguijuela. No me olvidé de nada; de la vergüenza, del terror, de la angustia, de la irremediabilidad de todo ello. Mis frases conmovidas no consiguieron teñir con una sola pincelada de color aquellas mejillas de marfil, ni hacer que en sus ojos ensimismados brillase un solo destello de emoción. Recordé lo que aquel canalla me había dicho acerca de la influencia poshipnótica. Se hubiera dicho que la joven vivía por encima de lo terrenal en un sueño de éxtasis. «Míster Holmes -me dijo-, le he escuchado con paciencia. El efecto que ha producido en mi voluntad es exactamente el que yo le anuncié. Sé ya que Adelbert, mi prometido, ha llevado una vida tempestuosa y que en el transcurso de la misma ha despertado odios enconados y ha sido víctima de los más injustos ataques. Usted es el último de una serie de personas que ha expuesto ante mí sus calumnias. Quizá su intención sea buena, aunque me consta que es usted un agente a sueldo que actuaría de la misma manera en favor que en contra del barón. En todo caso, quiero que sepa de una vez y para siempre que yo le amo y que él me ama, y que la opinión del mundo entero no representa para mí cosa superior a los gorjeos de esos pájaros que hay en la parte de afuera de mi ventana. Si su noble alma ha tenido en algún momento una caída, quizás esté yo especialmente destinada a levantarla hasta su elevado y auténtico nivel.»

De pronto, volvió sus ojos hacia mi acompañante y dijo: «No me imagino quién pueda ser esta joven.» Iba yo a responderle cuando la muchacha estalló lo mismo que un torbellino. Si alguna vez la llama y el hielo se han visto frente a frente fue

cuando se vieron de ese modo aquellas dos mujeres. Yo le voy a decir quién soy -gritó miss Winter, saltando de su asiento con la boca contorsionada de furor- Soy su última amante. Soy una del centenar de mujeres que él ha tentado, que él ha gozado, que él ha arruinado y arrojado luego a la basura, como lo hará con usted, aunque el montón de basura al que usted irá a parar será probablemente el sepulcro, y en eso tendrá usted suerte. Le digo, mujer estúpida, que casarse con ese hombre equivale para usted a la muerte. Le despedazará el corazón o le retorcerá el cuello, pero de una manera o de otra, la matará. No hablo por amor a usted. Me importa un rábano que usted viva o que usted muera. Hablo por odio a él, para escupirle, para hacerle sufrir lo que él me ha hecho sufrir a mí; pero me da igual, mi elegante joven, y no me mire de esa manera, porque para cuando termine su asunto quizás haya caído usted todavía más bajo que yo». «Preferiría no hablar de estas cosas -dijo con frialdad miss De Merville-. Permítame que le diga que estoy enterada de tres episodios de la vida de mi novio en los que se vio enzarzado en las redes de mujeres calculadoras, y que estoy segura de que se encuentra cordialmente arrepentido de todo el daño que él haya podido ocasionar» «¡Tres episodios! -gritó mi acompañante-. ¡Estúpida! ¡Estúpida rematada!» «Míster Holmes, yo le suplico que pongamos fin a esta entrevista -dijo la voz de hielo-. He obedecido al deseo de mi padre aceptando entrevistarme con usted, pero no me creo obligada a escuchar los delirios de esta individuo.» Miss Winter se abalanzó, lanzando una blasfemia, y si yo no la hubiese sujetado por la muñeca, habría agarrado por el moño a aquella mujer capaz de sacar de quicio a cualquiera. Tiré de miss Winter hacia la puerta, y tuve la buena suerte de volver a meterla en el coche sin dar lugar a un escándalo público, porque estaba fuera de sí de rabia. También yo, dentro de mi frialdad, me sentía irritadísimo, porque la superioridad y la suprema complacencia en sí misma de la mujer a la que intentábamos salvar tenían un algo de indeciblemente molesto. Ya sabe usted, pues, otra vez cuál es la situación y es evidente que necesito preparar otra jugada de salida, porque este gambito ya no sirve. Me mantendré en contacto con usted, Watson, porque es más que probable que tenga que representar un papel en la obra, aunque quizás es también posible que la próxima jugada la hagan ellos más bien que nosotros.

Y la hicieron. Descargaron el golpe, o mejor dicho, lo descargó, porque jamás he podido creer que la dama pudiera ser copartípe del mismo. Creo que aún hoy podría señalar la losa de la acera en que yo estaba cuando mis ojos se posaron en el cartelón anunciador, con un sentimiento angustioso de horror que traspasó mi alma. Fue entre el Gran Hotel y la estación de Charing Cross donde un vendedor de

periódicos, al que le faltaba una pierna, tenía expuestos los periódicos de la tarde. Era exactamente dos días después de nuestra última conversación. Creo que permanecí unos momentos como atontado por un golpe. Conservo luego el confuso recuerdo de que eché mano violentamente a un periódico, de que el vendedor me reprendió, porque no le había pagado, y, por último, de que me detuve en la puerta de entrada de una farmacia, mientras encontraba la funesta gacetilla. La terrible hoja anunciadora de las noticias decía en letra negra sobre fondo amarillo:

MORTAL AGRESIÓN CONTRA SHERLOCK HOLMES

«Nos enteramos, con pesar, de que el conocidísimo detective particular míster Sherlock Holmes ha sido víctima esta mañana de una mortal agresión, de resultas de la cual ha quedado en estado grave. No se poseen detalles exactos acerca del suceso, pero debió de ocurrir en la calle Regent a eso de las doce de la noche, frente al café Royal. La agresión fue llevada a cabo por dos hombres armados de bastones, y míster Holmes fue golpeado en la cabeza y en el cuerpo, recibiendo heridas que los médicos califican de muy graves. Fue conducido al hospital de Charing Cross, y después insistió en que le condujesen a sus habitaciones de la calle Baker. Según parece, los malhechores que le agredieron eran hombres bien vestidos, que luego se pusieron a salvo de las personas que presenciaron el caso, metiéndose por el café Royal y saliendo de éste por la parte trasera, a la calle Glasshouse. Pertenecen, sin duda alguna, a la cofradía de criminales que tantas veces ha tenido que lamentar la actividad y la destreza desplegadas por el agredido.»

No haré falta decir que casi sin acabar de leer la noticia salté a un hansom y me lancé camino de la calle Baker. Encontré en el vestíbulo al célebre cirujano sir Leslie Oakshott, cuyo coche brougham esperaba junto

al bordillo de la apera.

-No existe peligro inmediato -fue el informe suyo- Dos heridas con desgarro en el cuero cabelludo y varios magullamientos importantes. Ha sido preciso darle varios puntos de sutura. Le ha sido inyectada morfina y es esencial la tranquilidad, aunque no esté prohibida radicalmente una entrevista de algunos minutos.

Con tal autorización me metí calladamente en el cuarto, que estaba medio a oscuras. El paciente estaba completamente despierto, y oí que me llamaba con un áspero cuchicheo. La cortinilla estaba bajada una cuarta parte de la altura de la ventana, dejando pasar de soslayo un rayo de sol que iba a proyectarse sobre la vendada cabeza del herido. La blanca compresa de hilo se había empapado de sangre y mostraba un manchón purpúreo. Me senté junto a la cama e incliné mi cabeza.

-Perfectamente, Watson. No ponga esa cara de asustado -murmuró con voz débil-. La cosa no está tan mal como parece. -¡Gracias sean dadas a Dios!

-Yo entiendo algo de la lucha con bastón, como usted sabe, y la mayoría de los bastonazos los recibí con mis brazos en posición de guardia. Con el que no pude es con el segundo enemigo.

-¿Qué puedo hacer, Holmes? No cabe duda de que fueron enviados por ese maldito individuo. Iré y lo despellejaré a latigazos si usted me lo ordena.

-¡Bueno y querido Watson! No, sobre eso nada podemos hacer mientras la policía no les eche el guante a esos hombres. Tenían bien preparada la retirada. De eso podemos estar bien seguros. Espere un poco. Tengo trazados mis planes. Lo primero que es preciso hacer es exagerar mis heridas. Vendrán a pedirle noticias. Exagere de firme, Watson. Será mucha suerte si yo llego hasta el fin de la semana, rotura de cráneo, delirio, lo que guste. Nunca exagerará demasiado. -Pero ¿y sir Leslie Oakshott?

-No dirá nada. Se fijará en lo peor de mi estado. Ya me cuidaré yo de ello. -¿Nada más?

-Sí. Avise a Shinwell Johnson que cuide de apartar de la circulación a la muchacha. Esos elegantes la andarán buscando. Saben, como es natural, que ella me acompañó. Si se atrevieron a meterse conmigo, no es probable que se olviden de ella. Es cosa urgente. Hágalo esta misma noche. -Ahora mismo iré. ¿Algo más?

-Coloque encima de la mesa mi pipa y la bolsita del tabaco, ¡muy bien! Venga por aquí todas las mañanas y haremos nuestro plan de campaña.

Me las entendí con Johnson aquella misma noche para que llevase a miss Winter a un barrio tranquilo, y que tuviese cuidado de que ella permaneciera agazapada hasta que pasase el peligro.

El público estuvo durante seis días bajo la impresión de que Holmes se encontraba a las puertas de la muerte. Los boletines eran muy graves y en los periódicos aparecían gacetillas siniestras. Mis constantes visitas me daban a mí la seguridad de que la cosa no era tan seria. Su férrea constitución y su voluntad resuelta realizaban milagros. Se recobraba rápidamente, y en ocasiones llegaba yo a sospechar que se rehacía más rápidamente aún de lo que quería hacerme creer a mí. Había en aquel hombre una curiosa tendencia al secreto que solía producir muchos efectos dramáticos, pero que dejaba incluso a su más íntimo amigo

haciendo cábalas sobre cuáles serían sus verdaderos planes. Holmes llevaba hasta el límite extremo el axioma de que el único conjurado que está seguro es el que lleva él solo una conjura. Yo me encontraba más próximo a él que nadie y, sin embargo, tenía en todo momento la sensación de la grieta que nos separaba.

Al séptimo día le quitaron los puntos de sutura, a pesar de lo cual, los periódicos de la noche hablaban de erisipela. Los mismos periódicos de la noche trataban otra noticia que yo tenía por fuerza que llevar a mi amigo, lo mismo si estaba sano que si estaba enfermo. En la lista de pasajeros del barco de la «Cunard», el Ruritania, que zarpaba el viernes de Liverpool, figuraba el barón Adelbert Gruner, que tenía que cerrar en los Estados Unidos importantes transacciones financieras antes de su boda inminente con miss Violeta de Merville, única hija de, etcétera, etcétera. Holmes escuchó la noticia con una expresión fría y reconcentrada en su cara pálida. Comprendí que le había herido en lo vivo.

-¡El viernes! -exclamó-. ¡Tres días disponibles tan sólo! Yo creo que el muy canalla quiere zafarse del peligro. ¡Pero no lo conseguirá, Watson! ¡Por todos los diablos, que no lo conseguirá! Watson, quiero que haga usted algo que ahora voy a decirle. -Estoy aquí para servirle, Holmes.

-Invierta usted las próximas veinticuatro horas en un estudio intensivo de las porcelanas de la China.

No me dio ninguna explicación, ni yo se la pedí, Una larga experiencia me había enseñado la sabiduría de la obediencia. Pero cuando salía de su habitación fui caminando por la calle Baker adelante, dándole vueltas en mi cabeza a la idea de cómo me las iba yo a arreglar para cumplir aquella orden tan rara. Acabé haciéndome llevar en coche hasta la Biblioteca de Londres, en la plaza Saint James, consulté el caso con el segundo bibliotecario, Lomax, amigo mío, y salí de allí rumbo a mis habitaciones con un libraco bajo el brazo.

Suele decirse que el abogado criminalista que prepara su caso, atiborrándose de datos como para interrogar el lunes a un testigo hábil, se olvida por completo de todos aquellos conocimientos forzados antes del sábado. Desde luego que yo no pretendo pasar hoy por una autoridad en cuestiones de cerámica. Sin embargo, toda aquella tarde, y toda aquella noche, con un corto intervalo para descansar, y toda la mañana siguiente me la pasé sorbiendo datos y cargando mi memoria de nombres. Aprendí en aquel libro los contrastes de los grandes artistas decoradores, el misterio de las fechas cíclicas, las características del Huná-wu y las bellezas del Yung-lo, los escritos de Tang-ving y las magnificencias del primitivo período del Sung y del Yuan. Cuando fui a visitar a Holmes a la mañana siguiente, iba yo cargado con todos aquellos conocimientos. Se había levantado ya de la cama, aunque nadie lo habría dicho a juzgar por los partes médicos publicados, y estaba hundido en su sillón favorito, apoyando su cabeza llena de vendajes en la mano.

-Pero, Holmes; si uno fuera a creer a los periódicos pensaría que está usted agonizando -le dije.

-Esa es precisamente la impresión que yo deseo producir. Y ahora dígame, Watson: ¿ha aprendido usted sus lecciones? -Por lo menos lo he intentado.

-Pues entonces tráigame esa cajita que hay encima de la repisa de lli chimenea.

Abrió la tapa y sacó del interior un objeto pequeño, envuelto con sumo cuidado en fina tela de seda oriental. Desenvolvió ésta y quedó a la vista un fino platillo del más bello color azul oscuro.

-Es preciso manejarlo con sumo cuidado, Watson. Es una auténtica porcelana cáscara de huevo de la dinastía Ming. Es la pieza más fina que ha pasado por la casa Christie. Un juego completo valdría como para pagar el rescate de un rey; a decir verdad, es dudoso que exista un solo juego completo fuera del palacio imperial de Pekín. Un verdadero entendido se saldría de sus casillas viendo este platillo. -¿Y qué he de hacer con él?

Holmes me entregó una tarjeta en la que estaban escritas estas palabras:

Dr. Hill Barton, 369 Half Moon Street

-Así es como usted se llamará por esta noche, Watson. Irá usted a visitar al barón Gruner. Estoy bastante enterado de sus costumbres y es probable que a las ocho y media se encuentre desocupado. Se le avisará por adelantado con una carta que usted va a pasar a visitarle, y usted le dirá que le lleva un ejemplar de un juego absolutamente único de porcelana Ming. Puede usted incluso afirmar que es médico, porque ése es un papel que representa usted sin duplicidad. Usted es coleccionista, el juego en cuestión vino a parar a sus manos, ha oído hablar del interés que el barón se toma en este asunto, y no tendría inconveniente en vendérselo si se ponen de acuerdo en el precio. -¿En qué precio?

-Bien preguntado, Watson. Es seguro que si usted no conoce el valor de lo que vende, podría quedarse muy por debajo en el pedir. Ha sido sir James quien me ha proporcionado este platito que procede, según yo creo, de la colección de su cliente. Si usted le dice que es difícil encontrar cosa igual en el mundo no exagerará.

-Tal vez convendría que le ofreciese someter la tasación a un perito

-¡Magnífico, Watson! Hoy tiene usted verdaderos destellos. Sugíerale a Christie o a Sotheby. Su delicadeza le veda ponerle usted mismo precio. -¿Y si no me recibe? -Sí que le recibirá. Tiene la manía coleccionista en su forma más aguda, y especialmente en porcelanas, asunto en el que está reconocido como una autoridad. Siéntese, Watson, que voy a dictarle yo mismo la carta. No necesita contestación. Se limitará a decirle que va usted a visitarle y con objeto.

El documento resultó admirable, breve, cortés y estimulador de la curiosidad del especialista. Llevólo un mensajero de distrito a su debido tiempo. Aquella misma noche, con el precioso platillo en la mano y la tarjeta del doctor Hill Barton en el bolsillo, me lancé a la aventura.

La magnificencia del edificio y del parque daban a entender, como sir James había dicho, que el barón Gruner era hombre de considerable fortuna. Una larga y serpenteante avenida de carruajes, bordeada a uno y otro lado por arbustos raros, desembocaba en una espaciosa plaza engravillada y decorada con estatuas. La finca había sido levantada por un rey del oro de Sudáfrica, en la época del auge febril de las minas, y el edificio, largo y de poca altura, con torrecillas en los ángulos, imponía por su volumen y por su solidez, aunque fuese una pesadilla arquitectónica. Un mayordomo, que habría constituido un ornamento en un tribunal de obispos, me hizo pasar y me puso en manos de un lacayo de librea de felpa, que me llevó a presencia del barón.

Se hallaba en pie delante de una gran vitrina, cuya parte frontal estaba abierta, entre dos ventanas, y que contenía una parte de su colección de porcelanas chinas. Al entrar se volvió con un jarroncito de color castaño en la mano.

-Haga el favor de sentarse, doctor -me dijo- Estaba haciendo un inventario de mis tesoros y preguntándome si realmente puedo permitirle agregarles otros ejemplares. Quizá le interese este pequeño Tang, que data del siglo diecisiete. Tengo la seguridad de que jamás vio usted trabajo más no y esmalte más rico. ¿Trae usted encima el platillo Ming del que me hablaba?

Lo desenvolví con gran cuidado y se lo entregué. Se sentó frente a su escritorio, acercó la lámpara, porque ya estaba oscureciendo, y se puso a examinarlo. En esta actitud, la luz amarilla proyectábase sobre sus facciones, y pude estudiarlas a placer.

Era, sin duda, un hombre de extraordinaria belleza. Bien merecida tenía la celebridad que en Europa había adquirido de hombre bello. No pasaba de estatura mediana, pero era esbelto y lleno de vitalidad, Era (te tez morena, casi oriental y ojazos negros, lánguidos, que muy bien podían ejercer una fascinación irresistible sobre las mujeres. Sus cabellos y su bigote eran de un color negro de cuervo, y este último era corto, puntiagudo y bien cosmetizado. Tenía facciones proporcionadas y agradables, a excepción de su boca, de labios rectos y delgados. Si alguna vez he visto yo una boca de asesino era, sin duda, aquélla; un tajo en la cara cruel, duro, de bordes apretados, inexorable y terrible. Obraba como mal aconsejado al impedir que el bigote la disimulase, tapándola, porque era como la señal de peligro puesta por la naturaleza como una advertencia a sus víctimas. Su voz era atrayente y sus maneras, perfectas. Le calculé muy poco más de treinta años, aunque luego se vio por su documentación que tenía cuarenta y dos.

-¡Precioso, verdaderamente precioso! -dijo por último-. De modo que tiene usted un juego de seis servicios. Lo que me desconcierta es que no haya oído yo hablar hasta ahora de la existencia de tan magníficos ejemplares. Solo un juego conozco en Inglaterra que pueda compararse con éste, pero no existe probabilidad alguna de que salga al mercado. ¿Sería indiscreción, doctor Hill Barton, preguntarle como llegó a poder suyo esta rara y valiosa pieza!

-¿Tiene eso alguna importancia? -le dije adoptando el aire de mayor despreocupación de que me fue posible revestirme-. Usted ha comprobado que se trata de una pieza auténtica y, por lo que respecta al precio, me conformo con que sea tasada por un experto.

-Resulta sumamente misterioso -dijo, y en sus ojos negros relampagueó una súbita sospecha-En una transacción de objetos de tanto valor, es natural que uno desee informarse bien de todos los detalles. No hay duda de que se trata de un ejemplar legítimo. Sobre eso tengo completa seguridad. Pero no tengo más remedio que encararme con todas las posibilidades: ¿y si luego resulta que no tenía usted derecho a vender el juego?

-Estoy dispuesto a darle una garantía contra toda reclamación de esa clase.

-Lo cual nos trae a plantear la cuestión del valor que tiene esa garantía suya. -Sobre ese extremo le contestarían mis banqueros.

-Así es, pero con todo y con eso, esta transacción se me antoja fuera de lo normal.

-Puede usted tomarlo o dejarlo -le dije yo con indiferencia- Es usted el primero a quien se lo he ofrecido, porque sabía que es usted un entendido en la materia; pero no tendré dificultad alguna en venderlo a otras personas. -¿Quién le informó de que yo era un entendido? -Supe que había usted escrito un libro acerca de esta materia. -¿Ha leído ese libro? -No.

-¡Por vida mía, que esto me resulta cada vez más difícil de entender? Es usted un entendido y un

coleccionista que tiene en su colección un ejemplar valiosísimo, y, sin embargo, no se molesta en consultar el único libro que podía haberle explicado el verdadero alcance y el valor de lo que tenía entre manos. ¿Qué explicación me da usted de eso? -Yo soy hombre muy atareado. Soy médico establecido.

- Eso no es responder. Cuando un hombre tiene una afición la sigue hasta el final, sean las que fueren sus demás actividades. En su carta me decía usted que es entendido en la materia. -Y lo soy.

-¿Me permite que le haga algunas preguntas?. Doctor, no tengo más remedio que decirle que este incidente me está resultando cada vez más sospechoso: digo, doctor, por si, en efecto, lo es usted. Dígame: ¿qué sabe usted del emperador Shormi y de qué manera lo relaciona usted con el Shoso-in, cerca de Nara? Qué, ¿le desconcierta? Cuénteme algo de la dinastía norteña de Wei y del lugar que ocupa en la historia de las cerámicas. Salté con rapidez de mi asiento, simulando irritación, y dije:

-Esto es intolerable, señor. Vine con el propósito de hacerle a usted un favor, y no para que me examinase lo mismo que si yo fuera un niño de escuela. Quizá mis conocimientos sobre la materia sólo cedan a los de usted, pero no estoy dispuesto, desde luego, a contestar a preguntas que se me hacen de modo tan ofensivo.

Clavó su vista en mí. Había desaparecido de sus ojos la languidez. Centellearon súbitamente. Entre sus labios crueles había un brillo de dientes.

-¿Qué juego se trae? Usted ha entrado aquí como espía. Usted es un emisario de Holmes. Es una añagaza que me están jugando. Tengo entendido que el individuo en cuestión se está muriendo, y por eso, sin duda, destaca a instrumentos suyos a fin de que me vigilen. Vive Dios, que ha entrado usted hasta aquí sin permiso, pero le va a resultar más difícil salir que entrar.

Saltó en pie y yo retrocedí, preparándome para hacer frente a su agresión, porque el individuo estaba fuera de sí de furor. Quizá sospeché de mí desde el primer instante; desde luego, el interrogatorio le había hecho comprender la verdad; era evidente que yo no podía tener esperanzas de engañarle. Hundió la mano en un cajón lateral y revolvió furiosamente en el interior. Pero, de pronto, algo debió de llegar hasta su oído, porque se quedó inmóvil, escuchando atentamente.

- ¡Ah! -exclamó-. ¡Ah! -y se precipitó dentro del cuarto, cuya puerta quedaba a sus espaldas. Llegué en dos zancadas hasta la puerta abierta. Jamás perderá claridad en mi imaginación el cuadro que allí presencié. La ventana por la que se salía al jardín estaba abierta de par en par. Junto a ella, produciendo la impresión de un fantasma terrible, con la cabeza envuelta en vendajes manchados de sangre, la cara enjuta y blanca, estaba Sherlock Holmes. Un instante después había desaparecido por aquella abertura, y llegó a mis oídos el chasquido de los arbustos de laurel al caer sobre ellos su cuerpo. El dueño de la casa dejó escapar un alarido de rabia y corrió hacia la ventana abierta para perseguirle.

¡Y en ese instante ... ! Porque fue en un instante, sí, pero yo lo vi con toda claridad. Un brazo, un brazo de mujer salió con ímpetu de entre las hojas. Casi en el acto dejó escapar el barón un grito espantoso; un chillido que resonará siempre en mi memoria. Se llevó con estrépito sus dos manos a la cara y se puso a correr por la habitación, golpeándose con la cabeza en las paredes. Luego cayó sobre la alfombra, rodando sobre sí mismo y retorciéndose mientras sus alaridos, en ininterrumpida sucesión, llenaban toda la casa. -¡Agua, por amor de Dios, agua! -gritaba.

Eché mano a un botellón que había en una mesa lateral y corrí en socorro suyo. En ese mismo instante acudieron corriendo desde el vestíbulo el mayordomo y varios lacayos. Recuerdo que uno de ellos se desmayó al arrodillarse junto al herido y volver hacia la luz de la lámpara aquel rostro que causaba horror. El vitriolo iba carcomiéndolo por todas partes, goteando desde las orejas y la barbilla. Uno de los ojos estaba ya blanco y como convertido en cristal. El otro estaba rojo e inflamado. Las facciones que momentos antes me habían producido admiración, eran como un bellissimo cuadro sobre cuya superficie había pasado el artista una esponja húmeda de inmundicias. Se habían desdibujado, deshumanizado, perdido el color, vuelto espantosas.

Yo expliqué en pocas palabras lo que había ocurrido, sólo en lo referente al ataque con vitriolo. Unos saltaron por la ventana y otros salieron corriendo por la pradera, pero había oscurecido ya y empezaba a llover. Entre alarido y alarido, la víctima se enfurecía con la vengadora I exclamando:

-Fue Kitty Winter, esa gata infernal de Kitty Winter. ¡Endemoniada mujer! ¡Lo pagará, lo pagará! ¡Dios del cielo, este dolor es superior a mis fuerzas!

Le lavé la cara con aceite, apliqué algodón en rama a las superficies en carne viva y le inyecté morfina por vía hipodérmica. La terrible expresión había hecho desaparecer de su mente todo recelo acerca de mí; se aferraba a mis manos como si aun en esa situación tuviera yo poder a aquellos ojos de pez muerto que se volvían queriendo mirarme. Aquella destrucción me habría arrancado lágrimas, si yo no hubiera tenido bien presente la vida vergonzosa que había, traído como consecuencia un cambio tan horrendo. Me repugnaba aquel apretar de sus manos abrasadoras, y sentí alivio cuando el médico de cabecera, seguido inmediatamente por un especialista, se presentaron para relevarme. También llegó un inspector de policía, al que yo entregue mi verdadera tarjeta. Habría sido tan inútil como absurdo el obrar de otro modo, porque en Scotland Yard me conocían de vista casi tanto como a Holmes. Luego abandoné aquella casa de tristeza y de horror. Antes de una hora me encontraba en la calle Baker. Holmes estaba sentado en su silla de siempre; parecí a muy pálido y agotado. Con independencia de sus heridas, hasta sus nervios de hierro habían sido sacudidos por los acontecimientos de aquella velada. Escuchó con espanto el relato que le hice de la transformación sufrida por el barón.

-¡Así paga el demonio, Watson, así paga el demonio! -me dijo-. Más pronto o más tarde, ocurre siempre eso mismo. Bien sabe Dios, que los pecados eran muchos -agregó, agarrando de la mesa un volumen color castaño-. Este es el libro del que nos habló aquella mujer. Si esto no logra deshacer la boda, nada habrá capaz de lograrlo. Pero la deshará, Watson. No tiene más remedio. Ninguna mujer que se respete será capaz de mostrarse insensible. -¿Es el Diario de sus amores? O el Diario de sus lascivias. Llámelo como mejo le parezca. En cuanto esa mujer nos habló de este libro, me di cuenta de que teníamos un arma terrible si conseguía hacerme con el mismo. En aquel entonces nada dije en que se pudiera transparentar mi pensamiento, porque la mujer hubiera podido irse de la lengua. Pero medité mucho en tal libro. Después, la agresión de que fui víctima me proporcionó la oportunidad de hacer creer al barón que no necesitaba ya adoptar precauciones en contra mía. Todo ello venía bien. Yo habría quizás esperado un poco más, pero su anunciado viaje a Norteamérica me forzó a actuar de inmediato. Ese hombre no habría dejado aquí un documento tan comprometedor. Teníamos que acometer enseguida la empresa. Escalar de noche la casa es imposible, porque ese hombre tornaba precauciones. Pero había la posibilidad de hacerlo durante la velada, a condición de que yo consiguiese llamar su atención hacia otro lado. Ahí es donde entraron en escena usted y su platillo azul. Pero tenía que saber con seguridad el sitio en que se encontraba el libro; sólo dispondría de escasos minutos para poder actuar, porque mi tiempo estaba limitado por sus conocimientos de la cerámica china. En vista de eso, me hice acompañar en el último instante por la muchacha. ¿Cómo iba yo a suponer lo que llevaba en el paquetito tan cuidadosamente escondido debajo de la capa? Yo estaba en la creencia de que había venido a trabajar exclusivamente por cuenta mía, pero, por lo visto, ella también traía su negocio. -Ese hombre adivinó que yo era un enviado de usted.

-Me lo temía, Lo cierto es que usted le entretuvo el tiempo suficiente para que yo me apoderase del libro, pero no lo suficiente para que yo huyese sin que nadie se diese cuenta... ¡Hola, sir Jarnes, me alegro mucho de que haya venido usted!

Nuestro cortés amigo se había presentado, respondiendo a una llamada previa, Escuchó con la más profunda atención el relato de lo ocurrido que le hizo Holmes.

-¡Es maravilloso lo hecho por usted, maravilloso! -exclamó al final-. Pero si esas heridas son tan graves como asegura el doctor Watson, se habrá conseguido nuestro propósito de romper esa boda sin necesidad de recurrir al empleo de este horrible libro. Holmes movió negativamente la cabeza.

-Las mujeres del tipo de miss De Merville no actúan de ese modo. Le amaría todavía más si le consideraba como un mártir desfigurado. No, no. Lo que tenemos que destruir es su apariencia moral, no su apariencia física. Ese libro la hará bajar de las nubes a la tierra. Es lo único que puede conseguirlo. Está escrito de su puño y letra. Ella no puede hacerlo a un lado.

Sir Jarnes se llevó el libro y el precioso platillo. Como yo estaba ya en retraso, bajé con él a la calle. Esperaba a sir James un carruaje brougam; subió al mismo, dio una orden rápida al escarapelado cochero, y el vehículo se alejó rápidamente. Sir James echó su gabán encima de la ventanilla de manera que la mitad que quedaba fuera cubría el escudo que ostentaba el panel, pero a pesar de ello, tuve yo tiempo de verlo, a la luz del abanico transparente de nuestra puerta. La sorpresa me dejó un instante sin aliento. Me di media vuelta y subí hasta el cuarto de Holmes,

-He descubierto quién es nuestro cliente -exclamé, entrando de sopetón con mi gran noticia-. Sepa usted,

Holmes, que es...

-Es un amigo leal y un hombre caballeresco -dijo Holmes alargando la mano para cortarme la palabra-. Baste con eso, ahora y siempre, entre nosotros.

Ignoro de qué manera se empleó el libro acusador. Quizá fue sir James el encargado de esa tarea, aunque es mas probable que, por lo delicado de la misma, le fuese encomendada al padre de la joven. Fuese como fuere, el efecto que produjo fue el que se buscaba. Tres días después apareció en The Morning Post una gacetilla anunciando que no tendría lugar la boda entre el barón Adelbert Gruner y miss Violeta de Merville. En el mismo número del periódico venía reseñada la primera vista ante el tribunal de policía, en la acusación contra miss Kitty Winter por el grave delito de lanzamiento de vitriolo. Fueron aportadas en esa causa tales atenuantes que, según se recordará, fue sentenciada a la mínima pena que podía serlo por delito semejante. Sherlock Holmes se vio en peligro de ser acusado de robo con escalo, pero cuando la finalidad es noble y el cliente es lo bastante insigne, hasta la rígida justicia inglesa se humaniza y se hace elástica. Mi amigo no ha tenido que comparecer hasta ahora en el banquillo.

LA AVENTURA DEL SOLDADO DE LA PIEL DECOLORADA

Las ideas de mi amigo Watson, aunque limitadas, son extraordinariamente pertinaces. Desde hace tiempo ha venido hostigándome para que escriba uno de mis casos. Quizá he provocado yo mismo esa persecución, por haberle hecho notar muchas veces la superficialidad de sus relatos, acusándole de inclinarse hacia el gusto popular, en vez de ceñirse rigurosamente a los hechos y a las cifras. «¡Pruebe de escribir usted mismo, Holmes!», me ha solido replicar, y ahora, después de tomar la pluma en la mano, me veo forzado a reconocer que, en efecto, empiezo a darme cuenta de que es preciso presentar el asunto de manera que pueda interesar al lector. Es difícil que el siguiente caso no interese, porque se cuenta entre los más raros de mi colección, aunque Watson no tenga notas del mismo en la suya. Ya que hablo de mi viejo amigo y biógrafo, aprovecharé la oportunidad para hacer notar que, si en mis variadas y pequeñas pesquisas echo sobre mí la carga de un acompañante, no lo hago ni por sentimentalismo ni por capricho, sino porque Watson posee algunas notables características propias suyas, a las que no ha concedido importancia, llevado de su modestia y del aprecio exagerado en que tiene mis propias realizaciones. Un confederado capaz de prever siempre las conclusiones a que usted va a llegar y el curso de la acción que va a emprender es siempre peligroso; pero aquel otro al que todas las novedades

que se producen le caen como una sorpresa continua, y para el que (1 porvenir es siempre un libro cerrado, resulta en verdad una ayuda leal.

Veo por mis libros de notas que fue durante el mes de enero de 1903, apenas terminada la guerra con los bóers, cuando recibí la visita de mister James M. Dodd, un británico corpulento, sano, quemado del sol, bien plantado. El bueno de Watson me había abandonado para seguir a una esposa, único acto suyo egoísta que yo recuerdo del tiempo en que estuvimos asociados. Yo estaba, pues, a solas.

Yo tengo por costumbre sentarme de espaldas a la ventana y hacer sentar a mis visitas en la silla de enfrente, de modo que les de la luz en la cara. Mister James M. Dodd mostró no saber cómo empezar la conversación. No intenté acudir en ayuda suya, porque su silencio me dejaba más tiempo para observarlo a él. He comprobado que resulta hábil despertar en los clientes una sensación de poder, y por eso le hice ver algunas de las conclusiones a que yo había llegado.

-Veo, señor, que viene usted de Sudáfrica.

-Así es, mister Holmes; usted es brujo.

-Del Cuerpo de Voluntarios de Caballería Imperial, si no me equivoco. Del regimiento de Middlesex, sin duda alguna.

-Así es, mister Holmes; usted es brujo.

Me sonreí al escuchar la expresión de su asombro.

-Cuando un caballero de apariencia varonil entra en mi habitación, con el rostro de un matiz que el sol de Inglaterra no podrá darle jamás, y a eso se agrega el detalle de que lleva el pañuelo dentro de la manga, en lugar de llevarlo en el bolsillo, no resulta difícil de establecer su profesión. Lleva usted la barba corta, y ese detalle da a entender que no pertenece usted al ejército profesional. Tiene todo el aspecto de un jinete. En cuanto a situarlo en el Cuerpo de Middlesex, ya su tarjeta me ha hecho saber que es usted corredor de bolsa en la calle Thorgmorton. ¿A qué otro regimiento podía usted agregarse?

'-Lo ve usted todo.

-No veo más de lo que ven todos, pero me he adiestrado en fijarme en lo que veo. Bueno, mister Dodd, usted no ha venido esta mañana a visitarme con objeto de hablar acerca de la ciencia de la observación, ¿verdad? ¿Qué es lo que le ocurre en Tuxbury Old Park?

-¡Mister Holmes ... !

-No hay en ello misterio alguno, querido señor. Su carta estaba fechada en ese lugar, y como usted solicitaba esta entrevista en términos ¡muy apremiantes, resulta claro que había ocurrido algo importante de una manera repentina.

-Así es, en efecto. Pero yo escribí la carta por la tarde, y de entonces acá han ocurrido muchas cosas. Si el coronel Emsworth no me hubiese echado de allí a puntapiés...

-¡Que le ha echado a puntapiés!

-Bueno, en realidad, lo que hizo viene a ser lo mismo. Este coronel Emsworth no se para en barras. Fue en sus tiempos de militar el más exigente ordenancista que había en el ejército, y aquellos eran tiempos en los que se empleaba un lenguaje duro. Yo no habría estado junto al coronel, de no haber sido por atención a Godfrey.

Encendí mi pipa y me arrellané en mi asiento, diciéndole:

-Explíquese claramente.

Mi cliente se sonrió con malicia y me contestó.

-Es que yo había acabado por suponer que usted lo sabe todo sin que se lo digan. Pero, en fin, voy a ponerle al corriente de los hechos, y quiera Dios que sea usted capaz de explicarme el alcance que tienen. Me he pasado la noche en vela y dándole vueltas en el cerebro al asunto, pero cuanto más lo pienso, más increíble me resulta... Cuando en el mes de enero de mil novecientos uno, es decir, hace dos años, me incorporé, el joven Godfrey Emsworth servía en el mismo escuadrón. Era hijo único del coronel Emsworth, el de la Cruz Victoria de la guerra de Crimea. Llevaba en sus venas sangre combativa, y no es extraño que se alistase de voluntario. No había en todo el regimiento mozo de mejores dotes. Nos hicimos amigos, con esa amistad que únicamente llega a establecerse cuando dos personas viven idéntica vida y comparten las mismas alegrías y dolores. Era mi camarada. Esta palabra significa mucho en el ejército. Durante un año entero de rudo pelear aguantamos juntos las duras y las maduras. Hasta que, durante la acción que tuvo lugar cerca de Diamond Hill, en los alrededores de Pretoria, le metieron a él una bala de grueso calibre. Recibí una carta suya desde el hospital de Ciudad de El Cabo y otra desde Southampton. Pues bien: acabada la guerra y ya todos de regreso, le escribí al padre preguntándole por el paradero de Godfrey. No me contestó. Espere y volví a escribirle. Esta vez recibí una carta concisa y huraña. Godfrey había emprendido un viaje alrededor del mundo, y no era probable que regresase antes de un año. Y nada más... Yo no me quedé satisfecho, míster Holmes. Todo ello me resultó condenadamente raro. Godfrey era un buen muchacho, y no podía hacer de lado a un camarada de ese modo. No concordaba con su manera de ser. Resulta que, además, yo estaba enterado de que tenía que heredar una suma importante de dinero, y que su padre y él no siempre se entendían bien. El viejo era en ocasiones agresivo, y el joven Godfrey era demasiado entero para aguantarlo. No, yo no me di por satisfecho, y decidí llegar hasta la raíz del asunto. Pero como mis propios casos requerían mucha atención tras dos años de ausencia, no me fue posible ocuparme del caso de Godfrey hasta esta misma semana. Pero, puesto que lo he tomado ya en mano, me propongo abandonar todo hasta llevarlo a feliz término.

Míster James M. Dodd me produjo la impresión de que era una de esas personas a las que es preferible tener de amigo que de enemigo. Sus ojos azules tenían una expresión dura, y su cuadrada mandíbula se había tensado mientras hablaba.

-¿Y qué ha hecho usted? -le pregunté.

-Mi primer paso consistió en ir hasta su residencia, Texbury Old Park, cerca de Bedford, para ver por mis propios ojos cómo se presentaba el terreno. Por eso le escribí a la madre; no quería tratar más con el venado del padre. Fue un ataque frontal: que Godfrey era mi camarada; yo tenía un gran interés, que ella se explicarla por lo que habíamos pasado juntos; que iba a pasar por el pueblo, y si ella no ponía objeción alguna, etcétera. La contestación fue atentísima y en ella se me ofrecía alojamiento para pasar la noche. Eso fue lo que me llevó el lunes allí... El viejo palacio de Texbury se halla en un lugar inaccesible, a diez kilómetros de distancia de cualquier punto. En la estación no había coche alguno, de modo que me vi obligado a cubrir el trayecto a pie, cargado con mi maletín, y era ya casi oscurecido cuando llegué. Es un gran edificio solitario que se alza dentro de un extenso parque. Yo diría que pertenece a toda clase de épocas y de estilos, porque empieza en una base isabelina que es mitad de madera, y acaba en un pórtico de la época victoriana. En el interior es todo artesonados, tapices y viejas pinturas medio borrosas; es decir, una casa en sombras y de misterio. Había un despensero, el viejo Ralph, que parecía tener tantos años como la casa misma, y su mujer, que era quizá más vieja, había sido la niñera de Godfrey, y yo le había oído a éste hablar de ella como de una madre, a la que quería casi tanto como a su madre; por eso me sentí atraído hacia

ella a pesar de su raro aspecto. También simpatiqué con la madre, que era una mujer pequeña y cariñosa como una ratita blanca. Con el único que no hice migas fue con el coronel... Tuvimos desde el primer momento nuestros más y nuestros menos, y sentí impulsos de regresar en el acto mismo a la estación. Si no lo hice, fue porque tuve la sensación de que sería hacerle el juego a él. Me pasaron inmediatamente a su despacho y allí me lo encontré, corpulento, cargado de espaldas, tez oscura, larga barba revuelta, sentado detrás de su mesa-escritorio llena de papeles. Su nariz de venas rojas se proyectaba como el pico de un buitre, y dos ojos grises, agresivos, se clavaron en mí por debajo de unas cejas tupidas y salientes. Comprendí por qué Godfrey hablaba poco de su padre. «Veamos, señor -me dijo con voz áspera-; me agradecería conocer las verdaderas razones de esta visita. » Le contesté que ya las había explicado en la carta que había enviado a su esposa. «Sí, sí; en ella decía usted que había conocido a Godfrey en África, y, como es natural, no tenemos más pruebas que su palabra.» «Tengo cartas tuyas en el bolsillo.» «¿Quiere tener la amabilidad de mostrármelas?» Repasó las dos que yo le entregué, y luego me las devolvió, preguntándome: «Bien, ¿y qué?» «Yo quiero mucho a su hijo, señor. Nos unen muchos lazos y recuerdos. ¿No es, pues, natural, que yo me asombre de su repentino silencio y que desee saber qué ha sido de él?» «Creo recordar, señor, que he mantenido ya correspondencia con usted, y que le comuniqué lo que había sido de él. Ha emprendido un viaje alrededor del mundo. Después de lo que pasó en África, su salud estaba quebrantada, y tanto su madre como yo fuimos de opinión que precisaba un descanso completo y un cambio. Tenga usted la amabilidad de transmitir esa explicación a cualquier otro amigo que pudiera interesarse en el asunto.» «Desde luego -le contesté-. Pero yo le pediría que tuviese la amabilidad de darme el nombre de la línea de navegación y del vapor en que ha embarcado y de la fecha en que lo hizo. De ese modo estoy seguro de que conseguiré hacer llegar hasta él una carta.» Esta petición mía pareció desconcertar e irritar a mi huésped. Sus tupidas cejas salientes se abatieron sobre sus ojos y tamborileó impaciente con sus dedos encima de la mesa. Por último, alzó la vista con la expresión de un jugador de ajedrez que ha visto hacer a su adversario una jugada amenazadora y acaba de descubrir la jugada suya con que ha de parar el golpe. «Míster Docid -contestó-, son muchos los que se sentirían ofendidos por su infernal obstinación y que juzgarían que esta insistencia suya de ahora linda con una maldita impertinencia.» «Atribúyalo, señor, al cariño que profeso a su hijo.» «Exacto, pero he llegado ya al límite de lo que puedo tolerar por esa razón. Tengo que pedirle que abandone sus pesquisas, En todas las familias existen ciertas intimidades y propósitos que no siempre pueden ser confiados a los extraños, por muy buena que sea la intención de éstos. Mi esposa tiene gran interés en que usted le cuente cosas de la vida pasada de Godfrey, pero yo he de rogarle que haga caso omiso de su presente y de su futuro. Tales pesquisas tuyas no conducen a ninguna finalidad útil, y nos colocan en una situación delicada y difícil». De modo, míster Holmes, que me encontré con el camino cerrado. No había modo de seguir adelante. Lo único que me quedaba era simular que aceptaba la situación, haciendo interiormente promesa (le no descansar hasta aclarar qué había sido de mi amigo. La velada fue tristonera. Cenamos tranquilamente los tres, en una vieja habitación, oscura y ajada. La señora me preguntó ansiosamente acerca de su hijo, pero el anciano parecía huraño y deprimido. Todo aquello me aburrió de tal manera, que me excusé lo antes que me fue posible hacerlo dentro, de las buenas formas, y me retiré a mi dormitorio. Era ésta una habitación amplia y desnuda, situada en la planta baja, tan lóbrega como todo el resto de la casa; pero, míster Holmes, después de dormir durante un año en el *veld*, se vuelve uno poco exigente en esas materias. Descorrí las cortinas y me asomé a mirar al jardín, fijándome en que hacía una noche hermosa, con la media luna brillante en el cielo. Después me senté junto a la viva hoguera de la chimenea, con la lámpara colocada a mi lado en una mesa, y traté de distraer mis pensamientos con la lectura de una novela. Pero me cortó la lectura la entrada de Ralph, el viejo dispensero, que me traía un nuevo suministro de carbón. «Pensé que, quizá se le acabase durante la noche el que tiene, señor. El tiempo es, crudo y estas habitaciones son frías.» Vaciló antes de retirarse de la habitación, y al volver yo la vista, me encontré con que estaba en pie y que su arrugada cara me miraba con expresión de ansiedad. «Señor, yo le ruego que me perdone, pero no pude menos de escuchar lo que usted habló de mi joven míster Godfrey durante la cena. Ya sabrá usted, señor, que fue mi mujer la que le crió, de modo que yo casi podría decir que soy su padre adoptivo. Es, pues, natural, que nosotros nos intereseamos por el señorito. ¿De modo que, según dice usted, se portó como un valiente?» «Hombre más valeroso no lo hubo en todo el regimiento. En cierta ocasión me sacó de debajo mismo de los rifles de los bóers, y quizá si él no lo hubiese hecho, yo no estaría aquí en este momento.» El anciano dispensero se frotó las arrugadas manos. «Sí, señor, sí; eso va perfectamente con la manera de ser de míster Godfrey. Siempre fue valeroso. No hay en el parque un solo árbol al que no haya trepado. Nada era capaz de detenerle. Fue un muchacho magnífico, y también, señor..., también de hombre fue magnífico.» Me puse en pie de un salto y exclamé: «¡Cómo! Dice usted que fue.

Habla como si él hubiera muerto. ¿Qué misterio encierra todo esto? ¿Qué ha sido de Godfrey Emsworth?» Agarré al anciano por los hombros, pero él se echó atrás. «No entiendo lo que usted dice, señor. Si algo quiere saber de míster Godfrey interroge usted al amo. Él lo sabe. Yo no debo entrometerme.» iba a retirarse de la habitación, pero yo le detuve por el brazo y le dije: «Escuche. Va usted a contestarme a una sola pregunta antes que se retire, porque de lo contrario soy capaz de retenerle a usted aquí toda la noche. ¿Ha muerto Godfrey?» No fue capaz de sostener mi mirada. Parecía estar hipnotizado. La contestación salió de sus labios como si yo se la hubiese arrancado. Y fue terrible e inesperada. «¡Pluguiera Dios que hubiese muerto!», exclamó, y arrancándose mis manos se precipitó fuera de la habitación. Ya se imaginará usted, míster Holmes, que no volví a mi silla en un estado de ánimo muy feliz. Me pareció que las palabras del anciano sólo podían tener una interpretación. Era evidente que mi pobre amigo había sido visto envuelto en algún acto criminal, o, por lo menos, vergonzoso, y que afectaba al honor de la familia. Por eso, aquel anciano severo había enviado a su hijo lejos, ocultándolo al mundo, a fin de evitar algún escándalo público. Godfrey era un mozo temerario, y que se dejaba llevar fácilmente por los que le rodeaban. Había caído, sin duda, en malas manos que le habían extraviado y conducido a la ruina. Si se trataba verdaderamente de eso, la cosa era lamentable; pero aun en un caso así, era deber mío buscarle hasta dar con él, a fin de ver si yo podía serle de alguna ayuda. Me hallaba ensimismado y meditando con ansiedad en el asunto, cuando alcé la vista y me encontré de pronto con el mismísimo Godfrey Emsworth, que estaba en pie delante de mí.

Mi cliente se había detenido, como persona presa de profunda emoción. Yo, al darme cuenta de su estado, le dije:

-Prosiga, por favor. Su problema ofrece algunos rasgos muy fuera de lo corriente.

-Míster Holmes, mi amigo estaba de la parte de afuera de la ventana, con la cara apretada contra el cristal. Le he dicho antes que yo me asomé a mirar cómo estaba la noche. Al hacerlo dejé las cortinas parcialmente descubiertas. La figura de mi amigo quedaba encuadrada dentro de esa abertura de las cortinas. La ventana llegaba hasta el suelo mismo, de modo que pude ver toda su figura, pero fue su rostro el que atrajo la mirada mía. Estaba mortalmente pálido; jamás he visto yo a un hombre de rostro tan blanco. Creo que esa debe de ser la blancura de los fantasmas; pero sus ojos se cruzaron con los míos, y en verdad que eran ojos de una persona viva. En el momento en que él cayó en la cuenta de que yo le miraba dio un salto atrás y desapareció en la oscuridad... Míster Holmes, en el aspecto de ese hombre hay algo que me produjo una impresión dolorosa. No se trata simplemente de

cara cadavérica que se destacaba en la oscuridad, tan blanca como el yeso. Era algo más sutil; algo como vergonzoso, furtivo, algo como culpable; en fin, algo completamente distinto de la franqueza y hombría que yo conocí en aquel mozo. Me quedó en el alma una sensación de horror... Pero, el hombre que ha estado haciendo la guerra un año o dos, teniendo por contrario en el juego al hermano bór, sabe conservar templados los nervios y actuar con rapidez. Apenas había desaparecido Godfrey, cuando yo ya me había abalanzado hacía la ventana. El cierre de ésta funcionó con dificultad, y tardé algún tiempo en poder levantarla hacia arriba. Acto contiguo me escabullí por la abertura y corrí por el camino del jardín hacia la dirección que yo pensé que podría haber tomado mi amigo...El camino era lago y la luz mala, pero me pareció que algo se movía delante de mí. Seguí corriendo y le llamé por su nombre, pero fue inútil. Al llegar al final del camino me encontré con que éste se bifurcaba en varias direcciones, yendo a parar a distintos edificios adyacentes a la casa. Me quedé indeciso, y estando así escuché con toda claridad el ruido de una puerta que se cerraba. No se había producido en la casa, a mis espaldas, sino enfrente de mí, en algún sitio envuelto en la oscuridad. Aquello me bastó, míster Holmes, para adquirir el convencimiento de que lo que yo había visto no era una visión. Godfrey había huido de mí corriendo y se había metido en algún sitio, cerrando después la puerta. De eso estaba yo seguro. Ya no me quedaba a mí nada que hacer. Pasé una noche intranquila, dando vueltas en mi cabeza al asunto y tratando de encontrar alguna explicación en la que encajase todo lo sucedido. Al día siguiente encontré al coronel de temperamento más conciliador, y como su esposa me hizo notar que en aquellos alrededores existían lugares dignos de verse, aproveché la oportunidad para preguntarles si les resultaría molesto que yo pasase allí otra noche más. La gruñona conformidad dada por el anciano me proporcionó un día entero para dedicarme a observar. Yo estaba ya completamente convencido de que Godfrey se ocultaba por allí cerca; pero me quedaba todavía por averiguar el sitio y la razón de aquel ocultamiento... Era la casa tan espaciosa y tan llena de recovecos, que podía esconderse dentro de ella un regimiento entero sin que nadie advirtiese su presencia. Si el secreto estaba allí, me resultaría difícil penetrarlo. Pero la puerta que yo había oído cerrarse estaba, con toda seguridad, fuera de la casa. Era preciso que yo explorase el jardín, por si podía descubrir algo. Ningún obstáculo se me presentaba

para ello, porque los dos ancianos se hallaban atareados cada cual a su manera, y me dejaron en libertad para pasar el tiempo como bien me pareciese... Había varios pequeños edificios que servían de dependencias de la casa, pero al fondo del jardín se alzaba un edificio aislado y de regular capacidad; lo suficiente como para servir de vivienda a un jardinero o a un guarda de caza. ¿Sería aquel lugar del que procedía el ruido de la puerta que se cerró? Me acerqué al edificio despreocupadamente, como si me estuviese paseando sin rumbo fijo por el parque. Al hacerlo, salió de la puerta un hombre pequeño, vivaracho, de barba, chaqueta negra y sombrero hongo; es decir, que no tenía aspecto alguno de jardinero. Con gran sorpresa mía, aquel hombre cerró la puerta con llave después de salir y se metió ésta en el bolsillo. Luego me miró con expresión algo sorprendida y me preguntó: «¿Es usted visita en esta casa?» Le dije que, en efecto, estaba de visita y que era amigo de Godfrey. Y agregué: «¡Qué pena que se encuentre viajando, porque seguramente le habría agradado hablar conmigo!» «Ya la creo que sí. Estoy seguro de que le habría agradado -me contestó con expresión de culpabilidad-. Espero que repita usted la visita en alguna ocasión más propicia.» Siguió su camino, pero, al darme yo media vuelta, me fijé en que se había detenido y me estaba vigilando medio oculto por los arbustos de laurel que había en el extremo más alejado del jardín. Me fijé detenidamente en la casita al pasar por delante, pero las ventanas estaban cerradas con gruesas cortinas, y me dio la impresión de que no había nadie dentro. Si yo me mostraba demasiado audaz, pudiera echar a perder mi propio juego, e incluso me exponía a que me diesen orden de marcharme de la casa, porque tenía la sensación de que me vigilaban. Por eso me volví paseando al edificio principal y dejé para la noche hacer nuevas averiguaciones. Cuando todo estuvo oscuro y tranquilo, me deslicé por la ventana de mi cuarto y avancé todo lo silenciosamente que me fue posible hasta la misteriosa casita... He dicho ya que las ventanas estaban cubiertas con gruesas cortinas, pero ahora me las encontré también cerradas con persianas. Sin embargo, a través de una de ellas salía un poco de luz, y por eso concentré mi atención en ella. Tuve suerte, porque la cortina no había sido corrida del todo, y podía ver el interior de la habitación por una grieta que tenía la persiana. Era un cuarto bastante alegre, en el que ardían una lámpara y un buen fuego en la chimenea. Frente por frente de mí estaba sentado el hombrecito al que yo había encontrado por la mañana. Fumaba en pipa y estaba leyendo un periódico.

-¿Qué periódico era? -pregunté yo.

Mi cliente pareció molestarse porque yo le hubiese interrumpido el relato, y preguntó:

-¿Tiene eso importancia?

-Es de lo más esencial.

-Pues no me fijé.

-Sin embargo, quizá se fijase usted en si era un periódico de hojas anchas o uno de esos otros de tamaño mas reducido, como suelen ser los semanarios.

-Ahora que usted me menciona ese detalle, la verdad es que no era de hojas grandes. Quizá fuese *The Spectator*. Pero yo no estaba para pensar en esa clase de detalles, porque de espaldas a la ventana había otro hombre sentado, y yo podría jurar que ese otro hombre era Godfrey. No le veía la cara, pero reconocí la inclinación de sus hombros, que me era sumamente familiar. Estaba apoyado sobre el codo, en actitud de gran melancolía, y miraba hacia el fuego de la chimenea. Vacilaba yo en lo que debería hacer, cuando sentí un golpe seco en el hombro y me encontré junto a mí al coronel Emsworth. «¡Venga por acá señor!», me dijo en voz baja.

»Caminó en silencio hasta la casa y yo le seguí, entrando ambos en mi dormitorio. Al pasar por el vestíbulo echó mano a un horario de trenes, y dijo: "A las ocho treinta sale un tren para Londres. El coche está esperándole a usted a las ocho junto a la puerta."

»Estaba blanco de ira, y yo me encontré no hará falta decirlo, en una posición tan difícil que hube de limitarme a algunas frases incoherentes de disculpa, tratando de excusarme con la gran preocupación que yo sentía por mi amigo. El coronel me dijo con rudeza: "Este asunto no admite discusión. Ha cometido usted un acto sumamente censurable, introduciéndose en la intimidad de nuestra familia. Usted se encontraba aquí en calidad de huésped y se ha convertido en espía. Nada más tengo que agregar, señor, fuera de que no deseo volver a verle a usted."

»Míster Holmes, al oír aquello perdí los estribos y rompí a hablar acaloradamente: "Yo he visto a su hijo, y tengo la seguridad de que usted lo oculta del mundo por alguna razón que a usted solo le interesa. No puedo

imaginarme a qué móviles puede usted obedecer aislándole a él de esta manera; pero estoy seguro de que mi amigo se encuentra imposibilitado de obrar con libertad. Le prevengo, coronel Emsworth, que no renunciaré a mis esfuerzos para llegar al fondo del misterio, mientras no tenga la seguridad de la salud y del bienestar de mi amigo. Desde luego, no me dejaré intimidar por nada, en absoluto, de cuanto usted pueda decir o hacer."

»Aquel viejo tenía en ese momento una expresión diabólica y llegué a pensar que estaba a punto de agredirme. He dicho ya que es un gigantón de aspecto agresivo y de rostro enjuto; aunque yo no soy poca cosa, quizá me habría resultado difícil defenderme de él. Sin embargo, después de dirigirme una furibunda y larga mirada, giró sobre sus talones y salió de la habitación. Yo, por mi parte, tomé por la mañana el tren que se me había señalado, muy resuelto de venir directamente a consultar con usted y a pedirle consejo y ayuda, para lo cual le escribí pidiéndole una cita.»

Tal era el problema que mi visitante me expuso. Según habrá podido ya observar el lector astuto, ofrecía pocas dificultades para su solución, porque en la raíz del problema sólo existía una serie muy limitada (le alternativas. Sin embargo, por elemental que fuese, ofrecía puntos (le interés y de novedad que disculpaban que yo lo dejase registrado por escrito. Y ahora, empleando mi método familiar de análisis lógico, ¡)asaré a reducir paulatinamente el

número de soluciones posibles.

-Dígame: ¿cuántos criados había en la casa? -le pregunté.

-Pues, por lo que yo vi, deduzco que no había más que el viejo despensero y su mujer. El género de vida que allí se llevaba era de lo más sencillo.

-¿De modo que en la casita independiente no había ningún criado?

-Ninguno, a menos que actuase como tal el hombrecito de la barba. Sin embargo, me dio la impresión de ser una persona muy superior a ese cargo.

-He ahí un detalle muy sugestivo. ¿Se fijó usted en si llevaban de comer desde una casa a la otra?

-Ahora que usted me habla de eso, es cierto que vi al viejo Ralph ir por el camino del jardín en dirección a la casita, llevando una cesta. En aquel momento no se me ocurrió la idea de que la cesta pudiera contener alimentos.

-¿Realizó usted alguna pesquisa en el pueblo?

-Sí. Hablé con el jefe de estación y también con el mesonero del pueblo. Me limité a preguntarles si tenían algunas noticias de mi antiguo camarada Godfrey Emsworth. Ambos me aseguraron que estaba realizando un viaje alrededor del mundo; que había regresado a casa y que casi enseguida volvió a salir para reemprenderlo. Es evidente que la explicación es aceptada por todos.

-¿Nada habló usted de sus sospechas?

-Nada.

--Obró usted muy cuerdamente. No hay duda de que estamos en la obligación de investigar el caso. Regresaré con usted a Texbury Old Park.

-¿Hoy mismo?

En aquel momento andaba yo ocupado en poner en claro el caso que mi amigo Watson ha relatado con el título de *La Escuela de la Abadía*, en la que tan de cerca se halla comprometido el duque de Greyminster. También había recibido una misión procedente del sultán de Turquía que me obligaba a una actuación inmediata, porque pudieran seguirse las más severas consecuencias políticas de no hacerlo así. Por consiguiente, y según consta en mi Diario, sólo en los comienzos de la semana siguiente pude ponerme en camino para cumplir mi compromiso en Bedfordshire en compañía de míster James M. Dodd. Mientras nos dirigíamos a la estación de Euston recogimos a un caballero grave y taciturno, de aspecto de hierro gris, con el que previamente había yo hecho los arreglos necesarios.

-Es un viejo amigo -le dije a Dodd-. Quizá su presencia sea absolutamente innecesaria, y puede también que resulte esencial. De momento no hace falta entrar en más detalles.

Los relatos de Watson tendrán, sin duda, acostumbrado al lector a que yo no pierda el tiempo en palabras inútiles y a que no ponga en claro mis pensamientos mientras no tengo resuelto el caso que llevo entre manos. Dodd pareció sorprendido, pero no se habló más acerca del asunto, y los tres proseguimos juntos el viaje. Ya en el tren pregunté a Dodd algo que yo deseaba que oyese nuestro acompañante.

-Dice usted que vio la cara de su amigo en la ventana con absoluta claridad, con una claridad tal que tiene seguridad absoluta de que era él.

-No cabe la menor duda. Apretaba la nariz contra el cristal. La luz de la lámpara se proyectaba de lleno sobre él.

-¿No podría tratarse de alguien que se le pareciese?

-No, no; era él.

-Pero usted afirma que estaba cambiado, ¿no es así?

-únicamente en cuanto al color. Su cara era... ¿cómo diré...?, de una blancura como de barriga de pescado. Estaba blanqueada.

-¿Con el mismo tono blanco por toda ella?

-Creo que no. Lo mejor que vi de todo fue su frente apretada contra la ventana.

-¿Le llamó usted?

-Me hallaba demasiado sobresaltado y horrorizado en aquel momento. Acto continuo, y según se lo he dicho ya, salí en persecución suya, pero sin conseguir alcanzarle.

Para mí, el caso se hallaba prácticamente completo, y tan sólo me faltaba un incidente pequeño a fin de redondearlo. Cuando, después de un considerable trayecto en coche, llegamos a la vieja casa, extraña y retirada, que mi cliente había descrito. Fue Ralph, el anciano despensero, quien nos abrió la puerta. Yo había comprometido el coche para todo el día y había pedido a mi anciano amigo que permaneciese dentro del mismo hasta que le llamásemos. Ralph, viejecito arrugado, vestía el convencional traje de chaqueta negra y pantalones negros con raya blanca, con una única y curiosa variante. Llevaba guantes de cuero color castaño, de los que se despojó instantáneamente al vernos, dejándolos encima de la mesa del vestíbulo al entrar nosotros. Según mi amigo Watson ha podido hacer notar, poseo una agudeza anormal en mis sentidos; husmé un aroma débil, pero acre. Parecía centrado en la mesa del vestíbulo. Me di media vuelta, coloqué allí mi sombrero, lo tire al suelo, me incliné para recogerlo y me di maña para acercar mi nariz a menos de treinta centímetros de distancia de los guantes. Sí, indudablemente que aquel curioso olor a breá salía de ellos. Seguí adelante para entrar en el despacho con mi caso ya resuelto. ¡Que lástima que no tenga más remedio que mostrar las cartas que tengo en mano cuando relato yo mismo un caso! Watson lograba presentar sus deslumbrantes finales ocultando esa clase de eslabones de la cadena.

El coronel Emsworth no estaba en la habitación, pero acudió con bastante rapidez al recibir el mensaje de Ralph. Oímos en el pasillo sus pasos rápidos y firmes. La puerta se abrió de par en par y entró precipitadamente, con la barba enmarañada y las facciones contraídas, convertido en el anciano más terrible que yo he encontrado nunca. Tenía en la mano nuestras tarjetas, las rompió en pedazos y las pisoteó.

-¿No le tengo dicho, condenado entremetido, que se considere arrojado de esta casa? No vuelva jamás a tener la audacia de mostrar aquí su maldita cara. Si vuelve a entrar sin licencia mía estaré en mi de techo recurriendo a la violencia. ¡Le mataré a tiros, señor! ¡Por Dios, que lo haré! En cuanto a usted, señor -prosiguió volviéndose hacia mí-, considérese incurso en la misma advertencia. Estoy al tanto de la innoble profesión que ejerce, pero debe usted ocupar sus celebrados talentos en algún otro terreno. Aquí no hay lugar para ellos.

-No puedo marcharme de aquí -dijo mi cliente con firmeza- hasta que sepa de los propios labios de Godfrey que no se halla coartada su libertad.

Nuestro huésped, mal de su agrado, tiró de la campanilla.

-Ralph -dijo-, telefónee a la policía del condado y diga al inspector que envíe un par de guardias. Dígale que hay en la casa asaltantes.

-Un momento -le dije yo-. Míster Dodd, ya sabrá usted que el coronel Emsworth se encuentra en su derecho al dar ese paso, y que dentro de su casa nosotros podemos considerarnos fuera de la ley. Por otro lado, él debe reconocer que usted ha obrado movido enteramente por el interés que le inspira su hijo. Yo me atrevo a esperar que, si se nos conceden cinco minutos de conversación con el coronel Emsworth, conseguiré con toda seguridad alterar su punto de vista en este asunto.

-Yo no soy hombre que cambia fácilmente -repuso el veterano soldado-. Ralph, haga lo que he dicho. ¿Qué diablos espera para hacerlo? ¡Llame usted a la policía!

-No hará nada de eso -dije yo, descansando mi espalda en la puerta cerrada-. Cualquier interferencia de la policía acarrearía la catástrofe misma que usted tanto teme.

Saqué mi libro de notas y escribí una única palabra en una hoja stielta, que entregué al coronel Emsworth, diciéndole:

-Esto es lo que nos ha traído hasta aquí.

Se quedó mirando fijamente el escrito con cara de la que había desaparecido toda expresión, fuera sólo la de asombro.

-¿Cómo lo sabe usted? -jadeó, dejándose caer pesadamente en su sillón.

-Por mi profesión, debo poner en claro las cosas. De eso me ocupo.

El coronel se sumió en profundas meditaciones, mientras su mano huesuda tiraba de su barba enmarañada. De pronto hizo un gesto de resignación.

-Pues bien: si ustedes desean hablar con Godfrey, hablarán, No era ese mi propósito, pero me han obligado a ello. Ralph, diga a Godfrey y a míster Kent que iremos a visitarlos dentro de cinco minutos.

Al cabo de ese tiempo avanzamos por el camino del jardín y nos encontramos delante de la casa del misterio, que se alzaba al final de aquél. Un hombrecito de barba nos esperaba en la puerta, dando muestras de considerable asombro, y nos dijo:

-Ha sido muy repentino, coronel Emsworth, y echará a perder todos nuestros planes.

-No puedo evitarlo, míster Kent. Se nos ha hecho fuerza. ¿Puede recibirnos míster Godfrey?

-Sí; está esperando dentro.

Giró sobre sus talones y nos condujo a una habitación delantera, espaciosa y sencillamente amueblada. Un hombre nos esperaba en pie, vuelto de espaldas al fuego. Al verlo, mi cliente avanzó precipitadamente con la mano extendida.

-¡Godfrey, viejo, esto es magnífico!

Pero el otro le hizo una señal con la mano indicándole que se retirase.

-No me toques, Jimmie. Mantente a distancia. ¡Sí, tienes motivos para mirarme con asombro! ¿Verdad que ya no parezco el elegante cabo honorario Emsworth, del escuadrón B?

Desde luego que su aspecto era extraordinario. Veíase que había sido un hombre bello, de facciones bien marcadas y quemadas por el sol africano; pero sobre esa superficie oscura veíanse ronchones extrañamente blancuzcos como si su piel hubiese sido blanqueada.

-Aquí tienes la razón de que no me agrada recibir visitas -dijo-. Por ti, Jimmie, no me importa, pero hubiese preferido que no viniese tu amigo. Me imagino que habrá mediado alguna razón de peso, pero con ello me encuentro en situación de inferioridad.

-Yo quería asegurarme de que no te ocurría nada, Godfrey. Te vi la noche aquella en que te pusiste a mirar por la ventana y no pude dejar el asunto tranquilo hasta ponerlo todo en claro.

-El viejo Ralph me dijo que estabas allí, y no me pude contener sin echarte un vistazo. Calculé que no me verías y tuve que refugiarme corriendo en mi madriguera cuando oí que alzabas la ventana.

-Pero, ¡por vida de ... !, ¿qué es lo que ocurre?

-Es una cosa larga de contar -dijo él, encendiendo un cigarrillo-. ¿Recuerdas aquel combate por la mañana,

en Buffelsspruit, en los alrededores de Pretoria, sobre el ferrocarril oriental? ¿No supiste que yo había sido herido?

-Sí; lo supe, pero no me dieron nunca detalles.

-Tres de nosotros quedamos separados del grueso de las fuerzas. Recordarás que era un territorio muy abrupto. Éramos Simpson, al que llamábamos el calvo Simpson, Andersen y yo. Estábamos limpiando el terreno de hermanos bóers, pero éstos se hallaban acechando y nos aislaron a tres. Los otros dos fueron muertos. A mí me atravesó el hombro una bala de grueso calibre. Yo, sin embargo, me aferré a mi caballo, y éste galopó en un trayecto de varios kilómetros antes de que me desmayase y rodase desde la silla al suelo.

»Cuando recobré el conocimiento estaba oscureciendo, y me incorporé, sintiéndome muy débil y enfermo. Con gran sorpresa mía, me -.,! cerca de una casa que estaba cerrada, una casa bastante grande con a 11 -cha escalinata y muchas ventanas. Hacía un frío de muerte. Ya recordarás que todas las noches hacía un frío entumecedor, un frío muy distinto de la temperatura cruda, pero sana. Pues bien: yo estaba entumecido hasta el tuétano, y mi única esperanza consistía, al parecer, en llegar hasta aquella casa. Me puse en pie, tambaleando, y avancé arrastrandome, consciente apenas de lo que hacía. Conservo un confuso recuerdo de que subí lentamente los peldaños de la escalinata, de que entré por una puerta abierta de par en par y penetré en una habitación muy espaciosa que contenía varias camas, y que me tumbé en una de ellas con un suspiro de satisfacción. La cama estaba sin hacer, pero eso no me produjo la menor inquietud. Me cubrí con las ropas de la cama el cuerpo, que temblaba de frío, y un instante después me encontraba profundamente dormido.

»Me desperté a la mañana siguiente, y tuve la impresión de que en lugar de recobrar el sentido en un mundo normal, habría irrumpido dentro de una pesadilla extraordinaria. Por las amplias ventanas, sin cortinas, penetraba un torrente de sol africano, y hasta los más pequeños detalles de aquel gran dormitorio enjalbegado y desnudo se distinguían con nitidez y realce. Estaba ante mí un hombre pequeño, parecido a un enano, de cabeza enorme y bulbosa, que chapurreaba con gran excitación en holandés, accionando con dos manos horribles que se me antojaban esponjas de color castaño. A sus espaldas había un grupo de personas que parecían sumamente divertidas con la situación pero al mirarlas sentí correr por mi cuerpo un escalofrío. Ni una sola (1, -ellas era un ser humano normal. Todas estaban contorsionadas, hinchadas o desfiguradas de manera fantástica. La risa de aquellos monstruos extraordinarios era espantosa de oír.

»Por lo visto, ninguno de ellos era capaz de hablar en inglés, pero urgente aclarar la situación, porque aquel ser de cabeza monstruosa estaba enfureciendo cada vez más y lanzando gritos de bestia salvaje; me había puesto las manos deformes encima y me sacaba a rastras de la cama, sin hacer caso de la sangre que manaba de nuevo de mi herida. Aquel pequeño monstruo tenía la fuerza de un toro, y no se lo que me habría hecho si no hubiera acudido, al oír el barullo, un hombre anciano que se veía que ejercía autoridad. Pronunció en holandés algunas frases severas y mi perseguidor se alejó reculando. Luego, aquel hombre me miró presa del mayor asombro, y me preguntó: "¿Cómo diablos ha venido usted aquí? ¡Espere un momento! Me doy cuenta de que está usted rendido de cansancio y que es preciso curar esa herida que tiene en el hombro. Soy médico, y voy a vendarle en seguida. Pero, ¡por Dios vivo! , que está usted aquí en un peligro mayor que el que le amenaza en el campo de batalla, porque se encuentra en el hospital de leproso y ha dormido usted en la cama de un leproso." ¿Para qué voy a decirte más, Jimmie? Por lo visto, todos aquellos pobres seres habían sido evacuados el día anterior, ante la inminente batalla. Luego, al avanzar los británicos, el médico superintendente había vuelto a llevarlos allí. Éste me aseguró que, aunque él se creía inmune a la enfermedad, no se habría atrevido a hacer lo que yo había hecho. Me alojé en una habitación reservada, me trató cariñosamente y cosa de una semana después fui llevado al hospital general de Pretoria.

»Ahí tienes mi tragedia. Yo aguardaba contra toda esperanza. Los terribles síntomas que tú ves en mi cara no vinieron a anunciarme que no me había salvado hasta que no me encontré de vuelta en mi casa. ¿Qué iba a hacer? Me encontraba en esta casa solitaria. Disponíamos de dos servidores en los que podíamos confiar por completo. Contábamos con una casita dentro de la cual yo podía vivir. Míster Kent, que es médico, se manifestó dispuesto a permanecer a mi lado bajo juramento de guardar el secreto. En esas condiciones, el asunto parecía sencillo. La alternativa que se me ofrecía era espantosa: separación para toda la vida entre gentes desconocidas sin una sola esperanza de liberación. Pero era imprescindible guardar el más absoluto secreto, porque, de lo contrario, hasta en esta tranquila región campesina se habría levantado un alboroto, y yo me habría visto arrastrado a mi suerte horrible. Era preciso ocultarlo incluso de ti, Jimmie. No llevo a comprender cómo mi padre ha alterado su resolución.

El coronel Emsworth me señaló a mí con el dedo.

-Éste es el caballero que me forzó a ello.

Al decirlo desdobló la hoja de papel en la que yo había escrito la palabra lepra.

-Me pareció que este señor sabía tanto, que lo más seguro era dejarle que lo supiese todo.

-Y, en efecto, ha sido lo más seguro -le dije-. ¿Quién sabe si de todo esto no redundará en beneficio? Creo haber entendido que la única persona que ha examinado al enfermo ha sido míster Kent. ¿Me permite, señor, preguntarle si es usted una autoridad competente en esta clase de enfermedades? Según tengo entendido son, por naturaleza, tropicales o semitropicales.

-Sé de ellas lo que es corriente que sepa un médico instruido -me contestó, con cierta tiesura.

-No pongo en duda, señor, que sea usted un hombre de absoluta competencia, pero estoy seguro de que convendrá conmigo en que en un caso así tiene importancia conocer otra opinión más. Me parece que ha huido de esto por temor a que hiciesen presión sobre usted, para obligarle el apartamiento del enfermo.

-Así es, en afecto -dijo el coronel Emsworth.

-Preví esta situación -dije yo, explicándome- y me he hecho acompañar de un amigo en cuya discreción podemos confiar por completo. En cierta ocasión, yo pude rendirle un favor profesional, y él está dispuesto a aconsejarme más bien como amigo que en su calidad de especialista. Se llama sir James Saunders.

Ni siquiera la perspectiva de celebrar una entrevista con lord Roberts habría despertado mayor admiración y placer en un simple subalterno que los que ahora se reflejaban en la cara de míster Kent.

-Sin duda alguna que me sentiré muy orgulloso -murmuró.

-Pues entonces voy a pedir a sir James que venga hasta aquí. En este momento se encuentra en el coche, fuera de la puerta. Mientras tanto, coronel Emsworth, podríamos reunirnos en su despacho, donde yo le daré las explicaciones necesarias.

Aquí es donde yo echo en falta a mi Watson. Él es capaz, recurriendo a habilidosas preguntas y exclamaciones de asombro, de elevar a la categoría de prodigio mi arte sencillo, que no es otra cosa que la sistematización del sentido común. Siendo yo quien relata mi propia historia, no dispongo de semejante ayuda. Sin embargo, voy a exponer aquí el proceso que siguió mi pensamiento, y tal como lo expuse a mi pequeño auditorio, en el que estaba incluida la madre de Godfrey, dentro del despacho del coronel Emsworth. He aquí lo que yo dije:

-Mi razonamiento arranca de la suposición de que, una vez que se ha eliminado del caso todo lo que es imposible, la verdad tiene que consistir en el supuesto que todavía subsiste, por muy improbable que sea. Puede ocurrir que los supuestos subsistentes sean varios, y en ese caso se van poniendo a prueba uno después de otro hasta que uno de ellos ofrezca base convincente. Vamos a aplicar esta norma al caso en cuestión. Tal y como a mí me lo presentaron al principio, existían tres explicaciones posibles de la reclusión o encarcelamiento de este caballero en uno de los edificios subalternos de la mansión paternal. Consistía una de las explicaciones en que estaba oculto por algún crimen, o en que estaba loco y su familia deseaba no verse en la obligación de llevarlo a un asilo o en que se hallaba afectado de alguna enfermedad que obligaba a mantenerle apartado. No se me ocurrieron otras soluciones adecuadas. Por tanto, era preciso comparar y sopesar cada una de ellas con las demás.

»La suposición del crimen no aguantaba un análisis. En este distrito no se había dado la noticia de ningún crimen cuya solución constituyese un misterio: de eso estaba yo seguro. De haberse tratado de un crimen que permanecía años sin descubrirse, es evidente que la familia habría estado interesada en desembarazarse del delincuente y en enviarle al extranjero más bien que mantenerle oculto en casa. No se me ocurría ninguna explicación para esta última línea de conducta.

»Lo de la locura ya era más plausible. La presencia de otra persona en la casita hacía pensar en un cuidador. El hecho de que cerrase la puerta al salir reforzaba la suposición y sugería la idea de que se ejercía fuerza. Por otro lado, esta fuerza no podía ser muy enérgica, porque en ese caso el joven no habría podido librarse de ella para ir a echar un vistazo a su amigo. Usted recordará, míster Dodd, que yo le fui tanteando en busca de detalles y preguntándole, por ejemplo, qué periódico estaba leyendo míster Kent. Si lo que leía hubiese

sido *The Lancet* o *The British Medical Journal*, ese dato me habría servido de ayuda. Sin embargo, nada tiene de ¡legal guardar a un loco dentro de una casa particular, siempre que esté atendido por una persona calificada para ello, y siempre que las autoridades hayan sido debidamente notificadas. ¿De dónde, pues, nacía este anhelo desesperado de guardar secreto? Tampoco aquí la teoría se amoldaba por completo a los hechos.

»Quedaba la tercera posibilidad, en la que todo parecía encajar, por extraña e improbable que pareciese. La lepra no es cosa rara en África del Sur. Quizás este joven, por alguna casualidad extraordinaria, la hubiese contraído. En tal caso, su familia se vería en una situación espantosa, porque ellos querían librarle del aislamiento. Sería precisa una gran reserva para evitar que corriese el rumor de lo que ocurría, con la subsiguiente intervención de las autoridades. Un médico legal, a condición de pagarle bien, podría encargarse del paciente, no siendo difícil encontrar quien se prestase a ello. No existía razón alguna para que el enfermo no pudiera salir de su reclusión después de oscurecido. Una de las consecuencias corrientes de esta enfermedad es el blanqueo de la piel. El caso era importante, tan importante, que me decidí a actuar como si estuviese ya demostrado. Mis últimas dudas desaparecieron cuando al llegar aquí me fijé en que Ralph, que es quien lleva las comidas, usaba guantes impregnados en materias desinfectantes. Bastó una sola palabra para hacerle ver a usted, señor, que su secreto había sido descubierto, y si yo la escribí en lugar de pronunciarla, fue para demostrarle que podía confiar en mi discreción.

Me hallaba yo finalizando este pequeño análisis del caso, cuando se abrió la puerta y fue pasado al despacho el gran dermatólogo de austera figura. Por esta vez sus facciones de esfinge se habían relajado y había en su mirada calor de humanidad. Se adelantó hasta el coronel Emsworth y le dio un apretón de manos, diciéndole:

-Con frecuencia me toca llevar malas noticias, y es muy raro que pueda darlas buenas. Por esto me felicito más de esta oportunidad. No es lepra.

-¿Cómo?

-Es un caso bien claro de seudolepra o ictiosis, una afección de la piel que le da apariencia de escamas, fea y obstinada, pero posible de curar y, desde luego, no infecciosa. Sí, míster Holmes, la coincidencia es muy notable. Pero ¿es, en verdad, una simple coincidencia, o están en juego fuerzas sutiles de las que es muy poco lo que sabemos? ¿Estamos seguros de que la aprensión que este joven ha venido sufriendo terriblemente desde que se encontró expuesto al contagio no ha podido producir una acción física que estimula precisamente lo que se teme? En todo caso, yo respondo con mi reputación profesional. ¡Pero la señora se ha desmayado! Creo que lo mejor sería que míster Kent no se aparte de ella hasta que se haya recobrado de esta impresión de alegría.

La aventura de la piedra preciosa de Mazarino

Fue agradable para el Dr. Watson encontrarse una vez más en la desordenada sala del primer piso en Baker Street, la cual había sido el punto de partida para tantas memorables aventuras. Miró alrededor suyo hacia las gráficas científicas sobre la pared, el banco de ácidos químicos calcinados, el estuche de violín recostado en el rincón, el balde para carbones, que contenía viejas pipas y tabaco. Finalmente, sus ojos se posaron en la fresca y sonriente cara de Billy, un joven pero muy sabio y diplomático ayudante, quien lo había ayudado en parte a cubrir los espacios de soledad y aislamiento que rodeaban la saturnina figura del gran detective.

—Parece que nada ha cambiado, Billy. Nunca cambies. ¿Espero que se pueda decir lo mismo de él?

Billy echó una mirada con cuidado sobre la cerrada puerta de la habitación.

—Creo que está acostado y durmiendo —dijo.

Eran las siete de la tarde de un hermoso día de verano, pero el Dr. Watson estaba suficientemente familiarizado con la irregularidad de las horas de su viejo amigo para no sentirse sorprendido con la idea.

—¿Eso significa un caso, supongo?

—Sí, señor, está muy complicado en este momento. Estoy asustado por su salud. Se pone pálido y delgado, y no come nada. “¿Cuándo estará disponible para cenar, Sr. Holmes?” preguntó la Sra. Hudson. “Siete y media, pasado mañana”, le contestó. Usted sabe sus maneras cuando está comprometido en un caso.

—Sí, Billy, lo sé.

—Está siguiendo a alguien. Ayer salió como un obrero en busca de trabajo. Hoy era una anciana. Honestamente me atrapo, lo hizo, y debo conocer sus maneras por ahora —Billy apuntó con una sonrisa burlona a un hinchado parasol reclinado contra el sofá—. Eso es parte del vestido de anciana —dijo.

—¿Pero de qué se trata todo esto, Billy?

Billy disminuyó su voz, como uno que discute grandes secretos de estado.

—No está en mi mente contarle, señor, pero no debería ir más lejos. Es este caso de la corona de diamantes.

—¡Qué! ¿El robo de cientos de miles de libras?

—Sí, señor. Deben regresarlo, señor. Porque, tenemos al Primer Ministro y el Secretario de Estado ambos sentados en ese sofá. El Sr. Holmes fue muy amigable con ellos. Prontamente los puso en su cuidado y prometió hacer todo lo que pudiera. Entonces está Lord Cantlemere...

—¡Ah!

—Sí, señor, usted sabe que significa. Es un arrogante, señor, si puedo decirlo. Puedo permanecer con el Primer Ministro, y no tengo nada contra el Secretario de Estado, quien parece un hombre civilizado y de complaciente estilo, pero no puedo permanecer con su señoría. Ninguno puede, ni el Sr. Holmes, señor. Verá, él no cree en el Sr. Holmes y estaba en contra de emplearlo. El piensa que fallará.

—¿Y el Sr. Holmes lo sabe?

—El Sr. Holmes siempre sabe lo que hay que saber.

—Bien, esperemos que no falle y que Lord Cantlemere resulte sorprendido. Pero debo decir, Billy, ¿Qué es esa cortina que tapa la ventana?

—El Sr. Holmes la puso hace tres días. Tenemos algo gracioso tras de ella.

Billy avanzó y retiró la cortina que apantallaba la alcoba de la arqueada ventana.

El Dr. Watson no pudo reprimir un grito de asombro. Allí había un maniquí de su antiguo camarada, vestido con camisón, la cara volcada tres cuartos hacia la ventana y hacia abajo, como que estuviera leyendo un libro invisible, mientras el cuerpo estaba profundamente hundido sobre un sillón. Billy desprendió la cabeza y la sostuvo en el aire.

—La pusimos en diferentes ángulos, pero esta es la que parecía más real. No debería atreverme a

tocarla si la persiana no estuviera baja. Pero cuando está arriba puede verlo desde la otra calle.

—Nosotros usamos algo parecido una vez hace tiempo.

—Antes de mi tiempo —dijo Billy. Luego apartó las cortinas y miró hacia la calle—. Ahí hay personas que nos observan a lo lejos. Puedo ver a uno en este momento por la ventana. Véalo usted mismo.

Watson avanzó un paso cuando la puerta de la habitación se abrió, y a lo largo, la delgada forma de Holmes emergió, con su pálida y dibujada cara pero con sus pasos y su porte tan activos como siempre. Con un solo brinco ya estaba en la ventana, y cerró las persianas una vez más.

—Eso lo habrá hecho, Billy —dijo—. Ahora estás en peligro de muerte, mi muchacho, no puedo hacerlo sin ti ahora. Bien, Watson, es bueno verte en tu viejo cuarto una vez más. Has venido en un momento crítico.

—Así lo deduzco.

—Puedes irte, Billy. Ese chico es un problema, Watson. ¿Cuan lejos estoy justificado a permitir que esté en peligro?

—¿Peligro de qué, Holmes?

—De muerte súbita. Estoy esperando algo esta noche.

—¿Esperando qué?

—Ser asesinado, Watson.

—¡No, no, está bromeando, Holmes!

—Incluso mi limitado sentido del humor puede cultivar una mejor broma que esa. Pero debemos permanecer cómodos mientras tanto, ¿No deberíamos? ¿Está permitido el alcohol? El gasógeno y los cigarros están en su antiguo lugar. Déjeme ver una vez más en el acostumbrado sillón. ¿Espero, que no haya aprendido a despreciar mi pipa y mi lamentable tabaco? Ha debido tomar el lugar de la comida en estos días.

—¿Pero por qué no come?

—Porque las facultades se refinan cuando se está muy hambriento. Porque, seguramente, como un doctor, mi querido Watson, debes admitir que la digestión gana en el almacenamiento de sangre tanto que pierde en el cerebro. Yo soy un cerebro, Watson. El resto de mí es meramente un apéndice. En consecuencia, es el cerebro el que debo considerar.

—¿Pero, y este peligro, Holmes?

—Ah, sí, en caso de que algo ocurra, debería quizás estar bien que cargues en la memoria con el nombre y la dirección del asesino. Puedes dárselo a Scotland Yard, con mi cariño y una oración de despedida. Sylvius es el nombre... Conde Negretto Sylvius. ¡Escríballo, hombre,scríballo! Moorside Gardens 136, N.W. ¿Lo tiene?

La honesta cara de Watson fue crispándose con ansiedad. Conocía demasiado bien los inmensos riesgos tomados por Holmes y era consciente que lo que él dijera sería más una subestimación que una exageración. Watson era siempre un hombre de acción, y se elevó a la ocasión.

—Inclúyame, Holmes. No tengo nada que hacer por un día o dos.

—Su moral no mejora, Watson. Ha agregado la mentira a sus otros vicios. Alberga cada señal de un médico ocupado, con llamadas sobre los pacientes a cada hora.

—No son casos importantes. ¿Pero no puede arrestar a este hombre?

—Sí, Watson, puedo. Eso es lo que lo preocupa.

—¿Pero por qué no lo hace?

—Porque no sé dónde está el diamante.

—Ah! Billy me contó... ¡la corona de gemas perdida!

—Sí, la gran piedra amarilla de Mazarino. He lanzado mi red y he atrapado al pez. Pero no tengo la piedra. ¿Cuál es el sentido de atraparlos? Podemos hacer al mundo un mejor lugar pisándole los talones. Pero no es

eso lo que busco. Es la piedra lo que quiero.

—¿Y es este Conde Sylvius uno de sus peces? —Sí, y él es un tiburón. Muerde. El otro es Sam Merton, el boxeador. No es una mala persona, Sam, pero el Conde lo ha usado. Sam no es un tiburón. Es un gran y obstinado pez. Pero está siendo atrapado por mi red como todos los demás.

—¿Dónde está este Conde Sylvius?

—He estado a su lado toda la mañana. Debería haberme visto como una anciana, Watson. Nunca fui tan convincente. De hecho levantó el parasol por mí una vez. “Con su permiso, madame” dijo, en un tono medio italiano, usted sabe, y con la maneras agraciadas del sur cuando está de humor, pero un diablo encarnado en el otro estado. La vida está llena de caprichosos hechos, Watson.

—Debió ser una tragedia.

—Bien, quizás debió serlo. Lo seguí al viejo taller de Straubensee en las Minorías. Straubensee hizo el rifle de aire, una hermosa pieza de arte, como yo lo entiendo, y como puede imaginarse está en la ventana opuesta en este preciso momento. ¿Ha visto al maniquí? Por supuesto, Billy se lo ha mostrado. Bien, debería obtener un proyectil a través de su preciosa cabeza en cualquier momento. ¿Ah, Billy, qué es esto?

El chico reapareció en la sala con una tarjeta sobre una bandeja. Holmes la ojeó con sus elevadas pestañas y con irónica sonrisa.

—El hombre por sí mismo. Era difícil de esperar. ¡Captó la ofensa, Watson! Un hombre de audacia. Posiblemente haya oído hablar de su reputación como un tirador de grandes juegos. Sería ciertamente un final triunfante para su excelente record deportivo si me agrega a su bolsa. Es una prueba de que siente mi punta del pie detrás de su talón.

—Envíe por la policía.

—Probablemente lo haga. Pero no ahora. ¿Quisiera asomarse cuidadosamente por la ventana, Watson, y verificar si alguien está esperando en la calle?

Watson observó cautelosamente rodeando el borde de la cortina.

—Sí, hay un tipo rudo cerca de la puerta.

—Ese debe ser Sam Merton... el leal aunque mejor dicho vanidoso Sam. ¿Dónde está este caballeroso Billy?

—En la sala de espera, señor.

—Tráelo cuando suene el timbre.

—Sí, señor.

—Y si no estoy en la sala, tráelo igual.

—Sí, señor.

Watson esperó hasta que la puerta se cerrara, y entonces se volvió encarecidamente hacia su compañero.

—Mire, Holmes, esto es sencillamente imposible. Este es un hombre desesperado, quien no se adhiere a nada. Quizás haya venido a matarlo.

—No debería estar sorprendido.

—Insisto sobre permanecer con usted.

—Sería horrible en el camino.

—¿En su camino?

—No, mi querido amigo... en mi camino.

—Bien, no puedo dejarlo.

—Sí, usted puede, Watson. Y lo hará, porque nunca ha fallado en jugar el juego. Debo asegurarme que jugará hasta el final. Este hombre ha venido por sus propios propósitos, pero debe permanecer por mí — Holmes tomó su anotador y garabateó algunas líneas—. Tome un coche de alquiler hasta Scotland Yard y

déle esto a Youghal de la División de Investigaciones Criminales. Regrese con la policía. El arresto del cómplice seguirá después.

—Lo haré con alegría.

—Antes de que regrese debería tener suficiente tiempo para encontrar donde está la piedra — tocó la campana—. Creo que deberíamos salir por la habitación. Esta segunda salida es excesivamente útil. Quiero preferiblemente ver a mi tiburón sin que me vea, y tengo, como recordará, mi propia forma de hacerlo.

Fue, en consecuencia, una habitación vacía a la cual Billy, un minuto después, condució al Conde Sylvius. El famoso tirador, deportista, y hombre de ciudad era una persona morena, con un formidable bigote oscuro sombreando una cruel y delgada boca, y transpuesta por una larga y curvada nariz como el pico de un águila. Estaba bien vestido, pero su brillante corbata, su resplandeciente alfiler, y sus relucientes anillos eran extravagantes para su efecto. Cuando la puerta se cerró tras de él, miró alrededor con feroces y sobresaltados ojos, como uno que sospecha una trampa a cada paso. Entonces se puso violento al notar la impasible cabeza y el collar del camisón que se proyectaba por encima del sillón en la ventana. Primero su expresión fue una de puro asombro. Entonces la luz de una horrible esperanza centelleó en sus oscuros y sangrientos ojos. Tomó un vistazo a su alrededor para ver que no hubiera testigos, y entonces, en puntas de pie, levantó su gruesa vara, y se aproximó a la silenciosa figura. Se estaba agachando para su salto y estallido final cuando una fría y sardónica voz lo saludo desde la puerta abierta de la habitación:

—¡No lo rompa, Conde! ¡No lo rompa!

El asesino trastabilló, asombrado en su convulsa cara. Por un instante levantó su cargado bastón una vez más, como si pudiera volcar su violencia desde la imagen hacia el original; pero había algo en esos firmes ojos grises y sonrisa burlona que causaron que su mano se posara a un lado.

—Es un objeto hermoso —dijo Holmes, avanzando hacia la imagen—. Tavernier, el modelador francés, lo hizo. El es tan bueno para las figuras de cera como su amigo Straubenzee es para los rifles de aire.

—¡Rifles de aire, señor! ¿A qué se refiere?

—Ponga su sombrero y la vara en el costado de la mesa. ¡Gracias! Por favor, tome asiento. ¿Podría tener la amabilidad de quitarse su revolver también? Oh, muy buen, si prefiere sentarse sobre él. Su visita es realmente oportuna, porque de mala manera quería tener unos pocos minutos de charla con usted.

El Conde frunció el ceño, con pesadas y amenazadoras cejas.

—Yo, también, deseaba tener algunas palabras con usted, Holmes. Es por eso que estoy aquí. No negaré que intentaba embestirlo.

Holmes meció sus piernas en el borde de la mesa.

—Más bien deduzco que tenía alguna especie de idea en su cabeza —dijo.

—¿Pero por qué estas atenciones personales?

—Porque ha salido de su camino para fastidiarme. Porque ha puesto sus criaturas sobre mi camino.

—¡Mis criaturas! ¡Le aseguro que no!

—¡Absurdo! Los tengo vigilados. Dos pueden jugar el mismo juego, Holmes.

—Hay un pequeño punto, Conde Sylvius, pero quizás querría amablemente darme un sobreaviso cuando me visita. Puede entender eso, con mi, rutina de trabajo, debo encontrarme en familiares términos con la mitad de la galería de bribones, y entenderá que las excepciones son odiosas.

—Bien, Sr. Holmes, entonces.

—¡Excelente! Pero le aseguro que está equivocado acerca de mis supuestos agentes.

El Conde Sylvius rió desdeñosamente.

—Otras personas pueden observarlo tan bien como usted. Ayer fue un viejo deportista. Hoy fue una anciana mujer. Ellos me vigilan todo el día.

—Realmente, señor, usted me elogia. El viejo Barón Dowson dijo la noche anterior a que fuera colgado que

en mi caso lo que la ley ha ganado el escenario lo ha perdido. ¿Y ahora usted me halaga por mis pequeñas interpretaciones?

—¿Fue... fue usted? —Holmes se encogió hombros.

—Puede ver en el rincón el parasol que tan educadamente me sostuvo en la Minorías antes de que empezara a sospechar.

—Si lo hubiese sabido, nunca...

—Hubiera visto esta horrible casa nuevamente. Estaba consciente de ello. Todos hemos descuidado oportunidades para lamentar. ¡Como sucedió, no lo sabe, así que aquí estamos!

Las nudosas cejas del Conde se acumularon más pesadamente sobre sus amenazantes ojos.

—Lo que dice sólo empeora la situación. ¡No eran sus agentes pero usted actuando, entrometido! Admite que me ha estado acosando. ¿Por qué? —Venga, Conde. Usted solía disparar a leones en Algeria.

—¿Y bien?

—¿Pero qué?

—¿Qué? ¡El deporte... la excitación... el peligro!

—¿Y, sin dudas, liberar al país de la peste?

—¡Exactamente!

—¡Mis razones en pocas palabras!

El Conde se puso de pie, y su mano involuntariamente retrocedió a su bolsillo.

—¡Siéntese, señor, siéntese! Hay otra, más práctica, razón. ¡Quería ese diamante amarillo!

El Conde Sylvius se apoyó en su silla con una malévola sonrisa.

—¡Sobre mi cadáver! —dijo.

—Usted sabía que estaba tras suyo por eso. La verdadera razón por la que está aquí esta noche es para encontrar cuanto sé acerca del asunto y cuan lejos mi eliminación es absolutamente esencial. Bien, debería decir que, desde su punto de vista, es absolutamente esencial, porque lo sé todo, excepto una cosa, que está dispuesto a contarme.

—¡Oh, efectivamente! ¿Y por favor, cuál es el hecho faltante?

—Donde está la corona de diamantes.

El Conde miró tajantemente a su compañía.

—¿Oh, usted quiere saberlo, no es cierto? ¿Cuán endemoniado debo ser para permitirme contarle donde está?

—Puede, y debe.

—¡Por supuesto!

—No puede engañarme, Conde Sylvius —Los ojos de Holmes, cuando lo contemplaba, se contrajeron y se iluminaron hasta que se volvieron como dos amenazantes puntos de acero—. Es absolutamente de vidrio. Puedo ver hasta el fondo de su mente.

—¡Entonces, por supuesto, puede ver donde está el diamante!

Holmes aplaudió con sus manos con diversión, y luego apuntó un sarcástico dedo.

—¡Entonces lo sabe. Lo admite!

—Yo no admito nada.

—Ahora, Conde, si es razonable podemos hacer negocios. Si no, saldrá herido.

El Conde Sylvius lanzó sus ojos hacia el techo.

—¡Y usted habla acerca de engaños! —dijo.

Holmes lo observó atentamente como un maestro jugador de ajedrez quien medita su culminante movida. Entonces abrió el cajón de la mesa y sacó un relleno anotador.

—¿Sabe lo que guardo en este libro?

—¡No, señor, no lo sé!

—¡Usted!

—¡Yo!

—¡Sí, señor, usted! Usted está aquí... toda acción de su vil y peligrosa vida.

—¡Maldito sea, Holmes! —gritó el Conde con flameantes ojos—. Hay límites para mi paciencia!

—Está todo aquí, Conde. Los hechos reales de la muerte de la anciana Sra. Harold, quien le dejó la herencia de Blymer, la cual tan rápidamente apostó.

—¡Está soñando!

—Y la completa historia de vida de la Srita. Minnie Warrender.

—¡Tonterías! ¡Usted no hará nada con eso!

—Aquí tenemos mucho más, Conde. Aquí esta el robo en el tren de lujo hacia el Riviera el 13 de Febrero de 1892. Aquí esta el cheque falsificado en el mismo año en el Crédito Lyonnais.

—No; usted se equivoca en eso.

—¡Entonces tengo razón sobre los otros! Ahora, Conde, usted es un jugador de cartas. Cuando el otro compañero tiene todos los triunfos, es tiempo de arrojar la mano.

—¿Qué tiene que ver toda esta conversación con la gema de la cual habló?

—Gentilmente, Conde. ¡Contenga esa fervorosa mente! Déjeme llegar a los puntos en mi propia y monótona manera. Tengo todo esto contra usted; pero, por sobre todo, tengo un limpio caso contra ambos, usted y su farsante peleador en el caso de la corona de diamantes.

—¡Ciertamente!

—Tengo el chofer que lo llevó hasta Whitehall y el chofer que lo trajo de vuelta. Tengo al comisionado que lo vio cerca del caso. Tengo a Ikey Sanders, quien rehúsa interceder por usted. Ikey lo ha delatado, y el juego ha terminado.

Las venas saltaron en la frente del Conde. Sus oscuras y peludas manos se cerraron con fuerza en una convulsión de emoción controlada. Trató de hablar, pero las palabras no tomaban forma.

—Esa es la mano que estoy jugando —dijo Holmes—. Están puestas en la mesa. Pero una carta está perdida. Es el Rey de Diamantes. No sé donde está la piedra.

—Y Nunca lo sabrá.

—¿No? Ahora, sea razonable, Conde. Considere la situación. Está encerrándose por veinte años. También Sam Merton. ¿Qué tiene de bueno alejarse del diamante? Nada en el mundo. Pero si lo toma... bien, ello compondría un crimen. No queremos ni a usted ni a Sam. Queremos la piedra. Dénosla, y tanto como me concierna puede mantenerse libre tanto tiempo como se comporte en el futuro. Si hace otro desliz... bueno, será el último. Pero en este tiempo mi encargo es conseguir la piedra, no a usted.

—¿Pero si me rehúso?

—Porque, entonces... ¡Que pena...! Será usted y no la piedra.

Billy apareció en respuesta a un timbre.

—Creo, Conde, que sería bueno tener a su amigo Sam en esta conferencia. Después de todo, sus intereses deberían estar representados. Billy, verás un gran y feo caballero afuera, en la puerta de entrada. Pregúntale si quiere subir.

—¿Y si el no quiere venir, señor?

—Sin violencia, Billy. No seas rudo con él. Si le dices que el Conde Sylvius lo quiere seguramente vendrá.

—¿Qué es lo que va a hacer ahora? —preguntó el Conde cuando Billy desapareció.

—Mi amigo Watson estuvo conmigo. Le dije que tenía un tiburón y un pez en mis redes; ahora estoy trazando la red y juntándolos.

El Conde se levantó de su silla, y su mano fue tras su espalda. Holmes sostuvo algo que sobresalía del bolsillo de su camisa.

—No morirás en tu cama, Holmes.

—He tenido a menudo la misma idea. ¿Acaso importa? Después de todo, Conde, su propia salida se parece más a una perpendicular que a una horizontal. Pero esas anticipaciones del futuro son mórbidas. ¿Por qué no nos rendimos al incontenible deleite del presente?

Una repentina luz de bestia salvaje emanó en la oscuridad, amenazantes ojos de un maestro criminal. La figura de Holmes pareció agrandarse mientras él se ponía tenso y listo para disparar.

—No es bueno que manosee el revolver, mi amigo —dijo con una voz calma—. Conoce perfectamente bien que no se atrevería a usarla, incluso si le diera el tiempo para jalarlo. Sucio, cosas ruidosas, revólveres, Conde. Mejor la vara a los rifles de aire. Ah! Creo que oigo las pisadas de su estimable compañero. Buen día, Sr. Merton. Permanecía aburrido en la calle, ¿No es cierto?

El galardonado boxeador, un duramente edificado joven con una estúpida, obstinada y endurecida cara, permanecía torpemente en la puerta, mirando con expresión desconcertada. La cortés manera de Holmes era una nueva experiencia, y aunque vagamente notaba que era hostil, no sabía como contrarrestarla. Se volvió hacia su astuto camarada en busca de ayuda.

—¿Qué es este juego, Conde? ¿Qué es lo que quiere este hombre? ¿Qué pasa? —Su voz era profunda y ronca.

El Conde se encogió de hombros, y fue Holmes quien respondió.

—Si puedo ponerlo en pocas palabras, Sr. Merton, debería decir que todo está arreglado.

El boxeador seguía en la misma dirección observando a su socio.

—¿Este hombre está tratando de ser gracioso, o qué? No estoy de humor.

—No, no lo espero —dijo Holmes—. Creo que puedo prometerle que se sentirá incluso menos divertido cuando la noche avance. Ahora, mire aquí, Conde Sylvius. Soy un hombre ocupado y no puedo perder tiempo. Me voy a esa habitación. Por favor siéntense como en sus casas en mi ausencia. Puede explicarle a su amigo cual es la situación del asunto sin la limitación de mi presencia. Debería practicar la *Barcarole* de Hoffman sobre mi violín. En cinco minutos regresaré por su respuesta final. ¿Ha comprendido la alternativa, no? ¿Lo apresamos a usted, o nos entrega la piedra?

Holmes se retiró, levantando su violín del rincón por el que pasaba. Unos pocos momentos después, las melancólicas notas del mayor hechizo vinieron débilmente a través de la cerrada puerta de la habitación.

—¿Qué es esto, entonces? —preguntó Merton ansiosamente a su compañero cuando se volvió— ¿Sabe acaso de la piedra?

—El sabe condenadamente demasiado sobre ello. Pero no estoy seguro que sepa todo.

—¡Por Dios! —La lívida cara del boxeador se tornó una sombra blanca.

—Ikey Sanders nos ha delatado.

—¿Qué ha que? Le haré pedazos por eso si soy colgado.

—Eso no nos ayudará de mucho. Necesitamos mentalizar lo que hay que hacer.

—Cuidado —dijo el boxeador, mirando suspicazmente a la puerta de la habitación—. Es un tramposo que quiere vigilarnos. ¿Se supone que no nos está escuchando?

—¿Cómo puede escucharnos con esa música?

—Es correcto. Quizás alguien detrás de la cortina. Demasiadas cortinas en esta habitación — Mientras miraba alrededor repentinamente observó por primera vez la imagen en la ventana, y permaneció quieto y apuntando, demasiado asombrado para pronunciar palabra.

—¡Tonterías! Es solo un muñeco —dijo el Conde.

—¿Es falso, no es cierto? ¡Bueno, me asusta! Madame Tussaud no está ahí. Es el espíritu viviente de ella, vestida y todo. ¡Pero las cortinas, Conde!

—¡Oh, te desconciertan las cortinas! Estamos perdiendo nuestro tiempo, y no hay demasiado. El puede encarcelarnos por esta piedra.

—¡Diantre si puede!

—Pero él nos dejará irnos si solamente le decimos donde está el botín.

—¡Qué! ¿Dárselo? ¿Darle cientos de miles de libras?

—Es lo uno o lo otro.

Merton sacudió su rapada calva.

—Está solo. Hagámoslo. Si no tuviera su luz no tendríamos nada que temer.

El Conde sacudió su cabeza.

—Está armado y listo. Si le disparamos a duras penas podríamos alejarnos de un lugar como este. Además, es suficiente como para que la policía sepa cualquier evidencia que él tenga. ¡Espera! ¿Qué es esto?

Había un vago sonido que parecía venir de la ventana. Ambos hombres se agazaparon, pero todo estaba calmo. Excepto por la única extraña figura sentada en la silla, la habitación estaba ciertamente vacía.

—Hay algo en la calle —dijo Merton—. Mire, jefe, usted tiene el cerebro. Seguramente encontrará la forma de salir. Si asestarle un golpe no lo es entonces es todo suyo.

—He engañado a mejores hombre que él —contestó el Conde—. La piedra está aquí en mi bolsillo secreto. No tomé riesgos al dejarlo. Puede estar fuera de Inglaterra esta noche y dividido en cuatropiezas en Ámsterdam antes del Domingo. No sabe nada de Van Seddar.

—Pensé que Van Seddar se iría la próxima semana.

—Lo estaba. Pero ahora debe salir en el próximo ferry. Uno u otro de nosotros debe escabullirse con la piedra hacia la calle Lima y decirle.

—Pero el falso fondo no está hecho.

—Bien, debe tomarlo como está y arriesgarse. No hay ni un momento que perder — nuevamente, con el sentido de peligro que se convierte en un instinto en el deportista, se detuvo y observó duramente hacia la ventana. Sí, era seguro que desde la calle venía ese débil sonido.

—Respecto a Holmes —continuó—, podemos engañarlo suficientemente fácil. Verás, el condenado tonto no nos arrestará si le damos la piedra. Bien, le prometeremos la piedra. Lo pondremos sobre el camino equivocado, y antes de que descubra que está por mal camino estará en Holanda y nosotros fuera del país.

—¡Eso suena genial! —exclamó Sam Merton con una amplia sonrisa.

—Puedes irte y decirle al holandés que se mueva. Yo veré a este tonto y lo llenaré con confesiones falsas. Le diré que la piedra está en Liverpool. Como me aturde esa melancólica música; ¡Me pone de los nervios! En el momento en que encuentre que no está en Liverpool ya estará en cuartos y nosotros sobre el agua azul. Regresa, fuera de la línea de la cerradura. Aquí está la piedra.

—Me extraña que no se atreva a llevarla.

—¿Dónde puedo mantenerla segura? Si pudiéramos sacarla de Whitehall alguien más podría seguramente alejarla de mí.

—Echémosle una mirada.

El Conde Sylvius lanzó algo así como una mirada poco halagadora hacia su socio e hizo caso omiso de las manos sucias que se extendían hacia él.

—¿Qué... piensas que voy a robártelo? Mire, señor, me estoy cansando de sus métodos.

—Bien, bien, sin ofensas, Sam. No podemos permitirnos una disputa. Ve por la ventana si quieres ver la adecuada belleza. ¡Ahora sostén la lámpara! ¡Aquí!

—¡Gracias!

Con un simple salto Holmes brincó de la silla del maniquí y atrapó la preciosa gema. La sostuvo en una sola mano, mientras que con la otra apuntaba un revolver a la cabeza del Conde. Los dos villanos retrocedieron en absoluto asombro. Antes de que se recobraran Holmes presionó la campana eléctrica.

—¡Sin violencia, caballeros... sin violencia, les ruego! ¡Consideren el amueblado! Debe ser evidente para usted que en su posición es imposible. La policía está esperando abajo.

La perplejidad del Conde sobrepasó su furia y su temor.

—¿Pero cómo dedujo...? —balbuceó.

—Su sorpresa es muy natural. No estaba enterado que una segunda puerta de mi habitación se dirige directamente detrás de la cortina. Me imaginé que debió oírme cuando desplazé la imagen, pero la suerte estaba de mi lado. Me dio una chance de escuchar a su graciosa conversación que hubiese sido penosamente embarazosa si estuvieran percatados de mi presencia.

El Conde brindó un gesto de resignación.

—Lo subestimamos, Holmes. Creo que eres el mismísimo diablo.

—No tan lejos, de cualquier forma —Holmes respondió con una cortés sonrisa.

El lento intelecto de Sam Merton sólo gradualmente fue apreciando la situación. Ahora, con los sonidos de pesados pasos viniendo por las escaleras, rompió el silencio.

—¡Un polizonte! —dijo—. ¡Pero, digo, que hay acerca de ese violín! Yo lo oí.

—¡Tonterías, tonterías! —respondió Holmes—. Tienes perfectamente la razón. ¡Encendámoslo! Estos modernos gramófonos son una memorable invención.

Hubo un apresuramiento de la policía, los grilletos chasquearon y los criminales fueron llevados al coche. Watson se demoró con Holmes, felicitándolo por esta fresca hoja añadida a sus laureles. Una vez más su conversación fue interrumpida por el imperturbable Billy con su tarjetero.

—Lord Cantlemere, señor.

—Tráelo, Billy. Este es un eminente noble que representa los más altos intereses —dijo Holmes—. Es una excelente y leal persona, pero sin embargo del viejo régimen. ¿Deberíamos enderezarlo? ¿Nos atreveríamos a aventurar sobre él con una despreciada libertad? No sabe, debemos conjeturar, nada de lo que ocurrió.

La puerta se abrió para admitir una delgada y austera imagen con una cara feroz y bigotes encorvados de la era victoriana y de una reluciente negrura que duramente correspondería con los redondeados hombros y endeble caminar. Holmes avanzó amablemente y agitó una apática mano. —¿Cómo le va, Lord Cantlemere? Está helado para este momento del año, pero seguramente caliente puertas adentro. ¿Puedo tomar su abrigo?

—No, gracias; no me lo quitaré.

Holmes apoyó su mano insistentemente sobre la manga.

—¡Permítame! Mi amigo el Dr. Watson le asegurará que estos cambios de temperatura son de los más tendenciosos.

Su señoría se agitó libremente con un poco de impaciencia.

—Estoy cómodo, señor. No necesito quedarme. Vengo simplemente a observar e interiorizarme como está progresando la tarea que se le encargó.

—Es difícil... muy difícil.

—Me temo que no lo encuentre.

Hubo una distintiva burla en las palabras y maneras del viejo cortesano.

—Todo hombre encuentra sus limitaciones, Sr. Holmes, pero por lo menos nos cura de la impotencia de la autosatisfacción.

—Sí, señor, he estado desconcertado.

—Sin duda.

—Especialmente sobre un punto. ¿Posiblemente pueda ayudarme en él?

—Solicita por mi consejo cuando ya ha avanzado el día. Pienso que usted tiene sus propios y suficientes métodos. Sin embargo, estoy listo para ayudarlo.

—Verá, Lord Cantlemere, no tenemos dudas en enmarcar un caso contra los actuales ladrones.

—Cuando los atrape.

—Exactamente. Pero la cuestión es... ¿Cómo deberemos proceder contra el receptor?

—¿No es algo prematuro?

—Es bueno tener nuestros planes listos. Ahora, ¿Qué nos recomendaría como evidencia final contra el receptor?

—La posesión de la piedra.

—¿Usted lo arrestaría por eso?

—Indudablemente.

Holmes raramente reía, pero estaba tan cerca como su amigo Watson podía recordar.

—En ese caso, mi querido señor, estoy en la penosa necesidad de avisarle que esta bajo arresto.

Lord Cantlemere estaba muy enfurecido. Alguno de los antiguos fuegos ardieron sobre sus lívidas mejillas.

—Se está tomando una gran libertad, Sr. Holmes. En cincuenta años de vida oficial nunca recuerdo tal hecho en un caso. Soy un hombre ocupado, señor, involucrado en importantes asuntos, y no tengo tiempo o gusto de bromas. Debo decirle francamente, señor, que nunca he sido un creyente en sus poderes, y que siempre fui de la opinión que el asunto era más seguro tenerlo en las manos de la fuerza policial regular. Su conducta confirma todas mis conclusiones. Tengo el honor, señor, de desearle buenas noches.

Holmes velozmente cambió su posición y se puso entre el colega y la puerta.

—Un momento, señor —dijo—. Dejarlo ir con la piedra Mazarino sería una ofensa mayor que encontrarlo en posesión temporal de ella.

—¡Señor, esto es intolerable! Déjeme pasar.

—Ponga su mano en el bolsillo derecho de su abrigo.

—¿Qué quiere decir, señor?

—Venga... venga, haga lo que le digo.

Un instante después el asombrado colega permaneció, parpadeando y balbuceando, con la gran piedra amarilla en su temblante palma. —¡Qué! ¡Qué! ¿Cómo es esto, Sr. Holmes?

—¡Muy mal, Lord Cantlemere, muy mal! —exclamó Holmes—. Mi viejo amigo aquí presente le dirá que tengo un impulsivo hábito de practicar bromas. También que nunca puedo resistir una situación dramática. Me tomé la libertad... la gran libertad, debo admitir... de poner la piedra en su bolsillo al comienzo de nuestra entrevista.

El viejo colega clavó los ojos desde la piedra a la sonriente cara tras de él.

—Señor, estoy desconcertado. Pero... si... es por cierto la piedra Mazarino. Somos gratamente sus deudores, Sr. Holmes. Su sentido del humor puede, como admite, ser algo pervertido, y su exhibición

memorablemente inoportuna, pero por lo menos debo retirar cualquier reflexión que hice sobre sus asombrosos poderes profesionales. Pero cómo...

—El caso está medio concluido; los detalles pueden esperar. Sin duda, Lord Cantlemere, su placer en contar este exitoso resultado en el enardecido rol de su regreso será una pequeña expurgación de mi broma pesada. Billy, muéstrale la salida a su señoría y dile a la Sra. Hudson que estaría agradecido si pudiera enviar una cena para dos tan pronto como sea posible.

La aventura de Los Tres Gabletes

No creo que alguna de mis aventuras con el Sr. Sherlock Holmes se haya resuelto tan abruptamente y de manera dramática, como la que se asocia con *The Three Gables* (NdT: Los Tres Gabletes). No había visto a Holmes por varios días y no tenía idea del nuevo canal por el cual sus actividades habían sido dirigidas. Estaba de un humor locuaz esa mañana, sin embargo, y precisamente me había sentado en el sillón consumido en un lado del fuego, mientras se encrespaba con su pipa en la boca sobre la silla opuesta, cuando nuestro visitante arribó. Si hubiera dicho que un toro bravo había arribado sería dar una clara impresión de lo que ocurrió.

La puerta había sido abierta violentamente y un enorme negro había estallado en la habitación. Hubiera sido una figura cómica si no hubiera sido terrorífico, porque estaba vestido en un traje de etiqueta con una corbata ondulante de color salmón. Su ancha cara y nariz achatada estaban empujadas hacia delante, y sus sombríos ojos negros, con un destello ardiente de malicia en ellos, se volvían de uno hacia el otro.

—¿Cuál de ustedes, caballeros es el señor Holmes? —preguntó.

Holmes elevó su pipa con una lánguida sonrisa.

—¡Oh! ¿Es usted, no es cierto? —dijo nuestro visitante, acercándose con unos desagradables y sigilosos pasos alrededor del ángulo de la mesa— Verá, señor Holmes, mantenga sus manos fuera de los negocios de otros. Deje a otra gente manejar sus propios asuntos. ¿Comprende eso, señor Holmes?

—Siga hablando —dijo Holmes—. Está bien.

—¡Oh! ¿Está bien, no es cierto? —gruño el salvaje—. No sería tan condenadamente bueno si pudiera recortarlo en pedazos. He manipulado a gente de su tipo mucho antes, y ellos no parecían tan bien cuando terminé con ellos. ¡Mire esto, señor Holmes!

Balanceó un enorme y nudoso bulto de un puño bajo la nariz de mi amigo. Holmes lo examinó de cerca con un aire de gran interés.

—¿Dónde nació? —preguntó— ¿O viene gradualmente?

Pudo haber sido la helada frialdad de mi amigo, o pudo haber sido el ligero estrépito que hice al levantar el atizador. En cualquier caso, los modales de nuestro visitante se volvieron menos extravagantes.

—Bien, le he dado suficientes consejos —dijo—. Tengo un amigo que está interesado sobre el camino de Harrow, usted sabe a lo que me refiero, y no tiene intención de tener que interrumpir los hechos por usted. ¿Lo comprende? Usted no es la ley, y yo no soy la ley tampoco, y si usted viene estaremos a mano. No lo olvide.

—Lo he buscado por algún tiempo —dijo Holmes—. No le pregunté si quería sentarse, porque no soporto su olor. ¿Pero no es usted Steve Dixie, el matón?

—Ese es mi nombre, señor Holmes, y usted seguro conseguirá transmitirlo si me ofrece alguna insolencia.

—Es ciertamente lo último que necesita —dijo Holmes, permaneciendo frente a la abominable boca de nuestro visitante—. Usted fue el asesino del joven Perkins en las afueras de Holborn... ¡Pero qué! ¿No se va?

El negro se había enfurecido, y su cara estaba dura como plomo.

—No escucharé tales comentarios —dijo—. ¿Qué tenía que hacer con este Perkins, señor Holmes? Estaba entrenando en el Bull Ring en Birmingham cuando este muchacho se metió en problemas.

—Sí, ya le contó al magistrado acerca de eso, Steve —dijo Holmes—. Lo he estado observando y a Barney Stockdale...

—¡Que Dios me ayude! Señor Holmes...

—Esto es suficiente. Salga de aquí. Lo visitaré cuando yo lo desee.

—Buenos días, señor Holmes. ¿Espero que no haya ningún rencor acerca de esta visita?

—Serán a menos que me diga quién lo envió.

—Por qué, no hay secreto acerca de ello, señor Holmes. Fue el mismo caballero que usted acaba de mencionar.

—¿Y quién lo puso a él?

—No lo sé, señor Holmes. El dijo “Steve, ve a ver al Sr. Holmes, y cuéntale que su vida no será segura si va por el camino de Harrow”. Esa es toda la verdad —y sin esperar por más preguntas nuestro visitante cerró la puerta de la habitación tan precipitadamente como había entrado. Holmes sacudió las cenizas de su pipa con una calmada sonrisa.

—Estoy contento de que no haya sido forzado a romper su lanuda cabeza, Watson. Observé sus maniobras con el atizador. Pero él es realmente un amigo inofensivo, un bebé de gran musculatura, pero tonto y fanfarrón, y fácilmente acobardable, como acaba de ver. Es uno de la pandilla de Spencer John y ha tomado parte en algún sucio trabajo de última hora que resolveré cuando tenga tiempo. Su superior principal, Barney, es una persona más astuta. Ellos se especializan en asaltos, intimidaciones y otros por el estilo. ¿Lo que quisiera saber es, quién está atrás de ellos en esta particular ocasión?

—¿Pero por qué quieren intimidarlo?

—Es este caso de Harrow Weald. Esto me decide a observar el asunto, porque si alguien se toma la molestia, debe haber algo en él.

—¿Pero qué es?

—Le iba a contar cuando tuvimos este interludio cómico. Aquí está la nota de la Sra. Maberley. Si tiene el cuidado de acompañarme nos conectaremos con ella y saldremos de inmediato.

ESTIMADO SR. SHERLOCK HOLMES —leí—:

He tenido una sucesión de extraños incidentes ocurridos en conexión con esta casa, y que valoraría su consejo. Me encontrará en casa mañana en cualquier momento. La casa está a un corto trecho de la estación Weald. Creo que mi difunto esposo, Mortimer Maberley, fue uno de sus antiguos clientes.

Fielmente suya, MARY MABERLEY

La dirección era “The Three Gables, Harrow Weald”.

—¡Así que es eso! —dijo Holmes—. Y ahora, si puede disponer de tiempo, Watson, nos pondremos en camino.

Un corto viaje en tren, y un aún más corto paseo en coche, nos llevó a la casa, una quinta de maderas y ladrillos, permaneciendo en su propio acre de pastizal no desarrollado. Tres pequeñas proyecciones por encima de las ventanas superiores hacían un poco convincente intento de justificar su nombre. Detrás había un bosque de melancolía, pinos a medio crecer, y todo el aspecto del lugar era pobre y depresivo. Con todo, encontramos el lugar bien abastecido, y la señora que nos recibió fue una persona simpáticamente mayor, quien albergaba toda impresión de refinamiento y cultura.

—Recuerdo a su esposo, madame —dijo Holmes— pese a que fue hace varios años desde que usó mis servicios en un asunto trivial.

—Probablemente esté más familiarizado con el nombre de mi hijo Douglas.

Holmes la observó con gran interés.

—¡Querida! ¿Es usted la madre de Douglas Maberley? Lo conocí levemente. Pero por supuesto todo Londres lo conoce. ¡Que magnífica criatura era! ¿Dónde está él ahora?

—¡Muerto, Sr. Holmes, muerto! Era un agregado en Roma, y murió de neumonía el mes pasado.

—Lo siento. Uno no podría conectar la muerte con tal hombre. Nunca he conocido a nadie tan vitalmente animado. Vivió intensamente... ¡Todas sus fibras!

—Demasiado intensamente, Sr. Holmes. Eso fue su ruina. Usted lo recordará como era... gallardo y majestuoso. No ha visto la caprichosa, malhumorada y cavilante criatura en la que se desarrolló. Su corazón se partió. En un solo mes me pareció ver a mi galante muchacho transformarse en un cínico y desgastado

hombre.

—¿Una aventura amorosa... una mujer?

—O un demonio. Bien, no fue para hablar de mi pobre muchacho que le pedí que viniera, Sr. Holmes. —El Dr. Watson y yo estamos a su servicio.

—Han habido varios sucesos muy extraños. He estado en esta casa más de un año, y he deseado la ventaja de tener una vida retirada por lo que he visto poco a mis vecinos. Hace tres días recibí una llamada de un hombre que decía ser un comprador. Dijo que esta casa sería exactamente a la medida de uno de sus clientes, y que si pudiera renunciar a ella por su dinero no habría objeción. Me pareció muy extraño ya que aquí hay varias casas vacías en venta que aparecen ser igualmente elegibles, pero naturalmente estaba interesado en lo que decía. En consecuencia mencioné un precio que era quinientas libras más del que me dio. Inmediatamente cerramos la oferta, pero añadió que su cliente deseaba comprar el amueblado cuando pusiera un precio sobre él. Algunos de los muebles son de mi antiguo hogar, y son, como verá, muy buenos, por lo que le ofrecí una buena suma. A esto también estuvo de acuerdo. Siempre quise viajar, y el convenio era tan bueno que realmente parecía que debería ser mi propia dueña por el resto de mi vida... Ayer el hombre arribó con los acuerdos todos escritos. Afortunadamente se los mostré al Sr. Sutro, mi abogado, quien vive en Harrow. Me dijo: "Este es un documento extraño. ¿Está segura que si usted firma no puede legalmente retirar algo de la casa... ni siquiera sus propias posesiones privadas?" Cuando el hombre regresó en la tarde apunté hacia esto, y le dije que sólo ofrecía vender el amueblado.

»No, no, todo —dijo él

»¿Pero mis ropas? ¿Mis joyas?

»Bien, bien, algunas concesiones pueden hacerse para sus efectos personales. Pero nada puede salir de esta casa sin ser comprobado. Mi cliente es un hombre muy liberal, pero tiene sus fruslerías y sus propias maneras de hacer las cosas. Es todo o nada con él.

»Entonces será nada —dije. Y ahí terminó el asunto, pero todo el hecho me pareció ser más inusual que lo que pensaba...

Aquí se produjo una extraordinaria interrupción.

Holmes levantó su mano por silencio. Entonces caminó a zancadas a través de la habitación, abrió de golpe la puerta, y arrastró a una gran y delgada mujer quien era asida por los hombros. Ella entró con un torpe forcejeo como una enorme y torpe gallina, desgarrada, graznando, fuera de su gallinero.

—¡Suélteme! ¿Qué está haciendo? —chilló.

—¿Por qué, Susan, qué es esto?

—Bien, Señora, venía a preguntar si los visitantes iban a quedarse para el almuerzo cuando este hombre me empujó.

—La he estado escuchando por los últimos cinco minutos, pero no quise interrumpir su tan interesante narrativa. Solo un pequeño jadeo, ¿Susan eres, no? Su respiración es demasiado pesada para ese tipo de trabajo.

Susan tornó en malhumorada pero asombrada la cara sobre su captor.

—¿Quién es, de todos modos, y que derecho tiene para empujarme de ese modo?

—Era simplemente que deseaba preguntar en su presencia. ¿Usted, Sra. Maberley, mencionó a alguien que me iba a escribir para consultarme?

—No, Sr. Holmes, no lo hice.

—¿Quién envió su carta?

—Susan lo hizo.

—Exactamente. Ahora, Susan, ¿A quién era que le escribió o envió un mensaje diciendo que su ama estaba preguntando por mi consejo?

—Es una mentira. Yo no envié ningún mensaje.

—Ahora, Susan, la gente jadeante puede no vivir mucho, usted sabe. Es una cosa inmoral decir mentiras. ¿A quién se lo contó?

—¿Susan! —gritó su ama—. Creo que eres una mala y traicionera mujer. Ahora recuerdo que la vi hablando con alguien sobre la cerca.

—Esos eran mis propios negocios —dijo la mujer malhumoradamente.

—¿Suponga que le digo que era a Barney Stockdale a quién le habló? —dijo Holmes.

—Bien, si lo conoce, ¿Por qué pregunta por él?

—No estaba seguro, pero ahora lo sé. Bien ahora, Susan, valdrá diez libras si me dices quién está detrás de Barney.

—Alguien que puede fijar miles de libras por cada diez que tiene en el mundo.

—¿Entonces, es un hombre rico? No; sonrió... una mujer rica. Ahora que hemos llegado tan lejos, puede darnos el nombre y ganarse un tenner (NdT: billete de diez libras)

—Lo veré en el infierno primero.

—¡Oh, Susan! ¡Tu lenguaje!

—Me voy de aquí. Ya he tenido suficiente de todos ustedes. Enviaré por mi caja mañana —y se retiró por la puerta.

—Adiós, Susan. Un calmante es el mejor remedio... ahora —continuó, tornándose repentinamente de lívida a severa cuando la puerta se hubo cerrado tras de la excitada y furiosa mujer—. Esta pandilla significa negocios. Mire cuan cerca juegan su juego. Su carta tiene el matasellos de las 10 PM. Y con todo Susan le comunica a Barney. Barney tiene tiempo de ir a su empleador y obtener instrucciones; él

o ella (me inclino por lo último de acuerdo a la ironía de Susan cuando pensó que había cometido un error) forma un plan. Black Steve es llamado, y soy puesta en alerta a las once en punto de mañana. Así tan rápido trabajan, usted sabe.

—¿Pero qué es lo que ellos quieren?—Sí, esa es la pregunta. ¿Quién tenía la casa antes que usted?—Un Capitán de mar retirado llamado Ferguson. —¿Algo memorable acerca de él?—Nada que haya oído. —Me preguntó si tanto pudo enterrar algo. Por supuesto, cuando la gente entierra los tesoros hoy en

día lo hacen en el banco de la oficina de correos. Pero siempre hay algunos lunáticos sobre eso. Sería un mundo aburrido sin ellos. Primero pensé que había enterrado algo de valor. ¿Pero por qué, en ese caso, deberían querer su amueblado? ¿No parece tener un Rafael o un manuscrito de Shakespeare sin saberlo?

—No, no lo creo, no tengo nada más raro que un juego de té de Crown Derby.

—Eso duramente justificaría todo este misterio. Excepto, ¿Por qué no deberían decir abiertamente que es lo que quieren? Si codiciaran su juego de té, pueden seguramente ofrecer un precio por él sin comprar lo que está encerrado, almacenado y puesto en barriles. No, como yo lo leo, hay algo que usted no sabe y que lo tiene, y que no se lo daría si lo supiera.

—Eso es como yo lo leo —dije.

—El Dr. Watson está de acuerdo, entonces así está establecido.

—¿Bien, Sr. Holmes, qué puede ser?

—Veamos si por el puro análisis mental podemos obtener un punto fino. Ha estado en esta casa un año.

—Casi dos.

—Aún mejor. Durante este largo período nadie quiso nada de usted. Ahora repentinamente en tres o cuatro días tiene urgentes demandas. ¿Qué deduce de ello?

—Sólo puede significar —dije— que el objeto, cualquiera que sea, sólo ha venido a esta casa.

—Es correcto una vez más —dijo Holmes—. Ahora, Sra. Maberley ¿Ha recibido un objeto recientemente?

—No, no he comprado nada nuevo este año.

—¿De veras! Eso es algo notable. Bien, creo que tenemos que permitir que se desarrollen algunos asuntos hasta que tengamos datos más claros. ¿Es este abogado suyo un hombre calificado?

—El Sr. Sutro es el más calificado.

—¿Tiene usted otra criada, o era la honrada Susan, quien azotó la puerta de entrada?

—Tengo una jovencueta.

—Trate y consiga que Sutro permanezca una noche o dos en la casa. Quizás posiblemente quiera protección.

—¿Contra quién?

—¿Quién sabe? El asunto es ciertamente oscuro. Si no puedo encontrar quien está detrás, deberé aproximarme al asunto desde la otra punta y tratar de llegar al principal. ¿Le dio este comprador alguna dirección?

—Simplemente su tarjeta y su ocupación. “Haines-Johnson, Martillero y Tasador”.

—No creo que lo encontremos en el directorio. Los hombres honestos de negocios no disimulan su lugar de negocios. Hágame saber cualquier nuevo desarrollo. He tomado su caso, y usted puede confiar en ello que veré a través de él.

Cuando atravesamos el pasillo los ojos de Holmes, que no se perdían nada, brillaron sobre varios baúles y estuches que estaban apilados en una esquina. Las etiquetas brillaron sobre él.

—“Milano”, “Lucerna”. Estos son de Italia.

—Son las cosas del pobre Douglas.

—¿No las ha desempaquetado? ¿Hace cuanto que las tiene?

—Arribaron la semana pasada.

—Pero usted dijo... porque, seguramente este debe ser el enlace perdido. ¿Cómo sabemos que no hay nada de valor ahí?

—No puede ser posible, Sr. Holmes. El pobre Douglas sólo tenía su paga y una pequeña anualidad. ¿Qué podía tener de valor?

Holmes estaba perdido en sus pensamientos.

—No se demore más, Sra. Maberley —dijo al fin—. Llévase estas cosas arriba a su habitación. Examínelas tan pronto como sea posible y vea que contienen. Vendré mañana y oíré su reporte.

Era absolutamente evidente que The Three Gables estaba bajo una estrecha vigilancia, por lo que dimos vuelta alrededor de la alta cerca y al final de la línea estaba el negro boxeador profesional permaneciendo en las sombras. Nos acercábamos calmos cuando repentinamente, una grotesca y amenazante figura nos observó desde ese solitario lugar. Holmes golpeó con su mano en el bolsillo.

—¿Buscando su arma, señor Holmes?

—No, por mi botella de perfume, Steve.

—¿Es gracioso, señor Holmes, no lo es?

—No sería gracioso, Steve, si lo atrapara. Le di bastantes avisos esta mañana.

—Bien, señor Holmes, he hecho caso omiso de lo que dijo, y no quiero hablar más acerca de ese asunto del señor Perkins. Suponga que si puedo ayudarlo, señor Holmes, lo haré.

—Bien, entonces, dígame quién está detrás suyo en este trabajo.

—¿Qué Dios me ayude! Señor Holmes, le dije toda la verdad antes. No lo sé. Mi jefe Barney me dio órdenes y eso es todo.

—Bien, solo recuerde, Steve, que la señora en esa casa, y todo bajo ese techo, están bajo mi protección. No lo olvide.

—Está bien, señor Holmes. Lo recordaré.

—Lo tenía completamente asustado en su propia piel, Watson —remarcó Holmes cuando caminábamos—. Creo que traicionaría a su empleador si supiera quién es. Fue afortunado que tuviera algo de conocimiento de la legión de Spencer John, y que Steve fuera uno de ellos. Ahora, Watson, hay un caso de Langdale Pike, y me voy a verlo ahora. Cuando regrese quizás pueda resolver el asunto.

No vi más de Holmes durante el día, pero bien puedo imaginar como lo pasó, porque Langdale Pike era su libro humano de referencia sobre todos los asuntos de escándalos sociales. Esta extraña y lánguida criatura pasaba sus horas de vigilia en el arco de la ventana de un club de la calle Saint James y era el recepcionista tan bien como el transmisor de todos los chismes de la metrópolis. Hizo, como se dice, un formal ingreso con los párrafos con los que contribuye todas las semanas a la basura que satisface a un público inquisitivo. Si bien nunca ha bajado a las turbidas profundidades de la vida de Londres, si había algún extraño remolino o espiral, era señalado con automática exactitud por este dial humano sobre la superficie. Holmes discretamente ayudó a Langdale con su conocimiento, y en una ocasión fue ayudado a su vez.

Cuando me encontré con mi amigo en su habitación temprano a la mañana siguiente, era consciente desde su porte que todo estaba bien, pero nada menos que una desagradable sorpresa nos estaba esperando. Tomó la forma del siguiente telegrama:

Por favor venga inmediatamente. Casa de
cliente desvalijada en la noche. Policía en posesión.

SUTRO

Holmes silbó.

—El drama ha llegado a una crisis, y más rápido de lo que esperaba. Hay un gran poder de maneja detrás de este negocio, Watson, que no me sorprende después de lo que escuché. Este Sutro, por supuesto, es su abogado. Tuve un error, me temo, en no preguntarle si quería pasar la noche de guardia. Este amigo ha claramente probado un extremo roto. Bien, no hay nada que hacer excepto otro viaje a Harrow Weald.

Encontramos a The Three Gables con un diferente establecimiento del ordenado grupo familiar del día previo. Un pequeño grupo de haraganes se habían congregado en la puerta del jardín, mientras un par de alguaciles estaban examinando las ventanas y las camas de geranios. En el interior nos encontramos con un gris caballero, quién se introdujo como el cooperativo abogado con un rubicundo y bullicioso Inspector, quien saludo a Holmes como un viejo amigo.

—Bien, Sr. Holmes, no hay chances para usted en este caso, me temo. Sólo un común y ordinario robo, y bien sin la capacidad del pobre viejo policía. No se necesita el empleo de expertos.

—Estoy seguro que el caso está en muy buenas manos —dijo Holmes—. ¿Simplemente un robo común, dijo?

—Exactamente. Conocemos bastante bien quienes son los hombres y donde encontrarlos. Es la banda de Barney Stockdale, con el gran moreno en él... han sido vistos por los alrededores.

—¡Excelente! ¿Qué tomaron?

—Bien, parece que no han tomado mucho. La Sra. Maberley fue cloroformizada y la casa fue... ¡Ah! Aquí está la señora.

Nuestra amiga de ayer, mostrándose muy pálida y enferma, había entrado en la habitación, inclinada sobre una pequeña doncella.

—Me dio un buen consejo, Sr. Holmes —dijo ella, sonriendo tristemente—. ¡Que pena, no le hice caso! No deseaba molestar al Sr. Sutro, y entonces estaba desprotegida.

—Solamente oí de ello esta mañana —explicó el abogado.

—El Sr. Holmes me aconsejó de tener algunos amigos en la casa. Rechacé su consejo, y ahora tengo que pagar por ello.

—Se ve paupérrimamente enferma —dijo Holmes—. Quizás pueda escasamente igual decirnos lo que ocurrió.

—Está todo aquí —dijo el Inspector, golpeteando una abultada agenda.

—Aún... si la señora no está demasiado exhausta...

—En realidad hay poco para decir. No tengo duda de que esa traicionera Susan había planeado una entrada para ellos. Deben conocer la casa pulgada por pulgada. Fui consciente por un momento de la esponja de cloroformo que fue puesta sobre mi boca, pero no tengo noción por cuanto tiempo estuve sin sentido. Cuando me levanté, un hombre estaba en la cabecera de la cama y otro estaba levantándose con un fardo en su mano de entre el equipaje de mi hijo, el cual estaba parcialmente abierto y tirado sobre el piso. Antes de que pudieran alejarse salté y lo agarré.

—Tomó un gran riesgo —dijo el Inspector.

—Me le pegué encima, pero me sacudió, y el otro quizás me golpeó, porque no puedo recordar nada más. Mary la criada oyó el ruido y comenzó a gritar por la ventana. Eso atrajo a la policía pero los malvivientes se habían alejado.

—¿Que fue lo que tomaron?

—Bien, no creo que algo de valor se haya perdido. Estoy segura que no había nada en el baúl de mi hijo.

—¿No dejaron ninguna pista los hombres?

—Había solamente una hoja de papel que pude haber desgarrado del hombre del que me aferré. Estaba echado todo estrujado sobre el piso. Tenía la escritura de mi hijo.

—Lo que significa que no es de mucho uso —dijo el Inspector—. Ahora si ha estado en el robo...

—Exactamente —dijo Holmes—. ¡Que fuerte sentido común! Nada menos, sería curioso si puedo verlo.

El Inspector extrajo una hoja doblada de un pliego de papel de su libreta de notas.

—Nunca paso nada, a menos que sea algo trivial —dijo con algo de pompa—. Ese es mi consejo, Sr. Holmes. En veinticinco años de experiencia he aprendido mi lección. Siempre está la chance de encontrar huellas o algo.

Holmes inspeccionó la hoja de papel.

—¿Qué piensa de esto, Inspector?

—Parece ser el final de alguna extraña novela, hasta donde puedo ver.

—Puede ciertamente probar ser el final de un extraño cuento —dijo Holmes—. Ha notado el número en el tope de la página. Es el doscientos cuarenta y cinco. ¿Dónde están las singulares doscientas cuarenta y cuatro páginas restantes?

—Bien, supongo que los ladrones tienen esas. ¡Sería demasiado bien para ellos!

—Parece un extraño hecho irrumpir en una casa en orden para hurtar tales papeles. ¿No le sugiere nada a usted, Inspector?

—Sí, señor, sugiere que en su apuro los malvivientes tomaron lo primero que tenían a mano. Les desearía la mayor alegría por lo que consiguieron.

—¿Por qué deberían ir a las cosas de mi hijo? —preguntó la Sra. Maberley.

—Bien, ellos no encontraron nada de valor en la planta baja, así que intentaron suerte en el primer piso. Así es como yo lo leo. ¿Qué piensa usted, Sr. Holmes?

—Debo pensarlo, Inspector. Venga conmigo a la ventana, Watson.

Entonces, mientras permanecíamos juntos, leyó un fragmento del papel. Comenzó en el medio de una frase y decía algo como esto: "...su cara sangraba considerablemente de los cortes y porrazos, pero no era nada comparado con el sangrado de su corazón mientras veía esa adorable cara, la cara por la que había estado preparado para sacrificar su vida, prestando atención a su agonía y humillación. Ella sonrió... ¡Sí, por el Cielo! Ella sonrió, como el despiadado demonio que era, mientras la miraba. Fue en ese momento que el amor murió y el odio nació. El hombre debe vivir por algo. Si no es por tu contención, mi señora, entonces será seguramente por tu destrucción y mi completa venganza."

—¡Extraña gramática! —dijo Holmes con una sonrisa mientras le entregaba en mano el papel de regreso al Inspector—. ¿Notó como el “él” cambió repentinamente a “mí”? El escritor estaba tan compenetrado con su propia historia que se imaginó a sí mismo en el momento supremo del héroe.

—Me parece poderosamente poca cosa —dijo el Inspector mientras lo reponía en su libro— ¡Qué! ¿Se va, Sr. Holmes?

—No creo que haya algo más para mí que hacer ahora que el caso está en sus calificadas manos. Por cierto, Sra. Maberley, ¿Usted dijo que desearía viajar?

—Siempre ha sido mi sueño, Sr. Holmes.

—¿Adónde le gustaría ir... El Cairo, Madeira, el Riviera?

—Oh, si tuviera dinero iría alrededor del mundo.

—Exactamente. Alrededor del mundo. Bien, buenos días. Le enviaré algunos renglones en la tarde.

Cuando pasamos la ventana vi al avanzar la sonrisa del Inspector y el sacudón de cabeza. “Estos astutos tipos siempre tienen un toque de locura”. Eso fue lo que leí en la sonrisa del Inspector.

—Ahora, Watson, estamos en la última vuelta de nuestro pequeño viaje —dijo Holmes cuando regresábamos por el bullicio del centro de Londres una vez más—. Creo que tendremos más claro el asunto inmediatamente, y sería bueno si puede acompañarme, porque es seguro tener un testigo cuando se está confrontándose con una señora tal como Isadora Klein.

Tomamos un taxi y salimos acelerados hacia alguna dirección en Grosvenor Square. Holmes había estado compenetrado con sus pensamientos, pero se avivó repentinamente.

—A propósito, Watson, ¿Supongo que lo ve todo claramente?

—No, no puedo decir eso. Solamente puedo deducir que estamos yendo a ver a la señora que está detrás de estas acciones.

—¡Exactamente! ¿Pero el nombre de Isadora Klein no lo conduce a nada? Ella era, por supuesto, la belleza celebrada. Nunca hubo una mujer que se compare. Ella es puramente española, la sangre real de los magistrales conquistadores, y sus gentes han sido los líderes en Pernambuco por generaciones. Se casó con el anciano rey del azúcar alemán, Klein, y actualmente es la más rica como bien la más amada viuda sobre la tierra. Entonces hubo un intervalo de aventuras donde ella se rindió a sus propios gustos. Tenía varios amantes, y Douglas Maberley, uno de los más notables hombres en Londres, fue uno de ellos. Fue por todas cuentas más que una aventura con él. No era una mariposa de la sociedad pero un fuerte y orgulloso hombre que daba y esperaba todo. Pero ella es la “belle dame sans merci” de la ficción (NdT: bella dama desgraciada). Cuando su capricho estaba satisfecho el asunto se terminaba, y la otra parte en el asunto si no podía tomar para sí sus palabras ella sabía como devolverlos a sus casas.

—Entonces esa fue su propia historia...

—¡Ah! Está juntando las piezas. He oído que ella está por casarse con el joven Duque de Lomond, quien podría ser su hijo. Su madre Grace puede pasar por alto la edad, pero un gran escándalo sería un hecho diferente, así que es imperativo... ¡Ah! Aquí estamos.

Era una de las más finas casas esquineras de West End. Un lacayo al estilo máquina tomó nuestras tarjetas y regresó con la palabra de que la señora no estaba en casa.

—Entonces esperaremos hasta que regrese —dijo Holmes festivamente.

La máquina se rompió.

—Que no esté en casa significa que no está para usted —dijo el lacayo.

—Bien —respondió Holmes—. Eso significa que no tendremos que esperar. Déle amablemente esta nota a su ama.

Garabateó tres o cuatro palabras sobre una hoja de su agenda, la dobló y se la entregó en mano al hombre.

—¿Qué decía, Holmes? —pregunté.

—Simplemente escribí: “¿Debería ser la policía, entonces?”. Creo que eso debería permitirnos entrar.

Lo hizo... con increíble celeridad. Un minuto después estábamos en un cuarto al estilo de las Noches de Arabia, vasto y maravilloso, con una oscuridad a medias, seleccionada con una ocasional luz eléctrica rosa. La señora había llegado, lo sentía, a ese tiempo de la vida cuando incluso la más soberbia belleza encuentra a la media luz mejor bienvenida. Se levantó del sofá cuando entramos: alta, majestuosa, una figura perfecta, una hermosa cara como si fuera una máscara, con dos maravillosos ojos españoles que parecían asesinarlos a ambos.

—¿Qué es esta intrusión... y este insultante mensaje? —preguntó, sosteniendo el pliego de papel.

—No necesita explicación, madame. Tengo demasiado respeto por su inteligencia para hacerlo... sin embargo debo confesar que la inteligencia ha sido sorprendentemente defecto de tardanza.

—¿Cómo es eso, señor?

—Suponiendo que sus intimidantes empleados pudieron asustarme por mi trabajo. Seguramente ningún hombre se ocuparía de mi profesión si no fuera que el peligro lo atrae. Fue usted, entonces, quien me forzó a examinar el caso del joven Maberley.

—No tengo idea de lo que está diciendo. ¿Qué tengo que ver con intimidantes empleados?

Holmes se alejó cansadamente.

—Sí, he sobrestimado su inteligencia. ¡Bien, buenas tardes!

—¡Deténgase! ¿A dónde va?

—A Scotland Yard.

Estábamos a medio camino de la puerta antes de que nos alcanzara y sostuviera su brazo. Se tornó en un momento del acero al terciopelo.

—Venga y siéntese, caballero. Hablemos sobre este asunto. Siento que debo ser franca con usted, Sr. Holmes. Tiene los sentimientos de un caballero. Cuán rápido el instinto de mujer es buscarlos. Lo trataré como a un amigo.

—No puedo prometer el recíproco, madame. No soy la ley, pero represento a la justicia tanto como mis débiles poderes lo permitan. Estoy listo para oír, y entonces le diré como actuaré.

—No hay dudas de que fui una estúpida al amenazar a un valiente hombre como usted.

—Lo que fue realmente estúpido, madame, es que se ha puesto en el poder de una banda de malvivientes, quienes pueden extorsionarla o dejarla.

—¡No, no! No soy tan simple. Puesto que prometí ser franca, debo decir que ninguno, excepto Barney Stockdale y Susan, su esposa, tiene la menor idea de quién es su empleador. Para ellos, bien, no es el primero... —ella sonrió y cabeceó con un encantador e íntimo coqueteo.

—Ya veo. Lo ha testado antes.

—Son buenos sabuesos quienes corren en silencio.

—Tales sabuesos tienden tarde o temprano a morder la mano que los alimenta. Serán arrestados por este robo. La policía ya está detrás de ellos.

—Ellos tendrán lo que les corresponda. Eso es por lo que pagaron. Yo no debo aparecer en el asunto.

—A menos que la inserte en él.

—No, no, no debería. Usted es un caballero. Es un secreto de mujer.

—En primer lugar, debería devolver el manuscrito.

Ella rompió en una ondulación de risa y caminó a la chimenea. Allí había una masa calcinada que se rompió con el atizador.

—¿Debería devolver esto? —preguntó. Tan picaresca y exquisita parecía cuando se paró frente a nosotros con una sonrisa desafiante que sentí que de todos los criminales de Holmes era la única que había sido

difícil de enfrentarse. De cualquier manera, él estaba inmune a los sentimientos.

—Ello sella su destino —dijo fríamente—. Está muy compenetrada en sus acciones, madame, pero se ha sobrepasado en esta ocasión.

Ella tiró el atizador estrepitosamente.

—¡Cuán duro es! —gritó— ¿Debería contarle toda la historia?

—Me imagino que yo podría contársela.

—Pero usted debe mirarla con mis ojos, Sr. Holmes. Debe darse cuenta desde el punto de vista de una mujer quien ve toda la ambición de su vida sobre la ruina en el último momento. ¿Es tal que una mujer sea inculpada si se protege a si misma?

—El pecado original era suyo.

—¡Sí, sí! Lo admito. Era un muchacho querido, Douglas, pero era tan arriesgado que pudiera no encajar en mis planes. El quería matrimonio... matrimonio, Sr. Holmes... con un vulgar sin dinero. Nada menos le hubiera servido. Entonces se volvió pertinaz. Porque lo que le di le hizo pensar que aun debía darle, y a él solamente. Era intolerable. Al final tuve que hacerle darse cuenta.

—Empleando rufianes para pegarle bajo su propia ventana.

—Parece ciertamente conocer todo. Bien, es verdad. Barney y los muchachos lo condujeron, y era, lo admito, un poco grosero hacerlo. ¿Pero que fue lo que hizo entonces? ¿Podría creer que un caballero haría de tal un acto? Escribió un libro en el cual describía su propia historia. Yo, por supuesto, era el lobo; él la oveja. Estaba todo ahí, bajo diferentes nombres, por supuesto; ¿Pero quién en todo Londres podría equivocarse en reconocerlo? ¿Qué opina de ello, Sr. Holmes?

—Bien, estaba dentro de sus derechos.

—Era como si el aire de Italia hubiera entrado en su sangre y hubiera traído con él el viejo espíritu de crueldad italiano. Me escribió y envió una copia de su libro que debía tener la tortura de la anticipación. Habían dos copias, dijo... una para mí, una para su editor.

—¿Cómo sabe que el editor no lo ha comprendido?

—Sabía quien era su editor. No es su única novela, usted sabe. Descubrí que no había oído nada desde Italia. Entonces vino la repentina muerte de Douglas. Mientras tanto como que los otros manuscritos estuvieran en el mundo no habría seguridad para mí. Por supuesto, debía estar entre sus efectos, y esos deberían ser regresados a su madre. Puse toda la banda a trabajar. Uno de ellos entró en la casa como sirviente. Quería hacer las cosas honestamente. Real y verdaderamente lo hice. Estaba lista para comprar la casa y todo en ella. Ofrecí cualquier precio que ella pidiera. Solamente intente el otro método cuando todo lo demás había fallado. Ahora, Sr. Holmes, concediendo que fuera demasiado duro para Douglas... ¡Y Dios sabe, me arrepiento de ello! ¿Qué más puedo hacer con todo mi futuro comprometido?

Sherlock Holmes arrugó sus hombros.

—Bien, bien —dijo— supongo que deberé compensar una felonía como usualmente. ¿Cuánto costaría viajar alrededor del mundo en primera clase?

La señora fijo sus ojos con asombro.

—¿Podría ser hecho con cinco mil libras?

—¡Bien, se podría pensar eso, ciertamente!

—Muy bien. Pienso que debería firmarme un cheque por esa cantidad, y veré que llegue a la Sra. Maberley. Su deuda es darle un pequeño cambio de aire. Mientras tanto, señora —agitando un dedo índice de precaución— ¡Tenga cuidado! ¡Tenga cuidado! No puede jugar con herramientas filosas para siempre sin cortarse esas delicadas manos.

El Vampiro de Sussex

Holmes acabó de leer cuidadosamente una nota que le había llegado en el último reparto de correo. Luego, con una risita contenida, que era en él lo más cercano a la risa, me la tendió. -Como ejemplo de mezcla de lo moderno y lo medieval, de lo práctico y lo demencialmente fantástico, creo que éste debe ser indudablemente el límite -dijo-. ¿Qué le parece, Watson? Leí lo que sigue:

46 Old Jewry 19 de noviembre.

Asunto: Vampiros.

Señor: nuestro cliente, el señor Robert Ferguson, de Ferguson & Muirhead, mayorista de té, de Mincing Lane, nos ha dirigido una consulta con fecha de la presente en relación a los vampiros. Dado que nuestra firma está enteramente especializada en impuestos de maquinaria, el asunto difícilmente queda dentro de nuestra esfera de actividades, y, en consecuencia, hemos recomendado al señor Ferguson que le visite a usted y le exponga el caso. No nos hemos olvidado del éxito de su intervención en el caso Matilda Briggs.

Somos, señor, de usted muy atentamente,

Morrison, Morrison y Dodd.

E.J.C.

-Matilda Briggs no era el nombre de ninguna joven, Watson -dijo Holmes, en tono reminisciente-. Era un buque relacionado con la rata gigante de Sumatra. Es una historia que el mundo no está todavía preparado para oír. Pero, ¿qué sabemos de vampiros? ¿Entra eso en nuestra esfera de actividades? Cualquier cosa es mejor que la inactividad, pero lo cierto es que parece como si nos hubieran trasladado a un cuento fantástico de los hermanos Grimm. Extienda el brazo, Watson, y veamos qué nos cuenta la V. Me eché hacia atrás y tomé el enorme fichero al que Holmes había aludido. Lo sostuvo sobre las rodillas, y su mirada fue pasando, lenta y amorosamente, por el registro donde los viejos casos se mezclaban con la información acumulada a lo largo de su vida. -Viaje del Gloria Scott -leyó-. Fue un feo asunto. Me parece recordar que usted lo puso por escrito, Watson, aunque no puedo felicitarle por el resultado. Victor Lynch, el falsificador. Veneno... lagarto venenoso, o gila. Un caso notable, ése. Vittoria, la bella del circo. Vanderbilt y el ladrón ambulante. Víboras. Victor, el asombro de Hammersmith. ¡Vaya, vaya! ¡Querido viejo índice! Nada se le escapa. Escuche esto, Watson: Vampirismo en Hungría. Y también: Vampiros en Transilvania. Recorrió impacientemente las páginas con la mirada, pero al cabo de una breve lectura ensimismada dejó a un lado el enorme registro con un gruñido de decepción. -¡Basura, Watson! ¡Basura! ¿Qué tenemos nosotros que ver con cadáveres andarines que sólo se quedan en sus tumbas si se les clava una estaca en el corazón? Es pura chifladura. -Pero, indudablemente -dije yo-, el vampiro no es necesariamente un muerto. Una persona viva podría tener la costumbre. He leído algo, por ejemplo, de viejos que chupaban la sangre de jóvenes para apoderarse de su juventud. -Tiene usted razón, Watson. En una de esas referencias se menciona esta leyenda. Pero, ¿vamos a prestar seriamente atención a esta clase de cosas? Esta agencia pisa fuertemente el suelo, y así

debe seguir. El mundo es suficientemente ancho para nosotros. No necesitamos fantasmas. Metemo que no podemos tomarnos al señor Robert Ferguson demasiado en serio. Quizá esta nota sea suya, y pueda arrojar alguna luz sobre lo que le preocupa. Tomó una segunda carta que había permanecido olvidada sobre la mesa mientras había estado absorto en la primera. Empezó a leerla con una sonrisa divertida en el rostro, pero esa expresión fue mutando en otra de intenso interés y concentración. Cuando terminó, permaneció algún rato perdido en meditaciones, jugueteando con la carta entre los dedos. Finalmente, se despertó sobresaltado de su ensueño. -Mansión Cheeseman, Lamberley. ¿Dónde está Lamberley? -Está en Sussex, al sur de Horsham. -No muy lejos, ¿eh? ¿Y la mansión Cheeseman? -Conozco esa zona, Holmes. Está llena de viejas casas que llevan los nombres de los hombres que las construyeron hace siglos. Tiene usted las mansiones Odley, y Harvey, y Carriton... A la gente se la ha olvidado, pero sus hombres viven en sus casas. -Precisamente -dijo Holmes, fríamente. Era una de las peculiaridades de su modo de ser, orgulloso y reservado, el que, si bien almacenaba muy rápida y cuidadosamente en el cerebro toda nueva información, raras veces daba muestras de agradecimiento a aquel que se la hubiera proporcionado-. Estoy por afirmar que sabremos muchas más cosas de la mansión Cheeseman, en Lamberley, antes de haber terminado con

esto. La carta es, tal como esperaba, de Robert Ferguson. A propósito, dice que le conoce a usted. -¿Que me conoce?-Mejor lea la carta. Me tendió la carta. Llevaba el encabezamiento citado. Decía así:

Querido mister Holmes: me ha sido usted recomendado por mis abogados, pero, a decir verdad, el asunto es tan extraordinariamente delicado que resulta sumamente difícil hablar de él. Conciérneme a un amigo mío en cuyo nombre actúo. Este caballero se casó hará como cinco años con una dama peruana, hija de un negociante peruano al que había conocido en relación con la importancia de nitratos. La dama era muy hermosa, pero su cuna extranjera y su distinta religión determinaron siempre una separación de intereses y de sentimientos entre marido y mujer, de modo que, al cabo de un tiempo, el amor de mi amigo hacia ella pudo enfriarse, y pudo considerar aquel matrimonio como un error. Sentía que había aspectos del modo de ser de su mujer que nunca podría explorar ni entender. Esto era tanto más penoso cuanto que ella era la esposa más amante que hombre pueda desear, y, según toda apariencia, absolutamente leal.

Ahora vayamos al punto que le expondré más claramente cuando hablemos. Lo cierto es que esta nota pretende solamente darle una idea general de la situación y averiguar si está usted dispuesto a intervenir en el asunto. La dama empezó a mostrar ciertos rasgos extraños, totalmente ajenos a su carácter habitual, que es dulce y apacible. El hombre había estado ya casado, y tenía un hijo de su primera mujer. El muchacho tenía quince años, y era un chico muy simpático y afectuoso, aunque desdichadamente lisiado a consecuencia de un accidente en su infancia. En dos ocasiones se sorprendió a la mujer en el momento de atacar al pobre muchacho, sin la menor provocación por parte de éste. Una de las veces le golpeó con un bastón, causándole un gran moretón en el brazo.

Eso no fue nada, sin embargo, si se compara con su conducta con su propio hijo, un niño que aún no ha cumplido el año. En cierta ocasión, hace cosa de un mes, este niño había sido dejado solo por su aya durante unos pocos minutos. Un fuerte grito del niño, como de dolor, hizo volver al aya. Cuando ésta entró corriendo en la habitación, vio a su ama, la señora de la casa, inclinada sobre el niño y, aparentemente mordiéndole en el cuello. El niño tenía en el cuello una pequeña herida por la que salía un hilillo de sangre.

El aya quedó tan horrorizada que quiso llamar al marido, pero la dama le imploró que no lo hiciera, e incluso le dio cinco libras como precio de su silencio. No dio ninguna explicación, y de momento, no se habló más del asunto.

Aquello dejó, sin embargo, una impresión terrible en el aya, y, desde entonces, vigiló estrechamente a su ama, y montó una guardia más cuidadosa sobre el niño, al que quería tiernamente. Le pareció que, del mismo modo que ella vigilaba a la madre, la madre la vigilaba a ella, y que, cada vez que se veía obligada a dejar solo al niño, la madre esperaba llegar hasta él. El aya guardó al niño día y noche, y día y noche la silenciosa madre vigilante parecía estar al acecho como el lobo acecha al cordero. Esto le parecerá increíble, y, sin embargo, le ruego que se lo tome con toda seriedad, porque la vida de un niño y la cordura de un hombre puede depender de ello.

Finalmente llegó el día tremendo en que los hechos no pudieron seguir siendo ocultados al marido. Los nervios del aya no resistieron; no podía seguir soportando la tensión, y se lo contó todo al hombre. A él le pareció aquello una historia tan descabellada como ahora puede parecersele a usted. Sabía que la suya era una esposa amante, y, salvo por los ataques contra su hijastro, una madre amante. ¿Cómo, entonces, era posible que hubiera herido a su querido niño? Le dijo al aya que estaba disparatando, que sus sospechas eran las de una demente, y que no podían tolerarse semejantes infundios contra la señora. Mientras hablaban, se oyó un grito de dolor. Aya y amo se abalanzaron juntos hacia el cuarto del niño. Imagínese sus sentimientos, señor Holmes, cuando vio a su mujer levantarse de la posición de arrodillada, junto a la cuna, y vio sangre en el cuello al descubierto del niño y sobre la sábana. Profiriendo un grito de horror, volvió hacia la luz el rostro de su mujer y le vio sangre alrededor de los labios. Era ella, ella, más allá de toda duda, la que había bebido sangre del pobre niño.

Así está la cosa. La mujer está ahora confinada en su habitación. No ha habido explicaciones. El marido está medio enloquecido. El sabe, como yo, muy poco de vampirismo, aparte del nombre. Habíamos pensado que era algún cuento fantástico de tierras lejanas. Y, sin embargo, aquí, en Inglaterra, en el corazón mismo de Sussex... Bueno, todo esto podríamos discutirlo mañana por la mañana. ¿Acepta usted recibirme? ¿Querrá emplear sus notables talentos en ayudar a un hombre aturdido? Si es así, tenga la amabilidad de cablegrafiar a Ferguson, Mansión Cheeseman, Lamberley, y estaré en sus habitaciones a las diez.

Sinceramente suyo,

Robert Ferguson.

P.S.-Creo que su amigo Watson jugaba al rugby en el equipo de Blackheath cuando yo era tres cuartos en el de Richmond. Es la única referencia de orden personal que puedo darle.

-Claro que lo recuerdo -dijo, dejando la carta-. El grandullón Bob Ferguson, el mejor tres cuartos que nunca tuvo Richmond. Fue siempre un tipo excelente. Es muy suyo el preocuparse por el problema de un amigo. Holmes me miró pensativamente y meneó la cabeza. -Watson, jamás lograré alcanzar sus fronteras -dijo-. Hay en usted posibilidades inexploradas. Haga el favor de enviar un cable, como un buen chico: «Estudiaré su caso gustosamente.» -¿Su caso! -No debemos permitir que piense que esta agencia es un asilo de retrasados mentales. Claro que es su caso. Envíele el cable y olvídese del asunto hasta mañana.

La mañana siguiente, puntualmente a las diez, Ferguson entraba en nuestra salita. Yo le recordaba como un hombre alto y flaco, de miembros sueltos, con una veloz carrera que le había permitido burlar a muchos defensas contrarios. Creo que no hay cosa más penosa que encontrarse con los restos naufragados de un atleta que se ha conocido en su plenitud. Su fuerte estructura estaba abatida, su pelo rubio era ralo, y estaba cargado de hombros. Temí suscitar en él impresiones correlativas. -Hola, Watson -dijo; y su voz seguía siendo grave y cordial-. No tiene usted exactamente el mismo aspecto del hombre al que yo tiré por encima de las cuerdas en Old Deer Park. Supongo que yo también debo estar un tanto cambiado. Pero han sido estos últimos uno o dos días los que me han envejecido. He visto por su telegrama, señor Holmes, que es inútil que me presente como emisario de otra persona. -Es más fácil el trato directo -Desde luego. Pero puede usted suponer lo difícil que resulta hablar así de la mujer que uno está obligado a proteger y ayudar. ¿Qué puedo hacer? ¿Cómo voy a acudir a la policía con semejante historia? Pero hay que proteger a los niños. ¿Es que está loca, señor Holmes? ¿Llevará esto en la sangre? ¿Ha conocido usted algún caso parecido en su carrera? Por el amor de Dios, deme algún consejo, porque ya no doy más de mí. -Es muy natural, señor Ferguson. Ahora siéntese y cálmese, y deme algunas respuestas claras. Puedo asegurarle que yo sí puedo dar muchísimo más de mí, y que confío en encontrar alguna solución. Ante todo, dígame qué pasos ha dado. ¿Sigue su mujer cerca de los niños? -Tuvimos una escena terrible. Es una mujer amantísima, señor Holmes. Si alguna vez una mujer ha amado a su marido en cuerpo y alma, ésa es ella. Le partió el corazón el que yo hubiera descubierto ese secreto, ese horrible e increíble secreto. Ni siquiera dijo nada. No dio a mis reproches otra respuesta que una expresión como enloquecida y desesperada en sus ojos al mirarme, luego se fue corriendo a su habitación y se encerró en ella. Desde entonces se ha negado a verme. Tiene una doncella llamada Dolores que ya estaba a su servicio antes de que se casara... Es una amiga más que una criada. Le lleva la comida. -Entonces, ¿el niño no está en peligro inmediato? -La señora Mason, el aya, ha jurado que no le dejará ni de día ni de noche. Puedo confiar por entero en ella. Más que por él estoy inquieto por el pobrecito Jack, porque tal como le dije en mi nota, ha sido atacado por ella dos veces. -¿Pero sin sufrir heridas? -No. Le golpeó salvajemente. Es una cosa todavía más terrible si se tiene en cuenta que es un pobre inválido inofensivo -las duras facciones de Ferguson se dulcificaron al hablar de su chico-. Uno pensaría que la condición del muchacho ablandaría el corazón de cualquiera. Una caída en la niñez y la columna vertebral deformada, señor Holmes. Pero, por dentro, el más dulce y afectuoso de los corazones. Holmes había tomado la carta del día anterior y la estaba releendo. -¿Qué otros ocupantes tiene su casa, señor Ferguson? -Dos criados que no hace mucho que están a nuestro servicio. Un mozo de cuerdas, Michael, que duerme en la casa. Mi mujer, yo mismo, mi chico Jack, el pequeño, Dolores y la señora Mason. Eso es todo. -Conjeturo que no conocía usted bien a su esposa en la época de su matrimonio. -Hacía sólo unas pocas semanas que la conocía. -¿Cuánto tiempo ha estado con ella la doncella Dolores? -Algunos años. -Entonces, ¿Dolores debe conocer mejor que usted el carácter de su mujer? -Sí, podría decirse que sí. Holmes anotó algo.

-Imagino -dijo- que puedo ser más útil en Lamberley que aquí. Es eminentemente un caso de investigación personal. Si la dama permanece en su habitación, nuestra presencia no puede irritarla ni incomodarla. Naturalmente, nos alojaremos en la posada. Ferguson tuvo un gesto de alivio. -Esto es lo que yo esperaba, señor Holmes. Hay un tren excelente que sale a las dos de la estación Victoria, si puede venir. -Claro que iremos. Ahora tenemos un bache de trabajo. Puedo concederle indivisamente mis energías. Naturalmente, Watson nos acompaña. Pero hay uno o dos puntos de los que quisiera estar seguro antes de partir. Esa desdichada dama, tal como lo entiendo, ha atacado, aparentemente, a ambos niños: a su propio hijo y al del primer matrimonio de usted. -Así es. -Pero estos ataques toman formas diferentes, ¿no es cierto? Golpeó a su hijastro. -Una vez con un bastón, y otra muy salvajemente con las manos. -¿No dio ninguna explicación de porqué le golpeaba? -Ninguna, salvo que le odiaba. Una y otra vez dijo esto. -Bueno, no se desconoce

esto en las madrastras. Celos póstumos, por decirlo de algún modo. ¿Escelosa la dama por naturaleza? -Sí, es muy celosa... Es celosa con toda la fuerza de su vehemente amor tropical. -Pero el muchacho... Tiene quince años, creo haber entendido, y probablemente estará muy desarrollado mentalmente, puesto que su cuerpo está tan limitado en la acción. ¿No dio él ninguna explicación de esos ataques? -No. Declaró que no había ninguna razón para ellos. -¿Hicieron buenas migas en otro tiempos? -No; nunca hubo amor entre ellos. -Y, sin embargo, dice usted que es un chico muy afectuoso. -En todo el mundo no puede haber otro hijo tan ferviente. Mi vida es su vida. Está absorto en todo lo que digo y hago. Holmes anotó nuevamente algo. Permaneció un rato perdido en sus pensamientos. -Sin duda, usted y su hijo eran grandes camaradas antes de este segundo matrimonio. Estaban muy cerca el uno del otro, ¿no es cierto? -Sí, muy cierto. -Y el chico, siendo tan afectuoso de naturaleza, estaría muy apegado, sin duda, a la memoria de su madre. -Sí, mucho. -Parece ser, desde luego, un interesantísimo muchacho. Otro punto acerca de esos ataques. ¿Los extraños ataques contra el niño pequeño, y las agresiones contra su hijo, se produjeron en los mismos períodos? -En el primer caso, así fue. Fue como si se hubiera adueñado de ella una especie de frenesí, y hubiera descargado su furia contra ambos. En el segundo caso Jack fue la única víctima. La señora Mason no tenía quejas en torno al niño. -Eso, ciertamente, complica las cosas. -No acabo de seguirle, señor Holmes. -Probablemente no. Uno se forma teorías provisionales, y espera a que el tiempo o nuevos conocimientos las desbaraten. Una mala costumbre, señor Ferguson, pero el hombre es débil. Me temo que su viejo amigo, aquí presente, haya dado una visión exagerada de mis métodos científicos. Sin embargo, en el punto en que estamos, me limitaré a decir que su problema no me parece insoluble, y que puede contar con que estaremos en la estación Victoria a las dos. Era ya entrada la tarde de un triste y brumoso día de noviembre cuando, tras dejar el equipaje en la posada Chequers, de Lamberley, viajamos en coche por un largo y serpenteante camino arcilloso de Sussex, y llegamos finalmente a la vieja casa de campo aislada en que vivía Ferguson. Era un edificio grande y complicado, muy antiguo en su parte central, muy nuevo en

las alas, con altas chimeneas estilo Tudor y un techo picudo de lajas de Horsham cubiertas de líquen. Los peldaños de la entrada estaban redondeados por el desgaste, y los viejos azulejos que adornaban el pórtico tenían el emblema de un queso y un hombre, en honor al constructor original (1). En el interior, los techos estaban estriados por macizas vigas de roble, y los suelos irregulares se combaban en pronunciadas curvas. Un olor a cosa vieja y enmohecida invadía todo aquel vetusto edificio.

Había una gran sala central, y a ella nos condujo Ferguson. Allí, en una gran chimenea anticuada cuyo manto de hierro llevaba inscrita la fecha 1670, brillaba y chisporroteaba un espléndido fuego de troncos. Mirando a mi alrededor, vi que la habitación era una singularísima mezcla de fechas y sitios. Las paredes medio artesonadas podían muy bien haber pertenecido al caballero campesino del siglo diecisiete. Estaban ornamentadas, sin embargo, en la parte inferior por una línea de acuarelas modernas elegidas con gusto, mientras que en la parte superior, donde un yeso amarillento ocupaba el lugar del roble, colgaba una hermosa colección de utensilios y armas sudamericanos, que se había traído sin duda consigo la dama peruana que estaba en el piso de arriba. Holmes se puso en pie, con esa pronta curiosidad que surgía de su impaciente cerebro, y la examinó con bastante atención. Volvió con mirada pensativa. -¡Vaya! -exclamó- ¡Vaya! Un spaniel, que había permanecido en una cesta en un rincón, se echó a andar lentamente hacia su amo, avanzando con dificultad. Sus patas traseras se movían irregularmente, y la cola le arrastraba por el suelo. Lamió la mano de Ferguson. -¿Qué ocurre, señor Holmes? -El perro. ¿Qué le ocurre? -Eso quisiera saber el veterinario. Una especie de parálisis. Meningitis espinal, pensó él. Pero se le va pasando. Pronto estará bien... ¿no es verdad, Carlo? Un temblor de asentimiento recorrió la cola flácida. Los ojos tristes del animal nos miraron a todos sucesivamente. Sabía que estábamos hablando de su caso. -¿Le vino de repente? -En una sola noche. -¿Cuánto tiempo hace? -Puede que cuatro meses. -Muy notable. Muy sugerente. -¿Qué ve usted en ello, señor Holmes? -Una confirmación de lo que ya pensaba. -Por el amor de Dios, ¿qué piensa usted, señor Holmes? ¡Puede que para usted sea un simple ejercicio intelectual, pero para mí es la vida o la muerte! ¡Mi mujer una asesina frustrada! ¡Mi hijo en constante peligro! No juegue conmigo, señor Holmes. Esto es terriblemente serio, demasiado serio. El grandullón tres cuartos de rugby temblaba de pies a cabeza. Holmes le puso la mano en el hombro, tranquilizadamente. -Me temo que la solución, señor Ferguson, sea cual sea, le reserva un dolor -dijo-. Se lo atenuaré todo lo que pueda. Por el momento no puedo decir más, pero espero tener algo definitivo antes de salir de esta casa. -¡Dios quiera que así sea! Si ustedes me disculpan, caballeros, subiré a la habitación de mi mujer, y veré si se ha producido algún cambio. Estuvo ausente algunos minutos, durante los cuales Holmes reanudó su examen de los objetos curiosos de la pared. Cuando nuestro anfitrión volvió, estaba claro, por su expresión abatida, que no había hecho ningún progreso. Le acompañaba una joven, alta, esbelta, de tez morena. -El té está listo,

Dolores -dijo Ferguson-. Cúidese de que su ama tenga todo lo que desee.

-Está muy mala -exclamó la muchacha, mirando a su amo con ojos indignados-. No pide comida. Está muy mala. Necesita un médico. Me daba miedo estar sola con ella sin un médico. Ferguson me miró con una interrogación en los ojos. -Me encantaría ser de alguna utilidad. -¿Recibirá su ama al doctor Watson?-Que venga. No se lo preguntaré. Necesita un médico. -Entonces, iré con usted de inmediato. Seguí a la muchacha, que temblaba presa de un fuerte nerviosismo, por las escaleras y por un viejo pasillo. A su extremo había una maciza puerta lacada de hierro. Se me ocurrió, al verla, que si Ferguson trataba de llegar por la fuerza junto a su mujer la cosa no le resultaría fácil. La muchacha se sacó una llave del bolsillo, y las pesadas planchas de roble crujieron sobre sus viejos goznes. Entré, y ella me siguió rápidamente, cerrando la puerta detrás suyo. En la cama había una mujer, evidentemente con mucha fiebre. Estaba consciente sólo a medias, pero cuando entré unos ojos asustados, pero hermosos, me miraron con miedo. Al ver a un extraño, pareció sentir alivio, y con un suspiro dejó caer nuevamente la cabeza sobre la almohada. Avancé hacia ella pronunciando algunas palabras de confortación, y permaneció quieta mientras le tomaba el pulso y la temperatura. Uno y otra estaban altos, y, sin embargo, mi impresión fue que su condición era más de excitación mental y nerviosa que no de auténtica enfermedad. -Ha estado así un día, dos días. Temo que se muera -dijo la muchacha. La mujer volvió hacia mí su hermoso rostro encendido. -¿Dónde está mi marido?-Está abajo, y le gustaría verla. -No le veré. No le veré -y pareció entrar de nuevo en el delirio-. ¡Un diablo! ¡Un diablo! ¡Oh! ¿Qué puedo hacer con ese demonio? -¿Puedo ayudarla en algo?-No. Nadie puede ayudarme. Se acabó. Todo está destruido. Haga lo que haga, todo está destruido. La mujer debía sufrir alguna extraña ilusión. Yo era incapaz de imaginarme al honrado Bob Ferguson como diablo o demonio. -Señora -dije-, su marido la quiere a usted tiernamente. Está muy apenado por lo que ocurre. De nuevo volvió hacia mí aquellos ojos magníficos. -Me quiere. Sí. Pero, ¿es que yo no le quiero a él? ¿No le quiero hasta el punto de sacrificarme antes que romper su querido corazón? Así es como le quiero. Y, sin embargo, él podría pensar demí... pudo hablarme de aquel modo... -Está muy dolorido, pero es incapaz de entender. -No, no puede entender. Pero debería confiar. -¿Por qué no habla con él? -sugerí. -No, no; no puedo olvidar aquellas palabras terribles, ni su expresión. No le veré. Ahora váyase. No puede hacer nada por mí. Dígale solamente una cosa. Quiero a mi hijo. Tengo derecho a mi hijo. Este es el único mensaje que puedo enviarle. Se volvió de cara a la pared y no dijo más. Volví a la sala de abajo donde Ferguson y Holmes seguían todavía sentados junto al fuego. Ferguson escuchó pensativamente mi narración de la entrevista. -¿Cómo puedo mandar a su hijo? -dijo-. ¿Cómo voy a saber qué extraño impulso puede entrarle? ¿Cómo podré jamás olvidar cómo se levantó del lado de la cuna con sangre en los labios? -se estremeció al recordar-. El niño está seguro con la señora Mason, y debe seguir con ella. Una doncella de elegante uniforme, la única cosa moderna que podía verse en la casa, había traído un poco de té. Mientras lo estaba sirviendo, se abrió la puerta y un jovencito entró en la habitación. Era un muchacho que llamaba la atención: cara pálida, cabello rubio, expresivos ojos

azul pálido que se encendían en súbita llama de emoción y alegría cuando su mirada se posaba en su padre. Se abalanzó hacia él y le rodeó el cuello con los brazos, con el abandono de una adolescente enamorada. -Oh, papá -gritó-, no sabía que ya estuvieras de vuelta. Habría estado aquí esperándote. ¡Oh! ¡Qué contento estoy de verte! Ferguson se liberó suavemente del abrazo, con ciertas muestras de turbación. -Querido muchacho -dijo, dando unos tiernos golpecitos en la rubia cabeza-, he vuelto pronto porque he podido convencer a mis amigos, el señor Holmes y el doctor Watson, para que vinieran a pasar la velada con nosotros. -¿Es el señor Holmes, el detective? -Sí. El jovencito nos miró de un modo penetrante y, según me pareció, poco amistoso. -¿Qué me dice de su otro hijo, señor Ferguson? -preguntó Holmes- ¿Podríamos ver al bebé? -Pídele a la señora Mason que baje al niño -dijo Ferguson. El muchacho se marchó con un andar extraño, bamboleante, que delató a mis ojos médicos que sufría de una afección espinal. Volvió al poco rato, y, detrás suyo, venía una mujer alta y delgada que llevaba en sus brazos a un hermosísimo niño, de ojos negros y pelo rubio, una maravillosa mezcla de lo sajón y lo latino. Ferguson, evidentemente estaba loco por aquel niño, ya que lo tomó en sus brazos y lo acarició tiernamente. -Y pensar que alguien pueda tener el corazón tan duro como para hacerle daño -murmuró, bajando la mirada hacia la pequeña mancha roja vivo del cuello del querubín. Fue en aquel momento cuando casualmente miré a Holmes, viéndole una expresión singularísimamente concentrada. Su cara estaba inmóvil, como tallada en marfil, y sus ojos, que por un momento habían mirado a padre e hijo, estaban ahora enfocados, con vehemente curiosidad, en algo que se encontraba al otro extremo de la habitación. Siguiendo su mirada, no pude suponer otra cosa sino que a través de la ventana contemplaba el melancólico jardín mojado. Ciertamente había una persiana medio cerrada por la parte de fuera, obstruyendo la visión, pero, con todo, era indudablemente la ventana lo que

Holmes miraba con concentrada atención. Luego sonrió, y su mirada volvió al bebé. En su cuello regordete estaba la pequeña señal hinchada. Sin decir nada, Holmes la examinó atentamente. Finalmente, tomó y agitó levemente uno de los pequeños puños que revoloteaban ante su cara. -Adiós, hombrecito. Has tenido un extraño comienzo en la vida. Aya, quisiera tener unas palabras con usted en privado. Se la llevó aparte y le habló vehementemente durante algunos minutos. Sólo pude oír las últimas palabras, que fueron: «Espero que su inquietud no tarde en quedar apaciguada.» La mujer, que parecía ser una criatura de la especie huraña y silenciosa, se retiró con el niño. -¿Como es la señora Mason? -preguntó Holmes. -No muy convincente externamente, como puede ver, pero tiene un corazón de oro, y quiere muchísimo al niño. -¿Te gusta la señora Mason, Jack? -Holmes se volvió repentinamente hacia el muchacho, cuya expresiva cara se ensombreció. Negó con la cabeza. -Jacky tiene agrados y desagradados muy acentuados -dijo Ferguson, rodeando con el brazo los hombros del muchacho-. Afortunadamente, yo estoy entre sus agrados. El chico apoyó arrulladoramente la cabeza en el pecho de su padre. Ferguson lo separó suavemente. -Vete ya, Jacky, pequeño -dijo; y contempló a su hijo con mirada amorosa hasta que hubo desaparecido-. Ahora, señor Holmes -prosiguió, cuando el chico se hubo ido-, realmente me doy cuenta de que le he metido en un problema sin solución, porque ¿qué puede hacer aparte de concederme su simpatía? Debe ser un asunto extremadamente delicado y complejo desde su punto de vista.

-Es ciertamente delicado -dijo mi amigo, con una sonrisa divertida-, pero ahora no se merepresenta complejo. Ha sido un caso propio para la deducción intelectual; pero cuando esta deducción intelectual original se ve confirmada punto por punto por numerosos incidentes independientes, entonces lo subjetivo se hace objetivo, y podemos decir confiadamente que hemos llegado a la meta. De hecho, ya había llegado a ella antes de salir de Baker Street; el resto ha sido meramente observación y confirmación. Ferguson se llevó su manaza a la arrugada frente. -Por el amor del cielo, Holmes -dijo, roncamente-, si es usted capaz de ver la verdad de este asunto, no me mantenga en la inquietud. ¿En qué posición me encuentro? ¿Qué debo hacer? No me importa cómo haya llegado usted a establecer los hechos, mientras realmente los conozca. -Desde luego, le debo una explicación, y la tendrá. Pero, ¿me permite llevar las cosas a mimanera? ¿Puede recibirnos la dama, Watson?-Está enferma, pero goza de toda su razón. -Muy bien. Sólo en su presencia podremos aclararlo todo. Subamos a verla. -No me recibirá -exclamó Ferguson. -Oh, sí, lo hará -dijo Holmes. Garrapateó unas pocas líneas en un papel-. Usted, al menos, tiene la entré, Watson. ¿Tendrá la bondad de entregarle esta nota a la dama?Subí nuevamente, y entregué la nota a Dolores, que abrió la puerta cautamente. Al cabo de un minuto oí un grito en el interior, un grito en el que parecían mezclarse la alegría y la sorpresa, Dolores sacó la cabeza por la puerta. -Les recibirá. Escuchará -dijo. Ferguson y Holmes subieron a mi llamada. Cuando entramos en la habitación, Ferguson dio uno

o dos pasos hacia su mujer, que se había incorporado en la cama; pero ella hizo con la mano ademán de detenerle. Ferguson se dejó caer en un sillón, y Holmes y yo nos sentamos a su lado, después de una inclinación de cabeza a la dama, que miró a Holmes con los ojos dilatados por el asombro. -Creo que podríamos prescindir de Dolores -dijo Holmes-. Oh, muy bien, señora, si prefiere que se quede, no tengo nada que objetar. Mire, señor Ferguson, soy un hombre ocupado, con muchas visitas, y mis métodos tienen que ser breves y directos. La operación quirúrgica más rápida es la menos dolorosa. Permítame que antes que nada le diga algo que tranquilizará su espíritu. Su mujer es muy buena, muy amante, y ha sido tratada muy mal. Ferguson se puso en pie con un grito de alegría. -Demuéstreme esto, señor Holmes, y estaré en deuda con usted para siempre. -Lo haré, pero al hacerlo le heriré profundamente en otra dirección. -No me importa, si libera de culpa a mi mujer. Todo lo demás que hay en el mundo no es nada comparado con eso. -Permítame contarle, entonces, el curso de los razonamientos que pasaron por mi mente en Baker Street. La idea de un vampiro me resultaba absurda. Y, sin embargo, su observación era precisa. Usted había visto a la dama levantarse de junto a la cuna del niño con sangre en los labios. -Cierto. -¿No se le ocurrió que puede chuparse una herida con propósitos distintos al de extraer sangre? ¿Acaso no hubo una reina en la historia de Inglaterra que chupó una herida para sacar de ella el veneno? -¡Veneno! -Cosa corriente en Sudamérica. Mi instinto percibió la presencia de esas armas de la pared antes de haberlas visto. Hubiera podido tratarse de otro veneno, pero eso fue lo que se me ocurrió. Cuando vi el pequeño carcaj vacío junto al pequeño arco de cazar pájaros, eso era exactamente lo que esperaba ver. Si el niño resultaba pinchado con una de esas flechas impregnadas en curare o en cualquier otro alcaloide diabólico, moriría a menos que se chupara el veneno de la herida. ¡Y el perro! Si alguien fuera a usar un veneno como ése, ¿no lo probaría primero para comprobar que no había perdido sus virtudes? No había previsto al perro, pero al menos lo entendí, y encajó

en mi reconstrucción. ¿Entiende ahora? Su mujer temía un ataque de esa clase. Vio que se producía, y salvó

la vida del niño; y, sin embargo, no quiso contarle a usted la verdad, porque sabía cuánto quería usted al muchacho, y temió romperle el corazón. -¡Jacky!-Le estuve observando hace unos momentos, cuando usted acariciaba al pequeño. Su cara se reflejaba claramente en la ventana, porque la persiana cerrada convertía al cristal en espejo. Vi en esa cara tantos celos, tanto odio cruel, como raras veces he visto en un rostro humano. -¡Mi Jacky! -Tiene usted que afrontarlo, señor Ferguson. Es todavía más penoso por cuanto que ha sido un amor deformado, un amor demencialmente exagerado hacia usted, y probablemente hacia su difunta madre, el que le ha inducido a actuar. Su alma entera está consumida por el odio a ese espléndido niño, cuya salud y belleza contrastan con su propia deficiencia. -¡Santo Dios! ¡Es increíble! -¿He dicho la verdad, señora?La mujer sollozaba, con la cara hundida entre las almohadas. En aquel momento se volvió hacia su marido. -¿Cómo podía decírtelo, Bob? Sabía qué golpe sería para ti. Era mejor que esperara, y que lo supieras por otros labios que los míos. Cuando este caballero, que parece poseer poderes mágicos, me escribió que lo sabía todo, me sentí extremadamente feliz. -Creo que mi receta para el señorito Jacky sería un año de viaje por mar -dijo Holmes, poniéndose en pie-. Sólo me queda una cosa oscura, señora. Podemos entender perfectamente sus ataques contra Jacky. La paciencia de una madre tiene un límite. Pero, ¿cómo se atrevió a dejar solo al niño estos últimos dos días?-Se lo había contado a la señora Mason. Ella sabía. -Exacto. Eso pensé. Ferguson estaba junto a la cama, conteniendo los sollozos, con las manos tendidas, tembloroso. -Creo, Watson, que es el momento de marcharnos -dijo Holmes, en un susurro-. Si coge usted de un brazo a la excesivamente fiel Dolores, yo la cogeré del otro. Eso. Ahora -añadió, cerrando la puerta detrás suyo-, creo que podemos dejar que arreglen entre ellos lo que queda pendiente. Sólo tengo una anotación más sobre este caso. Se trata de la carta que escribió Holmes como respuesta final a aquella con que empezaba este relato. Decía así:

Baker Street, 21 de noviembre.

Asunto: Vampiros.

Señor: en respuesta a su carta del 19, me permito comunicarle que he estudiado el caso de su cliente, el señor Robert Ferguson, de Ferguson & Muirhead, mayoristas de té, de Mincing Lane, y que el asunto ha sido llevado a una satisfactoria conclusión. Agradeciéndole su recomendación, soy de ustedes, atento, seguro servidor,

Sherlock Holmes.

(1) El nombre de la mansión, «Cheeseman», está formado por «cheese», queso, y «man», hombre. Literalmente: «hombre de queso».

FIN

La aventura de los tres Garridebs

Pudo haber sido una comedia, o puedo haber sido tragedia. Le costó a un hombre su razón, me costó el alquiler de sangre, y le costó a otro hombre las penalidades de la ley. Sin embargo allí había ciertamente un elemento de comedia. Bien, deberán juzgarlo por ustedes mismos.

Recuerdo la fecha muy bien, porque fue en el mismo mes que Holmes rechazó una orden de caballería por los servicios que quizás algún día sean descriptos. Sólo me referiré al asunto en cuestión, porque en mi posición de compañero y confidente estoy obligado a ser particularmente cuidadoso en evitar cualquier indiscreción. Repito, de todas formas, que esto me permite asegurar la fecha, la cual fue a finales de Junio, 1902, poco tiempo después de la conclusión de la guerra en África del Sur. Holmes había pasado varios días en cama, como es su hábito de tiempo en tiempo, pero emergió esa mañana con un largo documento de papel plegado en su mano y un centelleo de diversión en sus austeros ojos grises.

—Hay una chance para usted de hacerse con algo de dinero, amigo Watson —dijo—. ¿Ha escuchado alguna vez el nombre de Garrideb?

Admití que no.

—Bien, si puede colocar su mano sobre un Garrideb, hay dinero en él.

—¿Por qué?

—Ah, esa es una larga historia... más bien una caprichosa, también. No creo que en todas nuestras exploraciones de las complejidades humanas nos hayamos en toda la vida encontrado con alguna tan singular. El amigo estará presente para un contra interrogatorio, así que no abriré el asunto hasta que llegue. Pero, mientras tanto, ese es el nombre que queremos.

El directorio telefónico yacía en la mesa al lado mío, y me volteé sobre las páginas en una bien dicho búsqueda desesperada. Pero para mi asombro ahí estaba este extraño nombre en su debido lugar. Di una exclamación de triunfo.

—¡Aquí está, Holmes! ¡Aquí está!

Holmes tomó el libro de mi mano.

—“Garrideb, N.” —leyó— “Little Ryder Street 136, Oeste”. Lamento decepcionarlo, mi querido Watson, pero este es el hombre por sí mismo. Esta es la dirección sobre su carta. Queremos algo para emparejarlo.

La Sra. Hudson había entrado con una tarjeta sobre una bandeja. La tomé y la miré.

—¡Por qué, aquí está! —grité con asombro—. Esta es una inicial diferente. John Garrideb, Consejero en Leyes, Moorville, Kansas, Estados Unidos de América.

Holmes sonrió cuando observó la tarjeta.

—Me temo que deberá hacer otro esfuerzo, Watson —dijo—. Este caballero ya está también en la trama, sin embargo ciertamente no lo esperaba ver esta mañana. De cualquier modo, está en posición de contarnos un buen trato del cual quiero conocer.

Un momento después estaba en la habitación. El Sr. John Garrideb, Consejero en Leyes, era un poderoso hombre de baja estatura con la cara redonda y fresca, recién afeitada, característica de tantos hombres americanos de negocios. El efecto general era regordete más bien como un niño, así que uno recibía la impresión de un joven hombre calmo con una amplia sonrisa sobre su cara. Sus ojos, sin embargo, estaban detenidos. Rara vez en cualquier cabeza humana he visto un par los cuales sugieren un mayor intensidad de vida interior, tan brillantes estaban, tan alertas, tan sensibles a todo cambio de pensamiento. Su acento era americano, pero no estaba acompañado por alguna excentricidad en el habla.

—¿Sr. Holmes? —preguntó, mirando de uno al otro— ¡Ah, sí! Sus imágenes no lo favorecen, señor, si puedo decirlo. ¿Creo que tiene una carta de mi homónimo, el Sr. Nathan Garrideb, no es cierto?

—Por favor, siéntese —dijo Sherlock Holmes—. Deberíamos, me imagino, tener un buen trato para discutir —tomó sus hojas de papel plegado—. Usted es, por supuesto, el Sr. John Garrideb mencionado en este documento. ¿Pero seguramente habrá estado en Inglaterra algún tiempo?

—¿Por qué dice eso, Sr. Holmes? —me pareció leer una sospecha repentina en esos expresivos ojos. —Su completa vestimenta es inglesa.

El Sr. Garrideb forzó una sonrisa.

—He leído sobre sus trucos, Sr. Holmes, pero nunca pensé que sería sujeto de ellos. ¿Dónde lee eso?

—Los hombros cortados de su traje, los dedos del pie de sus botas... ¿Podría alguien dudarlos?

—Bien, bien, no tenía idea de que era tan obvio un británico. Pero los negocios me trajeron aquí hace ya bastante tiempo, y entonces, como usted dice, mi vestimenta es aproximada a la de todo Londres. Sin embargo, me imagino que su tiempo es de valor, y no nos hemos encontrado para hablar acerca del corte de mis calcetines. ¿Qué hay acerca de ese papel que sostiene en su mano?

Holmes tenía de alguna forma irritado a nuestro visitante, quien su regordeta cara había asumido una mucho menor expresión de amabilidad.

—¡Paciencia! ¡Paciencia, Sr. Garrideb! —dijo mi amigo en una apaciguante voz—. El Dr. Watson podría decirle que esas pequeñas digresiones más algunas veces prueban al final tener algo de relación con el asunto. ¿Pero por qué el Sr. Nathan Garrideb no vino con usted?

—¿Por qué lo arrastró a usted del todo? —preguntó nuestro visitante con una repentina llamarada de furia— ¿Qué rayos tiene que ver con esto? Aquí había un poco de negocio profesional entre dos caballeros, ¡Y uno de ellos necesitaba llamar a un detective! Lo vi esta mañana, y me contó de este engaño que me había jugado, y es por eso que estoy aquí. Pero me siento mal acerca de ello, todos iguales.

—No hubo consideraciones sobre usted, Sr. Garrideb. Era simplemente celo sobre su parte de la ganancia al final... un final que es, como yo lo entiendo, igualmente vital para ambos. Sabía que tenía maneras de obtener información, y, en consecuencia, fue muy natural que debiera usarme.

La irritada cara de nuestro visitante se aclaró gradualmente.

—Bien, eso es diferente —dijo—. Cuando fui a verlo esta mañana y me dijo que había enviado un detective, sencillamente pregunté por su dirección y vine de inmediato. No quiero a la policía entrometida en asuntos privados. Pero si se contenta con ayudarnos a encontrar al hombre, no puede haber daño en ello.

—Bien, así es justo como lo interpreto —dijo Holmes—. Y ahora, señor, puesto que está aquí, hubiese sido mejor si teníamos cuentas claras de nuestros propios labios. Mi amigo aquí no sabe nada de los detalles.

El Sr. Garrideb me examinó con mirada no demasiado amigable.

—¿Necesita saber? —preguntó.

—Usualmente trabajamos juntos.

—Bien, no hay razón entonces para que deba guardar un secreto. Le daré los hechos tan cortos como pueda hacerlos. Si viniera desde Kansas no necesitaría explicarle quien era Alexander Hamilton Garrideb. Hizo su dinero en bienes raíces, y luego en el pozo de maíz en Chicago, pero lo gastó comprando tanta tierra como pudiera hacer en una finca, extendiéndose a lo largo del Río Arkansas, al oeste de Fuerte Dodge. Es una tierra de pastoreo, maderera, cultivable y de minerales, y precisamente toda clase de tierra que brinde dólares al hombre que la posea.

»No tenía conocidos ni parientes... o, si los tenía, nunca había oído de ellos. Pero tomó una especie de orgullo en la rareza de su nombre. Eso fue lo que nos juntó. Yo estaba en la ley en Topeka, y un día tuve una visita del anciano, y estaba muerto de risa de encontrar otro hombre con su propio nombre. Era su novedad favorita, y estaba completamente dispuesto a encontrar si habían más Garridebs en el mundo. “¡Encuétrame otro!” dijo. Le contesté que era un hombre ocupado y no podía gastar mi vida paseando alrededor del mundo en busca de Garridebs. “Nada menos”, dijo él, “eso es justo lo que harás si las cosas salen tan bien como la planeé”. Pensé que estaba bromeando, pero había un poderoso montón de significado en las palabras, como estaba pronto a descubrir.

»Porque murió un año después de decir esto, y dejó un testamento tras de él. Era el extraño testamento que había sido archivado en el Estado de Kansas. Sus propiedades fueron divididas en tres partes y tuve que tener la condición de encontrar dos Garridebs quienes deberían compartir el restante. Eran cinco millones de

dólares para cada uno, pero no podíamos poner un dedo en él hasta que estuviéramos los tres.

—Era una gran chance que deslizara mi práctica legal y me pusiera en camino de buscar por los Garridebs. No hay ninguno en los Estados Unidos. Fui tras él, señor, con un peine fino pero nunca pude atrapar un Garrideb. Entonces probé en el viejo país. Indudablemente debían haber suficientes nombres en el directorio telefónico de Londres. Fui tras él hace dos días y le expliqué todo el asunto. Pero era un hombre solitario, como yo, con algunas relaciones con mujeres, pero no hombres. Dijo tres hombres adultos en el testamento. Así que verá que hay una vacante, y si pudiera ayudarnos a llenarlo estaríamos listos para pagarle por sus costos.

—Bien, Watson —dijo Holmes con una sonrisa— ¿Dije que era algo caprichoso, no es cierto? Debería pensar, señor, que sus obvias maneras fueron advertir en las columnas de los diarios.

—Lo he hecho, Sr. Holmes. Ninguna respuesta.

—¡Mi estimado! Bien, es ciertamente un pequeño y curioso problema. Deberé tomar una mirada en mi tiempo libre. Por cierto, es curioso que haya venido de Topeka. Yo solía tener un corresponsal... ahora está muerto... el viejo Dr. Lysander Starr, quien fue Mayor en 1890.

—¡El buen Dr. Starr! —dijo nuestro visitante—. Su nombre aún es honorable. Bien, Sr. Holmes, debo suponer que todo lo que podemos hacer es reportarnos y permitirnos saber como progresamos. Cuento con usted para oír novedades en un día o dos —con esta seguridad nuestro americano se inclinó de modo respetuoso y se marchó.

Holmes tenía encendida su pipa, y se sentó por algún tiempo con una sonrisa curiosa sobre su cara.

—¿Bien? —pregunté al fin.

—Me estoy preguntando, Watson... ¡Sólo preguntando!

—¿Lo qué?

Holmes tomó la pipa de sus labios.

—Me estaba preguntando, Watson, qué cosa sobre la tierra puede ser el objeto de este hombre para decirnos tal maraña de mentiras. Estuve cerca de preguntarle... porque hubo varias veces cuando un bruto ataque frontal es la mejor acción... pero juzgué que sería mejor dejarle pensar que nos ha engañado. Aquí hay un hombre con un traje inglés raído en los codos y pantalones abultados en la rodilla con una vestimenta añeja, y aún por este documento y por su propia cuenta él es un americano provinciano que posteriormente desembarcó en Londres. No hubieron avisos en las columnas del diario. Usted sabe que no me pierdo nada en esa sección. Son mi abrigo favorito para ofrecer un ave, y nunca he pasado por alto un faisán como ese. Nunca conocí un Dr. Lysander Starr, de Topeka. Lo toqué donde sabía que era falso. Creo que este compañero es realmente un americano, pero ha consumido su refinado acento con años en Londres. ¿Cuál es su juego, entonces, y que motivo yace detrás de esta absurda búsqueda por Garridebs? Vale la pena nuestra atención, porque, exceptuando que el hombre es un bribón, es también ciertamente uno complejo e ingenioso. Debemos encontrar si nuestro otro corresponsal también es un fraude. Sólo llámelo, Watson.

Así lo hice, y oí una delgada y temblante voz en el otro lado de la línea.

—Sí, sí, yo soy el Sr. Nathan Garrideb. ¿Está el Sr. Holmes ahí? Desearía mucho tener unas palabras con el Sr. Holmes.

Mi amigo tomó el instrumento y oí el usual y sincopado dialogo.

—Sí, ha estado aquí. Entiendo que no lo conoce... ¿Hace cuanto?... ¡Solamente dos días! ¿Supongo que su homónimo no estará ahí?... Muy bien, iremos entonces, porque más bien quisiera tener una conversación sin él... El Dr. Watson irá conmigo... Entiendo por su nota que no suele salir muy seguido... Bien, estaremos alrededor de las seis. No necesita mencionarlo al abogado americano... Muy bien. ¡Hasta luego!

Era el crepúsculo de una adorable tarde de verano, e incluso Little Ryder Street, uno de los más pequeños apéndices de Edgware Road, dentro de un molde de piedra del viejo árbol de Tyburn de malvada memoria, se observaba dorada y maravillosa por los inclinados rayos del poniente sol. Esta casa en particular a la cual nos habíamos dirigido era un edificio grande, anticuado y georgiano de los primeros tiempos, con una cara de ladrillos planos rota solamente por dos profundos miradores en la planta baja. Era en esta planta baja que

nuestro cliente vivía, y, por cierto, la ventana baja confirmaba ser el frente de la gigante habitación en la cual pasamos sus horas de vigilia. Holmes apuntaba cuando pasábamos las pequeñas placas de bronce las cuales llevaban los curiosos nombres.

—Desaparecieron hace algunos años, Watson —remarcó, indicando su descolorida superficie—. Este es su nombre real, de todos modos, y eso es algo para notar.

La casa tenía una escalera común, y allí habían numerosos nombres pintados en la sala, algunos indicando despachos y algunas cámaras privadas. No era una colección de aposentos residenciales, pero más bien la morada de un soltero bohemio. Nuestro cliente nos abrió la puerta por sí mismo y se disculpó diciendo que la encargada se fue a las cuatro en punto. El Sr. Nathan Garrideb probó ser una persona muy alta, inarticulada y de espalda redonda, delgada y calva, de algunos sesenta y pico de edad. Tenía una cadavérica cara, con una deslucida piel muerta de un hombre a quien el ejercicio le era desconocido. Grandes y redondeados anteojos y una pequeña barba proyectante combinada con su encorvada actitud daban una expresión de miope curiosidad. El efecto general, sin embargo, era amigable, aunque excéntrico.

La sala era tan curiosa como su ocupante. Parecía del estilo de un pequeño museo. Tanto como ancho y profundo, con armarios y gabinetes todo alrededor, atestados con especímenes, geológicos y anatómicos. Estuches de mariposas y polillas flanqueaban cada lado de la entrada. Una gran mesa en el centro estaba ensuciada con toda clase de desechos, mientras que el alto tubo de metal de un poderoso microscopio se erizaba entre ellos. Mientras ojeaba alrededor me sorprendí en la universalidad de los intereses del hombre. Aquí había un estuche de monedas antiguas. Allí, un gabinete de instrumentos de la edad de piedra. Detrás de la mesa central, un gran armario de huesos fósiles. Por encima, una línea de cráneos de yeso con nombres tales como “Neardenthal”, “Heidelberg”, “Cro-Magnon” impresos bajo ellos. Era claro que era un estudiante de variadas materias. Mientras permanecía en frente de nosotros, sostuvo una pieza de cuero de gamuza en su mano derecha con la cual estaba puliendo una moneda.

—Siracusana... del mejor período —explicó, sosteniéndola—. Se depreciaron enormemente hacia el final. A lo sumo la sostengo soberanamente, aunque algunos prefieran la escuela alejandrina. Encontraré una silla aquí, Sr. Holmes. Por favor permítame limpiar esos huesos. Y usted, señor... ah, sí, Dr. Watson... si tuviera la bondad de poner esa vasija japonesa hacia un lado. Usted ve alrededor mis pequeños intereses en la vida. Mi doctor me sermonea acerca de no salir nunca, ¿pero por qué debo salir cuando tengo tanto para sostenerme aquí? Puedo asegurarle que el adecuado catálogo de uno de esos gabinetes me tardaría unos buenos tres meses.

Holmes observó a su alrededor con curiosidad.

—¿Pero me dirá que nunca sale? —dijo.

—De vez en cuando conduzco a Sotheby's o Christie's. Por lo contrario ocasionalmente dejo mi habitación. No soy muy fuerte, y mis investigaciones son muy absorbentes. Pero puede imaginar, Sr. Holmes, que increíble choque... placentero pero increíble... fue para mí cuando oí de esta incomparable buena fortuna. Sólo necesita un Garrideb más para completar el asunto, y seguramente podemos encontrar uno. Tenía un hermano, pero está muerto, y familiares femeninas son descalificadas. Pero deben haber seguramente otros en el mundo. He oído que maneja extraños casos, y fue por eso que envié por usted. Por supuesto, este caballero americano es realmente directo, y debería haber tomado su consejo primero, pero actué por lo mejor.

—Creo que actuó muy inteligentemente sin embargo —dijo Holmes—. ¿Pero está realmente ansioso de adquirir una finca en América?

—Ciertamente no, señor. Nada podría inducirme a dejar mi colección. Pero este caballero me aseguró que me la compraría tan pronto como tengamos establecida nuestra demanda. Cinco millones de dólares fue la suma mencionada. Hay docenas de especímenes en el mercado en el presente que llenarían las grietas en mi colección, y los cuales no puedo adquirir aunque quisiera por unos pocos cientos de libras. Sólo piense lo que podría hacer con cinco millones de dólares. Porque, tengo el

núcleo de una colección nacional. Sería el Hans Sloane¹ de mi época.

¹ Sir Hans Sloane (1660-1753). Físico y científico. Miembro fundador del Museo Británico y el Museo de

Historia Natural. Presidente de la Real Sociedad de 1727 a 1741. En un viaje a Jamaica realizó varias anotaciones sobre la flora y fauna del lugar, vestimenta y fenómenos naturales tales como terremotos. Coleccionó moluscos, insectos, plantas y otros especímenes.

Sus ojos brillaron tras sus grandes anteojos. Era muy claro que ningún esfuerzo sería economizado por el Sr. Nathan Garrideb en encontrar un homónimo.

—Meramente llamé para hacerme de su conocimiento, y no hay razón por la cual deba interrumpir sus estudios —dijo Holmes—. Prefiero establecer un toque personal con aquellos con quien hago negocios. Hay algunas cuestiones que necesito preguntar, porque tengo una muy clara narrativa en mi bolsillo, y llené los espacios en blanco cuando este caballero americano llamó. Entiendo que hasta esta semana estaba ignorante de su existencia.

—Así es. Llamó el pasado Martes.

—¿Le contó de nuestra entrevista de esta mañana?

—Sí, vino directamente hacia mí. Había estado muy enojado.

—¿Por qué debería estar enojado?

—Parecía pensar que había alguna consideración en su honor. Pero estaba alegre de nuevo cuando regresó.

—¿Sugirió algún curso de acción?

—No, señor, no lo hizo.

—¿Tenía, o preguntó por, cualquier dinero suyo?

—¡No, señor, nunca!

—¿Vio algún posible objetivo que tenga en vista?

—Ninguno, excepto lo que manifiesta.

—¿Le contó de nuestra cita telefónica?

—Sí, señor, lo hice.

Holmes estaba perdido en sus pensamientos. Pude ver que estaba desconcertado.

—¿Tiene algún artículo de gran valor en su colección?

—No, señor. No soy un hombre rico. Es una buena colección, pero no una muy valuada.

—¿No tiene temor a los ladrones?

—Ni menos.

—¿Hace cuanto que ha estado en estas habitaciones?

—Aproximadamente cinco años.

El contra interrogatorio de Holmes fue interrumpido por un imperativo golpeteo en la puerta. Tan pronto como descorrió el cerrojo nuestro cliente el abogado americano estalló excitadamente dentro de la habitación.

—¡Aquí está! —gritó, agitando un papel sobre su cabeza— Pensé que debía estar a tiempo de alcanzarlo. ¡Sr. Nathan Garrideb, mis felicitaciones! Es usted un hombre rico, señor. Nuestro negocio esta felizmente finalizado y todo está perfecto. Respecto a usted, Sr. Holmes, solamente podemos decir que sentimos si le hemos dado algún problema.

Extendió con la mano el papel a nuestro cliente, quien permaneció parado en una señal de aviso. Holmes y yo nos inclinamos hacia adelante y leímos sobre su hombro. Esto es lo que decía:

HOWARD GARRIDEB CONSTRUCTOR DE MAQUINARIA AGRICULTURAL Agavilladoras, cosechadoras, harado a vapor y manual, taladros, gradas, carreta de campesinos, carruajes de cuatro puertas, y todos los demás accesorios. Cotizaciones de pozos artesianos. Empleado de Grosvenor Buildings, Aston.

—¡Glorioso! —exclamó sin aliento nuestro anfitrión—. Eso hace a nuestro tercer hombre.

—He abierto una investigación en Birmingham —dijo el americano—, y mi agente me ha enviado este aviso de un periódico local. Debemos darnos prisa y poner las cosas. Le he escrito a este hombre y le conté que lo verá en su oficina mañana a la tarde, a las cuatro en punto.

—¿Quiere que lo vea?

—¿Qué dice usted, Sr. Holmes? ¿No piensa que debería ser más sabio? Aquí estoy, un ambulante americano con una historia maravilloso. ¿Por qué debería creer lo que le conté? Pero usted es un británico con sólidas referencias, y está claro que él tomará nota de lo que diga. Podría ir con usted si lo desea, pero tengo un día muy ocupado mañana, y podría seguirlo siempre si está en cualquier problema.

—Bien, no he hecho un viaje tal por años.

—No es nada, Sr. Garrideb. Ya he resuelto nuestras conexiones. Se irá a las doce y debería estar allí momentos después de las dos. Entonces regresará la misma noche. Lo único que tiene que hacer es ver a este hombre, explicarle el asunto, y obtener una declaración de su existencia. ¡Por Dios! —agregó apasionadamente—. Considerando que vengo todo el camino desde el centro de América, es seguramente un pequeño esfuerzo si va unos cientos de millas a fin de poner este asunto al completo.

—Exactamente —dijo Holmes—. Creo que lo que este caballero dice es muy cierto.

El Sr. Nathan Garrideb frunció sus hombros con un aire desconsolado

—Bien, si insiste deberé ir —dijo—. Es ciertamente duro para mí rehusar algo así, considerando la gloria de esperanza que trajo a mi vida. —Entonces eso está acordado —dijo Holmes—, y no hay duda que me dará un reporte tan pronto como pueda.

—Yo me encargaré de eso —dijo el americano—. Bien —agregó mirando a su reloj—, debo irme. Llamaré mañana, Sr. Nathan, y lo verá salir a Birmingham. ¿Me acompaña, Sr. Holmes? Bien, entonces, adiós, y tendremos buenas noticias para usted mañana en la noche.

Noté que la cara de mi amigo se aclaró cuando el americano dejó la habitación, y la mirada de pensamientos confusos habían desaparecido. —Desearía si pudiera observar su colección, Sr. Garrideb —dijo—. En mi profesión todos los elementos de curiosos conocimientos son útiles, y esta habitación suya es un almacén de ellos.

Nuestro cliente centelleó con placer y sus ojos brillaron desde detrás de sus grandes anteojos.

—Siempre he oído, señor, que usted es un hombre muy inteligente —dijo—. Le daría una visita ahora mismo si tuviera el tiempo.

—Desafortunadamente, yo no lo tengo. Pero estos especímenes están tan bien etiquetados y clasificados que duramente necesitaría su explicación personal. ¿Si fuera capaz de observarlo mañana, presumo que no habría objeción en que les echara una ojeada sobre ellos?

—No, para nada. Es realmente bienvenido. Este lugar estará, por supuesto, cerrado, pero la Sra. Saunders estará en el sótano hasta las cuatro en punto y le dejará aquí con su llave. —Bien, espero estar libre mañana en la tarde. Si le pudiera decir una palabra a la Sra. Saunders estaría todo en orden. ¿Por cierto, quién es su agente inmobiliario?

Nuestro cliente estaba asombrado por esta repentina pregunta.

—Holloway y Steele, en Edgware Road. ¿Pero por qué?

—Tengo un poco de arqueólogo cuando voy a las casas —dijo Holmes, riendo—. Me estaba preguntando si esta era de la Reina Anna o georgiana. —Georgiana, sin ninguna duda. —Realmente. Había debido pensar que era anterior. De cualquier modo, es fácilmente verificable.

Bien, adiós, Sr. Garrideb, y que tenga todos los éxitos en su viaje a Birmingham. El agente inmobiliario estaba cerrado, pero encontramos que estuvo cerrado todo el día, así que regresamos a Baker Street. No fue hasta después de la cena que Holmes volvió al asunto. —Nuestro pequeño problema se acerca al final —dijo—. No hay duda de que ha delineado la solución en su propia mente. —No comprendo ni una palabra de ello.

—La cabeza está seguro suficientemente despejada y la cola la veremos mañana². ¿No ha notado nada curioso acerca del aviso?

—Vi que la palabra “arado” estaba mal escrita.

—¿Oh, ha notado eso, no es cierto? Venga, Watson, mejora todo el tiempo. Sí, era un mal inglés pero un buen americano. El impresor lo ha puesto como lo recibió. Entonces el carruaje. Eso también es americano. Y los pozos artesianos son comunes con ellos más que con nosotros. Era un típico aviso americano, pero pretendiendo ser de una firma inglesa. ¿Qué piensa de ello?

² “I can make neither head nor tail of it” en el original, literalmente “no puedo hacer ni cabeza ni cola de ello”.

—Sólo puedo suponer que este abogado americano lo puso por sí mismo. Cuál fue su objetivo no lo puedo entender.

—Bien, hay dos explicaciones alternativas. De todos modos, quería enviar a este viejo fósil a Birmingham. Eso está muy claro. Le debí haber dicho que estaba claramente yendo a una búsqueda sin sentido, pero, en segundo lugar, parecía mejor despejar la escena dejándolo ir. Mañana, Watson... bien, el mañana hablará por sí mismo.

Holmes se levantó y se retiró muy temprano. Cuando regresó a la hora del desayuno noté que su cara estaba muy seria.

—Este es un asunto más grave de lo que esperaba, Watson —dijo—. Es justo que le cuente, aunque sé que será solamente una razón adicional para que corra por su cabeza dentro del peligro. Es lo que debería saber Watson por ahora. Pero hay peligro, y debería saberlo.

—Bien, no es el primero que compartimos, Holmes. Espero que no sea el último. ¿Cuál es el peligro particular esta vez?

—Estamos contra un caso muy difícil. He identificado al Sr. John Garrideb, Consejero en Leyes. No es otro que ‘Killer’ Evans, de siniestra y homicida reputación.

—Me temo que no soy el sabio.

—Ah, no es parte de su profesión cargar con un calendario portátil Newgate en su memoria. He ido a ver a mi amigo Lestrade en Yard. Pueden tener un faltante de intuición imaginativa en ocasiones, pero lideran el mundo con esmero y técnica. Tenía la idea de que nos íbamos a poner en el camino de nuestro amigo americano en sus registros. Seguramente suficiente, encontré su regordeta cara sonriéndome desde la galería de retratos de truhanes. “James Winter, alias Morecroft, alias Killer Evans” decía la inscripción —Holmes sacó un envoltorio de su bolsillo— Garabateé algunos puntos de su expediente: cuarenta y cuatro años. Nativo de Chicago. Se conoció que había disparado a tres hombres en los Estados Unidos. Escapó de la penitenciaría a través de la influencia policial. Vino a Londres en 1893. Le disparo a un hombre por encima de las cartas en un club nocturno en Waterloo Road en Enero de 1895. El hombre murió, pero fue enseñado como el agresor. El fallecido fue identificado como Rodger Prescott, un famoso como falsificador y acuñador en Chicago. Killer Evans fue liberado en 1901. Ha estado bajo la supervisión policial desde entonces, pero lo máximo que se sabe es que lleva una vida honesta. Un hombre muy peligroso, usualmente lleva armas y está preparado para usarlas. Esa es nuestra ave, Watson... una ave deportiva, debe admitir.

—¿Pero cuál es su juego?

—Bien, comienza a definirse. He estado en la inmobiliaria. Nuestro cliente, como nos contó, ha estado allí cinco años. Estuvo deshabitado durante un año antes de eso. El anterior inquilino era un caballero de nombre Waldron. La aparición de Waldron era muy recordada en la oficina. Repentinamente desapareció y nada más se oyó de él. Era un hombre alto y barbudo con todos los detalles oscuros. Ahora, Prescott, el hombre a quien Killer Evans disparó, era, de acuerdo a Scotland Yard, un alto y oscuro hombre con una barba. Como una hipótesis de trabajo, creo que tenemos que tomar que Prescott, el criminal americano, solía vivir en la misma habitación en la que nuestro inocente amigo ahora dedica a su museo. Así que al fin conseguimos un eslabón, como ve.

—¿Y el siguiente eslabón?

—Bien, debemos salir y buscarlo.

Tomó un revolver de su escritorio y me lo entregó en mano.

—Tengo mi preferida conmigo. Si nuestro amigo del Lejano Oeste trata de vivir con su sobrenombre, nosotros estaremos listos. Le daré una hora para una siesta, Watson, y entonces pienso que será tiempo para nuestra aventura en Ryder Street.

Eran las cuatro en punto cuando alcanzamos el curioso apartamento de Nathan Garrideb. La Sra. Saunders, la portera, estaba a punto de irse, pero no tuvo ninguna duda en admitirnos, por lo que la puerta se cerró con una cerradura de resortes, y Holmes prometió ver que todo estuviera seguro antes de irnos. Poco tiempo después de que la puerta exterior se cerrara, la gorra de la Sra. Saunders pasó por el mirador, y sabíamos que estábamos solos en el piso inferior de la casa. Holmes realizó un rápido examen de la instalación. Había un armario en el rincón oscuro el cual sobresalía de la pared. Fue detrás de este donde eventualmente nos agazapábamos mientras Holmes en un susurro delineaba sus intenciones.

—Quería que nuestro estimable amigo saliera de su habitación... eso está muy claro, y, como el coleccionista nunca salía, tomó algún plan para hacerlo. Todo lo de esta invención de los Garridebs no tiene aparentemente ningún otro fin. Debo decir, Watson, que hay cierta ingenuidad demoníaca sobre ello, incluso si el extraño nombre del arrendatario le diera una apertura que duramente podría haber esperado. Tramó su estrategia con remarcada astucia.

—¿Pero qué es lo que quería?

—Bien, por eso estamos aquí para encontrarlo. No tiene nada que ver con nuestro cliente, tanto como puedo leer la situación. Es algo conectado con el hombre al que asesinó... el hombre quien pudo haber sido su cómplice en los crímenes. Hay algún secreto de culpabilidad en la habitación. Eso es lo que leo. Primero pensé que nuestro amigo podía tener algo más valioso en su colección de lo que suponía... algo que valía la atención de un gran criminal. Pero el hecho de que Rodger Prescott de malvada memoria habitara estas habitaciones apunta hacia una razón aún más profunda. Bien, Watson, debemos mantener la paciencia en nuestras almas y ver lo que la hora nos brinde.

Esa hora no fue extensa en dramatismo. Nos agazapamos cercanamente en las sombras cuando escuchamos abrirse y cerrarse con fuerza la puerta exterior. Entonces vino el chasquido metálico y afilado de una llave, y el americano estaba en la habitación. Cerró la puerta suavemente tras de él, echó un mirada filosa a su alrededor para ver que todo estuviera seguro, tiró su sobretodo, y caminó hacia la mesa central con las enérgicas maneras de alguien que sabe exactamente lo que tiene que hacer y como lo tiene que hacer. Empujó la mesa hacia un lado, desgarró en ángulo la alfombra sobre la cual descansaba, la enrolló completamente hacia atrás, y entonces, sacando una palanqueta de su bolsillo, se arrodilló y trabajó vigorosamente sobre el piso. En poco tiempo oímos el sonido de tablas deslizándose, y un instante después un hueco se abrió en los tablones. Killer Evans encendió una cerilla, alumbró una sección de vela, y desapareció de nuestra vista.

Claramente nuestro momento había llegado. Holmes tocó mi muñeca como una señal, y juntos atravesamos la habitación hacia la puerta-trampa abierta. Gentilmente cuando nos movíamos, sin embargo, el viejo piso pudo haber rechinado bajo nuestros pies, porque la cabeza de nuestro americano, revisando ansiosamente a su alrededor, emergió repentinamente desde el espacio abierto. Su cara se volvió hacia nosotros con un resplandor de furia desconcertada, la cual gradualmente se suavizó en una vergonzosa sonrisa cuando se dio cuenta de que dos pistolas estaban apuntadas hacia su cabeza.

—¡Bien, bien! —dijo fríamente cuando trepó a la superficie—. Imagino que ha sido demasiado para mí, Sr. Holmes. Vio a través de mi juego, supongo, y jugó conmigo como un tonto desde el comienzo. Bien, señor, es todo suyo, me ha derrotado y...

En un instante había sacado un revolver de su pecho y disparado dos tiros. Sentí una quemadura repentina como si un hierro al rojo vivo hubiera sido presionado contra mi muslo. Hubo una colisión cuando la pistola de Holmes cayó en la cabeza del hombre. Tuve una visión de él revolcándose sobre el piso con sangre corriendo de su cara mientras Holmes lo hurgaba en busca de armas. Entonces los delgados brazos de mi amigo me rodearon, y me condujo hacia una silla.

—¿Está herido, Watson? ¡Por amor de Dios, dígame que no está herido!

Era peor la herida... eran peor muchas heridas... que saber la profundidad de lealtad y amor que yacía detrás de esa fría máscara. Los ojos severos y claros se apagaron por un momento, y los firmes labios se agitaron. Por única vez alcancé a ver un gran corazón tan bien como un gran cerebro. Todos mis años de humildad pero de servicio inmediato culminó en ese momento de revelación.

—No es nada, Holmes. Es un mero rasguño.

Rasgó mis pantalones con su navaja.

—Estás bien —gritó con un inmenso suspiro—. Es absolutamente superficial —su cara se puso como hilachas cuando observó a nuestro prisionero, quien estaba levantándose con una aturdida cara—. Por Dios, esto está bastante bien para usted. Si hubiera asesinado a Watson, no se iría de esta habitación con vida. Ahora, señor, ¿Qué es lo que tiene para decirme? No tenía nada para decir. Solamente se sentó y frunció la cara. Me apoyé en el brazo de Holmes, y juntos miramos hacia abajo dentro del pequeño sótano que había sido descubierto bajo la mesa. Aún estaba iluminado por la vela con la cual Evans había descendido. Nuestros ojos cayeron sobre una masa de maquinaria oxidada, grandes rollos de papel, un desorden de frascos, y, ordenados sobre una pequeña mesa, un número de pequeños y limpios manojos.

—Una maquina impresora... un equipo de falsificación —dijo Holmes.

—Sí, señor —dijo nuestro prisionero, tambaleándose lentamente con sus pies y entonces se hundió sobre la silla—. La más grande falsificadora que Londres nunca vio. Esa es la maquina de Prescott, y esos manojos en la mesa son dos mil billetes de Prescott que valen cien cada uno y son adecuados para pasar por todos lados. Ayúdense a si mismos, caballeros. Llámenlo un trato y déjenme largarme.

Holmes rió.

—Nosotros no hacemos así las cosas, Sr. Evans. No hay ningún refugio para usted en este país. ¿Usted le disparo a este hombre Prescott, no es cierto?

—Sí, señor, y tuve cinco años por ello, aunque fue él que me forzó a ello. Cinco años... cuando debería tener una medalla del tamaño de un plato de sopa. Ningún hombre vivo puede distinguir un Prescott de un Banco de Inglaterra, y si no lo hubiera sacado hubiera inundado a Londres con ellos. Era el único en el mundo que sabía donde los había hecho. ¿Puede imaginar que quería llegar al lugar? ¿Y puede usted imaginar que cuando encontré a este loco y tonto cazador de bichos con un extraño nombre usurpando encima, y nunca alejándose de su habitación, he tenido que hacer lo mejor que podía para desplazarlo? Quizás hubiera sido más astuto si lo guardaba. Hubiera sido suficientemente fácil, pero soy un hombre blando de corazón que no puedo empezar a disparar a menos que otro hombre tenga un arma también. ¿Pero dígame, Sr. Holmes, qué es lo que hice mal, de todos modos? No he usado esta instalación. No he herido a este viejo cadáver. ¿En qué me ha atrapado?

—Sólo intento de homicidio, por lo que puedo ver —dijo Holmes—. Pero ese no es nuestro trabajo. Ellos tomarán eso en la siguiente etapa. Lo que queríamos en este momento era solamente su atractiva personalidad. Por favor llame a Yard, Watson. No les será enteramente inesperado.

Así que esos fueron los hechos acerca de Killer Evans y su memorable invención de los tres Garridebs. Oímos posteriormente que nuestro pobre y viejo amigo nunca superó el trauma de sus sueños desaparecidos. Cuando su castillo en el aire cayó, se enterró bajo las ruinas. Lo último que oímos fue de un sanatorio en Brixton. Era un día alegre en Yard cuando el equipo de Prescott fue descubierto, porque, aunque sabían que existía, nunca habían estado dispuestos, luego de la muerte del hombre, a encontrar donde estaba. Evans ciertamente hizo un gran servicio y causó muchas preocupaciones a los hombres de la División de Investigaciones Criminales para dormir, porque el falsificador permanece por sí mismo encasillado como un peligro publico. Voluntariamente se había suscripto a esa medalla del tamaño de un plato de sopa de la cual el criminal había hablado, pero un desagradecido banco tenía una visión menos favorable, y el Killer regresó a las sombras de la cuales había emergido.